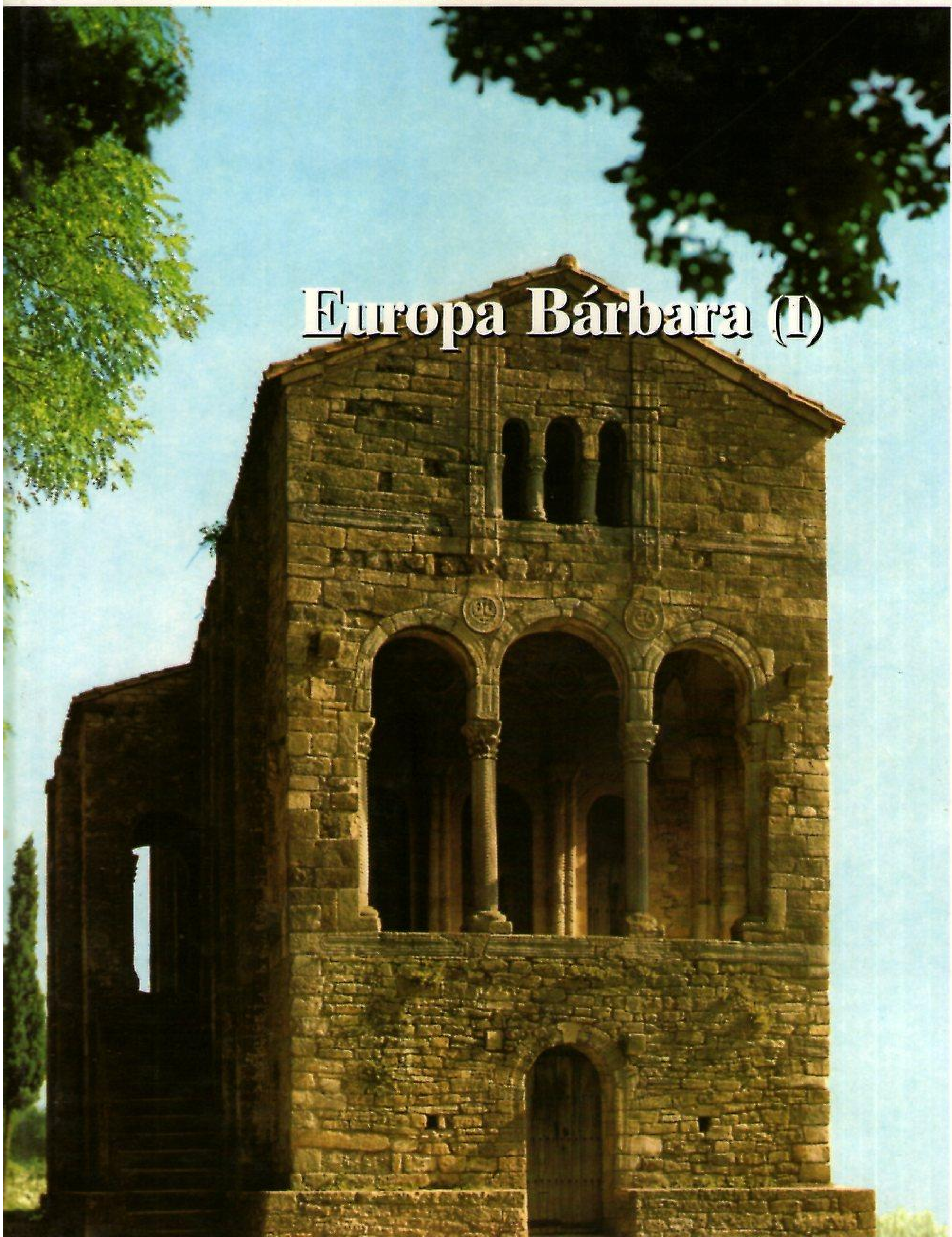
ORIGENES DEL HOMBRE



Europa Bárbara (I)

57

folio

Europa bárbara (I)

ORIGENES DEL HOMBRE

Europa bárbara (I)

folio

Dirección editorial: Julián Viñuales Solé
Autor: Philip Dixon
Supervisores científicos: John Boardman, Basil Gray, David Oates y Courtlandt Canby

Coordinador de la colección: Julián Viñuales Lorenzo (Institute of Archaeology. London)
Coordinación técnica: Pilar Mora
Diseño cubierta: STV Disseny

Publicado por:
Ediciones Folio, S.A.
Muntaner, 371-373
08021 BARCELONA

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved
© Ediciones Folio, S.A. (1 - 8 - 1995)

Impresión:
Cayfosa. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Depósito Legal: B-10694-94

Printed in Spain
ISBN.: 84-7583-427-2 (obra completa)
84-413-0125-5 (volumen I)

Contenido

VOLUMEN I

Introducción 7

Tabla cronológica 8

Capítulo primero:
Romanos y bárbaros 9

Capítulo segundo:
El descubrimiento de los bárbaros 24

Arturo y los britanos 39

Capítulo tercero:
Los anglos, los sajones y los jutos 47

Poblados y casas 63

Capítulo cuarto:
Los reinos posteriores 70

Introducción

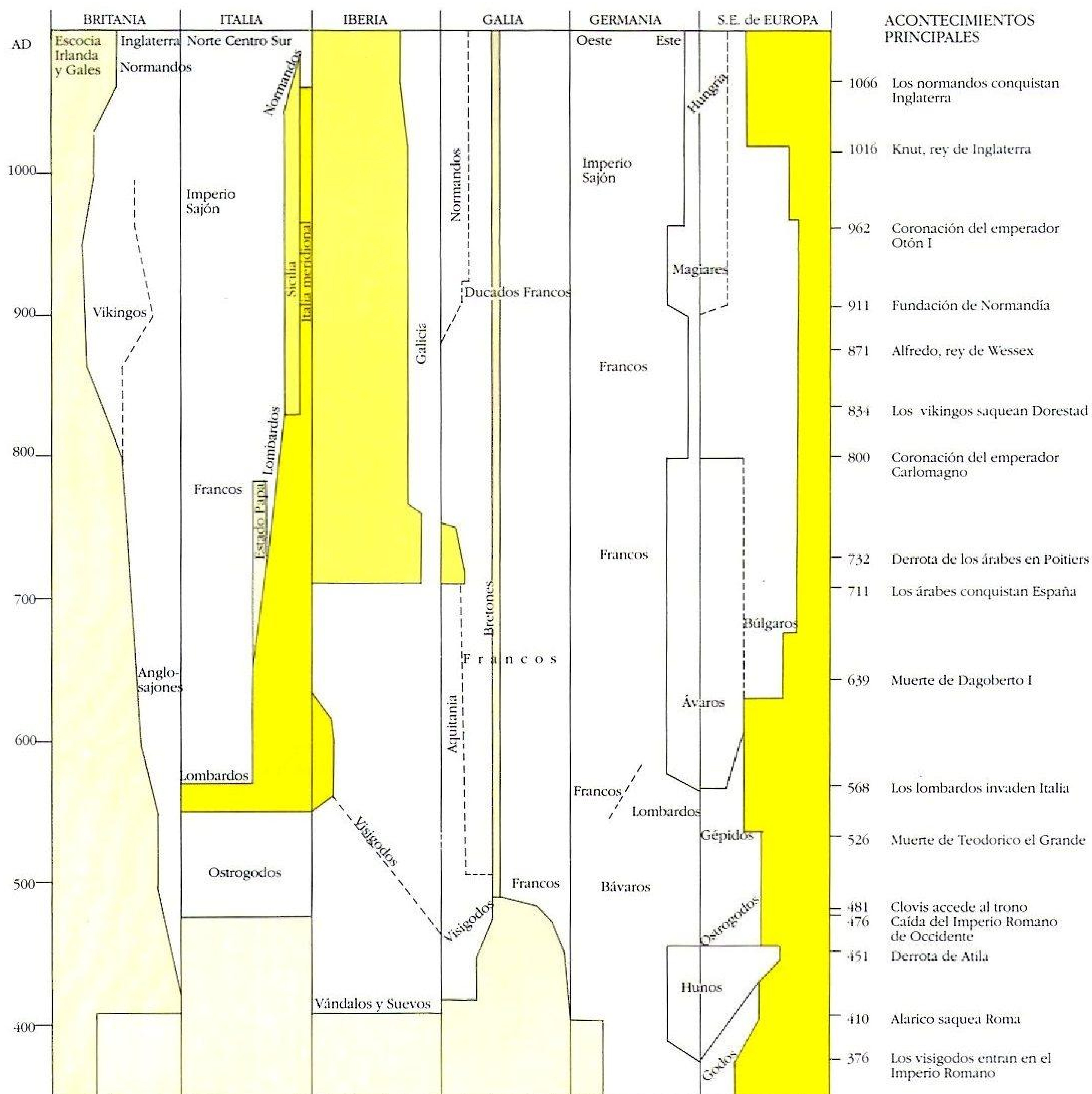
Pocos de los pueblos que aparecen en este libro se han olvidado. Algunos tuvieron sus propios cronistas, hombres que llevaron el registro de su época y de los tiempos de sus antepasados. Otros fueron tema de homilías o tratados preparados por historiadores romanos o por clérigos. Incluso a los ojos de sus propios cronistas, los guerreros del pasado parecían salvajes a veces; los romanos contemporáneos los miraron con temor, pero definieron sólo a esos grupos que amenazaban el gobierno estable de las provincias y lo hicieron sin precisión. Los nombres de algunos de ellos siguen siendo hoy símbolo de desastres: hunos, godos, vándalos.

Durante el siglo V de nuestra era, los bárbaros, la mayoría de los cuales tuvieron su origen en las tribus germanohablantes del Báltico, atravesaron las defensas fronterizas romanas y, en el curso de dos o tres generaciones, se apoderaron de casi todo el occidente europeo. Los francos procedentes de más allá del Rin ocuparon el norte y centro de Francia; los burgundos y otras tribus germánicas se anexaron el valle del Ródano y Suiza. España y el oeste de Francia cayeron durante un tiempo bajo el poder de los visigodos de Europa oriental, mientras que la propia Italia se convirtió en el reino de los ostrogodos, oriundos de los confines asiáticos, para caer más tarde en poder de los lombardos germanos. Britania, la más septentrional de las provincias del Imperio Romano, disfrutó de un período de independencia antes de quedar bajo el control de migrantes de Germania del norte y de Dinamarca. La región que durante tanto tiempo se había presentado como una unidad, al menos en apariencia, se rompía en una serie de reinos antagónicos y a menudo beligerantes. Las fronteras políticas eran inseguras; provincias enteras cambiaban de manos como resultado de las victorias bélicas de monarcas individuales y las federaciones pocas veces sobrevivían tras la muerte de sus fundadores. En este complejo de reinos se vertían las olas renovadas de los bárbaros: ávaros y magiares desde el este y vikingos desde el norte.

El período de las grandes migraciones germanas a veces recibe el nombre de Edad Oscura, sobre todo porque los registros escritos son poco adecuados como fuente de un relato sin interrupciones. Algunas comarcas tienen menos problemas que otras: las provincias en las que la civilización romana había echado raíces profundas nunca se quedaron sin cronistas o escribas deseosos de copiar documentos legales y administrativos. Pero en los períodos más negros de la ignorancia europea, esas comarcas –Italia, el sur de Francia o de España– surgen como un oasis del conocimiento histórico, en medio de un desierto prehistórico. A la solución de algunos de estos problemas contribuyeron la arqueología y la toponimia, aunque sus aportes sólo compliquen, en ocasiones, un cuadro de por sí complejo. Para los arqueólogos, la maldición de un período protohistórico es visible en todas partes, porque en esa etapa, en la que mucho se conoce a medias por las fuentes documentales, es irresistible la tentación de adjudicar a los datos una cronología más precisa o un contexto más específico que los fundamentados de verdad; la causa de la tentación, un deseo bastante natural de hacer que se correspondan el material y los acontecimientos registrados, es una pobre justificación para los argumentos tendenciosos acerca del significado de los descubrimientos, ejemplos de los cuales, quizá no siempre con intencionalidad, se encontrarán en las páginas siguientes. La distribución de este material arqueológico complementa al texto. Con la posible excepción del área egea, los países que bordean el Mar del Norte son, en el campo arqueológico, los más intensamente estudiados del mundo. El resultado es una masa de observaciones discontinuas, cuya síntesis no se ha hecho aún, y que no tiene mucha información escrita auxiliar, porque esas tierras son las más opacas de la Edad Oscura.

La Europa bárbara no es la totalidad del continente. La mitad oriental del Imperio romano, con su capital en Constantinopla, sobrevivió a la caída de su par occidental durante casi mil años. Aun cuando las invasiones bárbaras las quebrantaran a menudo, sus fronteras se restauraban de inmediato y configuraron una barrera eficaz contra la expansión de los reinos bárbaros hacia el este. La historia de Grecia, los Balcanes y el Mediterráneo oriental es, por tanto, parte de la historia del Imperio Bizantino y poca relación tiene con la Europa bárbara. Sin embargo, mientras Constantinopla se mantuvo en pie, el imperio no cayó y la posibilidad de una restauración de occidente tras una conquista bizantina jamás se desechó por completo. Entre tanto, los propios bárbaros cambiaban. Hasta un punto nunca soñado por sus primeras víctimas, los reinos bárbaros –en sus leyes, cultura material, religión e incluso idiomas– llegaron a mirar como modelo la civilización que habían contribuido a destruir. Cuando los movimientos populares llegaron a su fin, la adopción de esos elementos estaba formalmente reconocida en la restauración del Imperio Romano, aunque con una apariencia que pocos romanos habrían reconocido.

Tabla cronológica

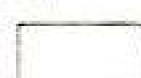


Control político por regiones


Romano


Bizantino


Celta


Asiático


Germano


Árabe

Capítulo primero: Romanos y bárbaros



Caballería e infantería romanas combaten con los germanos en medio del Danubio. Sarcófago italiano, hacia 180-190 d. C.

A mediados del invierno del año 406, el río Rin, límite entre las provincias romanas de Germania y las tribus no sometidas de Europa central, estaba helado cerca de la ciudad de Maguncia; las guarniciones fronterizas habían llegado al agotamiento y la atención de los comandantes se concentraba en los disturbios de Italia. En ese momento, el 31 de diciembre, una horda de bárbaros cruzó el río y cayó sobre las provincias romanas noroccidentales. Los aliados romanos de la comarca renana no estaban en condiciones de resistir durante largo tiempo y las ciudades de Maguncia, Trier, Worms, Estrasburgo, Tournai, Boulogne, Reims y Amiens sufrieron saqueos. Una fuente contemporánea relata que los invasores mataron a los ermitaños, quemaron vivos a los sacerdotes, raparon a las monjas, devastaron los viñedos y talaron los olivos; esto puede ser sólo tradición oral, pero mucho más tarde el sacerdote Salviano refirió sus recuerdos de cuerpos lacerados en las calles de Trier, su ciudad de origen, antigua capital de épocas imperiales. El obispo galo Orientio escribía: «Toda la Galia humeaba en una única pira funeraria». No se reconstruyó la frontera del Rin, que durante siglos había protegido del ataque a la Galia, España e Italia septentrional. A lo largo de dos años, los invasores suevos, vándalos y alanos avanzaron con lentitud por la Galia hacia España, donde establecieron reinos nuevos en las antiguas provincias romanas.

Las opiniones acerca de las causas de la caída romana se expusieron por primera vez en el siglo V y todavía hoy se discuten. Algunas se formularon en términos de castigo divino –como una advertencia para que Constantinopla modificara su moral– o de efecto debilitador del cristianismo. En épocas más recientes, se han examinado las causas económicas: empobrecimiento debido a las balanzas comerciales desfavorables, la infrautilización de los recursos o la caída de la productividad agrícola. Otros dieron mayor importancia a los movimientos demográficos, debidos a epidemias devastadoras o a una declinación de la tasa de nacimientos, lo que llevó a la falta de mano de obra. Mu-



El emperador romano Valeriano se arrodilla ante su vencedor, el Sha Shapur I. Después de 260 d. C. Naqsj-i-Rustam, Irán.

chos de éstos son factores aceptables para la decadencia sostenida del poder tanto oriental como occidental, pero la caída del propio Imperio de Occidente fue incidental, toda una serie de errores de criterio y de coincidencias infortunadas. Se ve la decadencia y ruina a través de ojos romanos, inevitablemente, porque la mayoría de los testigos que han dejado algún texto eran romanos. Pero esto es sólo la mitad de la anécdota, porque se concentra en el estancamiento romano y no en el crecimiento numérico, la unidad y los progresos de los propios bárbaros.

La defensa del imperio. Transcurridos cuatro siglos desde su consolidación bajo el poder de Augusto, en el 400, el imperio había cambiado casi hasta ser irreconocible. Durante el siglo III, las presiones militares y las financieras consiguientes condujeron a una época de anarquía y crisis económica. La amenaza reiterada provenía de las tribus de Germania central y del norte de los Balcanes. Una serie de emperadores habían emprendido campañas contra ellas, con éxito variable; a costa de grandes desembolsos mantuvieron una zona fronteriza muy fortificada, a lo largo del Rin y del Danubio. Hacia la mitad del siglo III, la guerra contra Persia llevó a una derrota aplastante, que coincidió con rebeliones en Galia, Iberia y Britania y con la violación de las fronteras por parte de las tribus bárbaras. Ante esas presiones, la economía se quebrantó y parecía posible una ruptura del Imperio. La posterior reconstrucción de Diocleciano y sus sucesores fue de gran alcance: se impusieron precios máximos a las mercancías, se reorganizaron los sistemas administrativo y militar y se recurrió a los impuestos altos para la financiación del ejército. Las crecientes complejidades de gobierno llevaron poco a poco al nacimiento de dos imperios separados, el de Oriente y el de Occidente, con dos emperadores nominalmente iguales, cuyos intereses estribaban en guardar las fronteras del Danubio y Persia el uno y la germana el otro, una división subrayada en el 330 por la fundación de una «nueva Roma», la ciudad de Constantinopla, desde entonces capital del Imperio de Oriente.

Son evidentes las señales de la dificultad progresiva para mantener la situación tal como estaba. La provincia de Dacia (actual Rumania) sufrió saqueos en el decenio de 260 y ya estaba oficialmente abandonada. La frontera se desplazó hacia el sur hasta el Danubio. Más hacia el oeste, se tendía un confín bien fortificado entre el Alto Danubio y el curso superior del Rin (al este de Estrasburgo), para proteger un enclave estratégico que no estaba totalmente defendido por el norte. Como Dacia, esta zona se vio bajo presión en las crisis de mediados del siglo III; hacia el 260 las muy debilitadas guarniciones se vieron obligadas a retirarse y las tierras quedaron a disposición de los bárbaros alamanes. A pesar de los esfuerzos hechos para expulsarlos, los alamanes conservaron el control y prosperaron: según Amiano, el ejército romano que hizo las campañas de la zona en el 357 vio «villas ricas en ganados y cosechas». En cambio, en el Imperio, algunas comarcas estaban en decadencia: sabemos de reducción de poblados en los Balcanes, de amplias extensiones antes cultivadas y ahora abandonadas en Campania, de intentos gubernamentales repetidos, y en general frustrados, para hacer las levas y obligar a propietarios y autoridades de las distintas poblaciones al cumplimiento de sus obligaciones impositivas y de sus deberes públicos, y también de las crecientes quejas sobre el aumento de las tasas y la extorsión. Ignoramos hasta qué punto esto es representativo de la declinación general, porque no se conservan los documentos estadísticos necesarios, pero está muy claro que hubo una lucha perpetua para mantener un ejército lo bastante fuerte y la escasez de hombres fue una preocupación renovada de los gobiernos sucesivos.

En tiempos de los primeros emperadores, los ejércitos eran tropas fronterizas, estacionadas en una compleja red de fortalezas a lo largo de los distintos confines. A pesar del gran número de hombres bajo armas (a fines del siglo III, tal vez más de 400.000), las necesidades eran mayores que la posibilidad de abastecimiento, porque las fronteras eran enormes –sólo en Europa superaban los 240.000 km– y en cada sector los destacamentos eran comparativamente exiguos. Mientras los enemigos de Roma se mantuvieron separados, esta línea defensiva estática era adecuada; pero

ante las confederaciones amplias, que fueron una característica de las guerras bárbaras desde el siglo III en adelante, el viejo sistema se desplomó. Las reservas eran insuficientes para reforzar los puntos de conflicto sin retirar tropas de otras guarniciones fronterizas, cosa que propiciaba el derrumbamiento de amplios sectores de las defensas, a la vez que las tropas acantonadas en la región estaban demasiado dispersas para rechazar ataques concertados. La situación exigía una estrategia nueva y, hacia comienzos del siglo IV, el ejército fue remodelado. Se redujeron las tropas de la línea frontal, cuya tarea pasó a ser informar de los movimientos enemigos y obstaculizar a los invasores. Los mejores regimientos se retiraron hacia las provincias y formaron grupos móviles que podían intervenir para repeler los ataques de los veloces grupos bárbaros. De este modo la defensa se flexibilizó y resultaba menos cara, pero el sistema podía desbaratarse, y como veremos así ocurrió, cuando los ataques se producían en zonas extensas; además, la demanda de soldados seguía siendo enorme. Como resultado directo, el ejército reorganizado dependía cada día más del reclutamiento de soldados bárbaros.

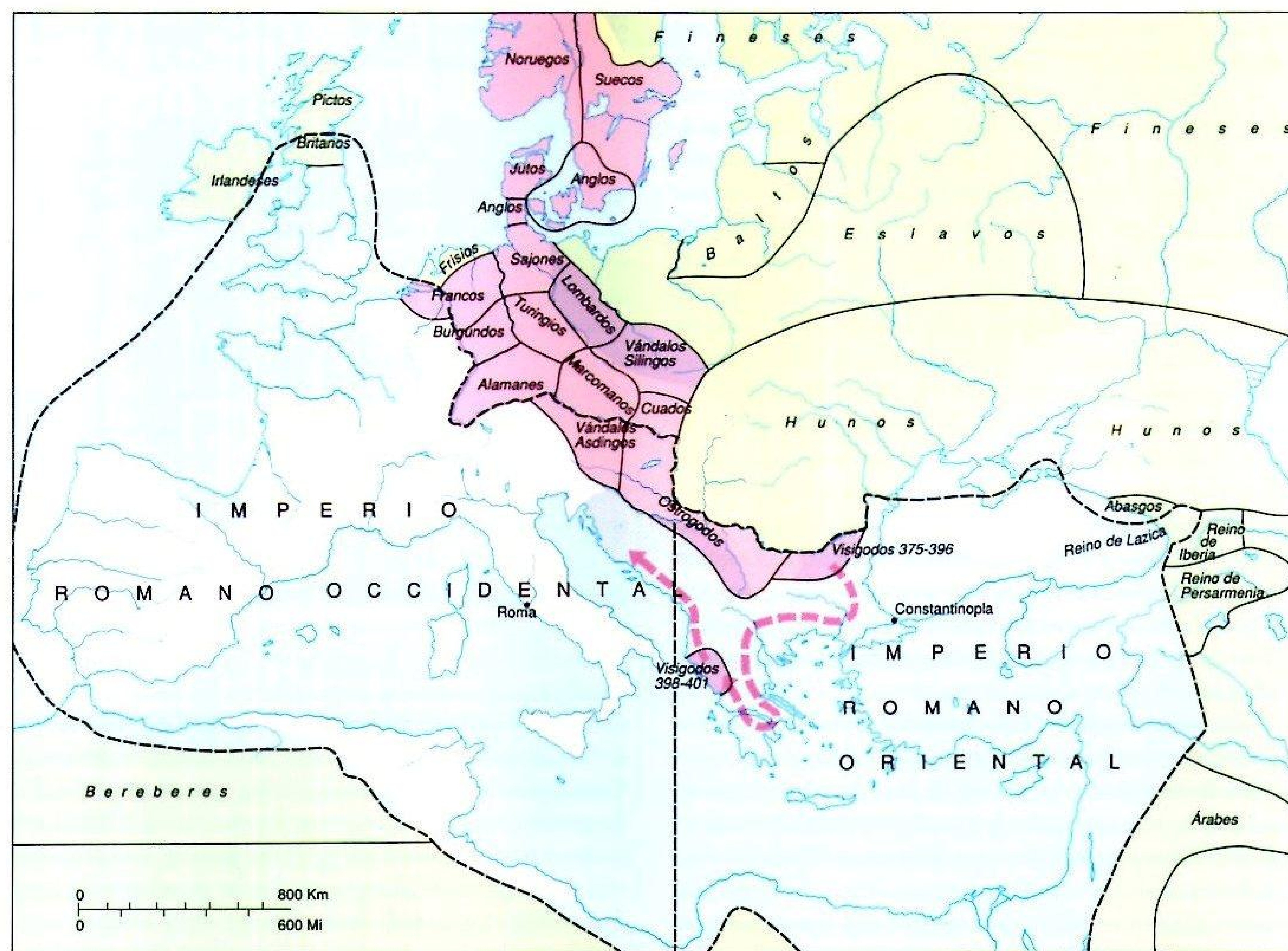
No era ésta una política totalmente nueva. En los primero tiempos del imperio, los regimientos auxiliares por lo común se formaban con los nativos de las tribus de la periferia del mundo romano, quienes en un principio sirvieron al mando de sus propios jefes pero después, por precaución, a las órdenes de los oficiales romanos. Durante el agitado siglo III, aumentó el número de bárbaros, porque los emperadores se vieron obligados a hacer las levas en las mismas tribus que amenazaban las fronteras romanas: hacia el siglo IV, la mayor parte del ejército se componía de tropas bárbaras. Las listas militares hablan de unidades de francos, alamanes, godos, vándalos, hérulos, cuados, marcomanos y alanos; estas tribus y otras semejantes constituyeron el núcleo de los regimientos acantonados. Un comandante bárbaro pasó a ser algo habitual. A veces se trataba de jefes locales que llevaban las levas de su tribu al ejército. Uno de ellos puede haber sido Erocus, «Rey de los alamanes», colaborador de Constancio en York en el 306; o Fraomer, rey de un grupo de alamanes oriundos de las cercanías de Maguncia, que en el 372 aparece como oficial romano de las tropas alamanes en Britania. Esos hombres no quedaron confinados a los puestos menores: en el siglo IV, los soldados de origen bárbaro llegaron a los rangos superiores y un rasgo notable de fines del imperio es que el gobierno esté dominado por generales como Arbogastes o Bauto (ambos de origen franco) o Estilicón (a medias vándalo).

Otros dos cambios posteriores en las relaciones romanas con las tribus bárbaras fueron paralelos a este desarrollo. Las regiones deshabitadas cercanas a las fronteras se repoblaron con prisioneros bárbaros que labraban las tierras y proporcionaban una fuente nueva de reclutas; más importante aún fue que se permitiera a algunas tribus establecerse dentro del imperio pero bajo sus propios jefes, en carácter de «federadas», a cambio de cumplir con tratados que establecían la obligación de prestar un servicio militar. Es probable que se recurriera a esta ruptura de la tradición considerándola como un recurso eventual: cuando Juliano admitió la entrada de los francos en Bélgica, estaba preocupado por la tensión civil y la amenaza de guerra con Persia; al parecer, a principios del decenio de 380, Magno Máximo concluyó pactos semejantes con las tribus del norte de Britania que poco antes habían invadido la Galia y usurpado el trono imperial. En cada caso, el resultado fue que se establecieran, dentro de las fronteras, estados a los que correspondía en parte el deber de la defensa del imperio.

No está claro cuánto resentimiento produjo esta política. Hubo quienes imitaron la vestimenta y las costumbres bárbaras y quizá el resentimiento generó las parodias de los escritores romanos y las tensiones raciales. Significativamente, esas tensiones se concretan tras los reveses militares de fines del siglo IV: después del desastre del 378 a manos de los visigodos, los godos que servían en el ejército de Constantinopla fueron masacrados, por precaución. En Tesalónica, una revuelta que se produjo en el 390 desembocó en el asesinato del comandante godo de la guarnición y en represalias oficiales por las que se ajustició a millares de hombres, según rezan los informes. En el 408, durante las invasiones visigodas de Italia, hubo una masacre de las familias de las tropas bárbaras acantonadas en el norte de la península. Eran reacciones violentas: la actitud típica parece haber sido la aceptación, a regañadientes, de la necesidad de incorporar a los bárbaros y la decisión personal de tener con ellos la menor relación posible. Un efecto imprevisto de este contacto creciente fue que, cuando por fin los invasores pasaron las fronteras, su objetivo fuera disfrutar de los beneficios de la civilización romana y no destruirla.

Las tribus bárbaras. La identificación de las tribus residentes fuera de los límites de las fronteras imperiales es sumamente difícil, dificultad que aumenta en proporción a la distancia entre los confines romanos y los de los territorios tribales. De los relatos de los viajeros sabemos que son exagerados. En escritores clásicos como Herodoto leemos que los mares del norte estaban poblados por grifos o que había tribus cuyos nombres y rasgos se transmitieron en poemas y literatura ya por entonces poco menos que milenarios.

Tal como son, pues, nuestros testimonios sugieren que



El mundo romano en el comienzo de las migraciones bárbaras. Los visigodos se habían desplazado a través de los Balcanes; otras tribus ocuparon tierras en las zonas fronterizas.

durante los últimos siglos previos a la era cristiana y los primeros de ella, los bárbaros emigraron desde Europa septentrional y central hacia el sureste, desde las actuales Alemania y Polonia, a través de la República Checa y Eslovaquia, hacia el sur de Rusia. El folclore sitúa los orígenes últimos de casi todos los invasores del imperio en Escandinavia y la comarca báltica, y se han hecho intentos de relacionar los nombres tribales del siglo IV con los registrados en el siglo I o incluso antes. También la arqueología se vio obligada a cumplir este servicio, y así se identificaron como territorios de tribus específicas las zonas en las que se presenta una similitud de estilos decorativos en la cerámica o en el trabajo de los metales. Es probable que el objetivo esté desencaminado. Poco se sabe de los criterios usados por nuestras fuentes para diferenciar grupos tribales concretos: en las migraciones, la política más que las culturas era lo importante y, en los casos en que sabemos algo de la política, las tribus no eran unidades separadas sino confederaciones preparadas, si surgía la necesidad, para dividirse y volver a agruparse de modo distinto. Estas federaciones de importancia general no aparecen en el registro arqueológico: aquí el énfasis está en la continuidad de ocupación de los parajes poblados y en las prácticas sostenidas de la agricultura y la manufactura, dentro de regiones de poca extensión, que con muy escasa frecuencia y verosimilitud se pueden relacionar con los nombres tribales que conocemos.

Pero es posible seguir la huella de dos cambios que pueden tener un significado en las primeras migraciones. Desde el 100 d. C. aproximadamente, aumentó la colonización de las zonas pantanosas que bordeaban el Mar del Norte por el mediodía y, en la zona continental, durante ese mismo período, la gran superficie de los cementerios de cremación y el desarrollo de grandes villorrios indican el crecimiento demográfico e implican el carácter necesario de la expansión, mientras se multiplicaba el acoso bárbaro sobre las fronteras romanas, durante los siglos II y III.

Desde el siglo IV en adelante, las líneas generales de la es-

tructura política de la Europa bárbara están bastante claras. En la península danesa y la zona lindante del norte de Germania se situaban los territorios de los jutos, los anglos, los sajones y los frisios; al este, en el valle del Elba, se asentaban los lombardos. Entre estas tribus y el imperio se extendían las tierras de dos grandes confederaciones, ambas formadas en el siglo III: sobre el bajo Rin, los francos eran una amenaza antigua para la Galia ya antes de que, a mediados del siglo IV, los comandantes romanos les permitieran, no de muy buen grado, establecerse en zonas de Bélgica y firmaran con ellos diversos tratados; al sur, los alamanes, un grupo cuyo nombre (literalmente, «todos los pueblos») describe su confederación, habían irrumpido por la frontera del alto Rin en el 259-260 y estaban firmemente asentados dentro del fértil enclave limitado por el Rin y el Danubio.

A orillas del Danubio mismo, las guarniciones romanas del siglo IV se enfrentaban a los godos. Sus tradiciones sitúan su tierra patria en el sur de Suecia (Godlandia), desde donde emigraron hacia Polonia a principios del siglo II d. C. Durante este siglo y el siguiente se abrieron paso hasta el Mar Negro. Allí se dividieron en dos grupos: los ostrogodos ocuparon las tierras que median entre el Dniéster y el Dniéper, y los visigodos se apoderaron de la provincia de Dacia (actual Rumania) en cuanto la evacuaron los romanos, hacia el 270. Los gépidos, vecinos de los visigodos en Polonia (y antes, en Suecia, si hemos de creer sus leyendas), ocuparon entonces el oriente de Hungría, donde sus territorios progresaron a la par que los de las tribus germanas del sur, establecidas allí desde tiempo atrás, en especial los cuados y los marcomanos, quienes seguían en la comarca que les adjudicó Tácito a fines del siglo I d. C.

La información sobre los asentamientos que estaban más allá de las fronteras es menos segura. Los vándalos, de los que se dice que llegaron de Jutlandia (Jylland), en tiempos de Tácito habían penetrado hasta la cabecera de la cuenca del Oder. Un grupo, los vándalos silingos, permaneció en Silesia; otro, el de los vándalos asdingos, se movió hacia el sur, hasta la frontera danubiana del imperio en el siglo III. Otra tribu proveniente del Báltico, los burgundos, siguieron un camino similar y, hacia el siglo IV, estaban instalados junto a los alamanes en las fuentes del Weser.

Aunque confusa en sus detalles, se conoce la situación general de los pueblos germánicos. Hablaban variantes de una misma lengua y a menudo cooperaban unos con otros, pero no hay que sobrestimar la unidad de estos conglomerados tribales: con frecuencia ramas del mismo pueblo sostenían disputas; individuos de una misma tribu (e incluso levas enteras) a veces luchaban en ejércitos enemigos. Una confederación podía estar al mando de varios jefes, cuyo poder dependía de su propio prestigio, a veces transitorio. Su mando podía mantenerse durante un período determinado; algunos salían elegidos de las asambleas tribales como jefes de guerra para responder a una crisis particular. Los hombres de linaje real reconocido, llamados «reyes» (régulos) por los romanos, son personajes oscuros. Se supone que desempeñaban ciertas funciones religiosas y puede que algunos hayan asumido el deber de interpretar la ley: el principal jefe de los visigodos recibió de los romanos el nombre de *Iudex*, juez. En tiempos de Tácito, un rey podía ser un jefe de guerra, pero en general sólo por elección; su sucesor se escogía entre todos los aspirantes de sangre real adecuados. Hay amplios testimonios de la división de los territorios tribales entre dos o más sucesores de un rey y, además, ésta fue la costumbre en el reino franco durante los comienzos de la Edad Media. Esa falta de una autoridad suprema única y la ausencia de una organización central simplificaban a las guarniciones la tarea de sujetar a las hordas bárbaras.

La decadencia del occidente. Las marchas de grupos o de pueblos enteros ya descritas dejan claro que las grandes migraciones de fines de los siglos IV y V fueron, tan sólo, una continuación de un largo proceso de desplazamientos hacia más allá de las fronteras propias. Los factores decisivos que cambiaron el carácter de la presión bárbara sobre el imperio –en principio, incursiones mal planeadas y más tarde, inmigraciones en masa– fueron el avance de los hunos y la destrucción, a sus manos, de los prósperos reinos godos.

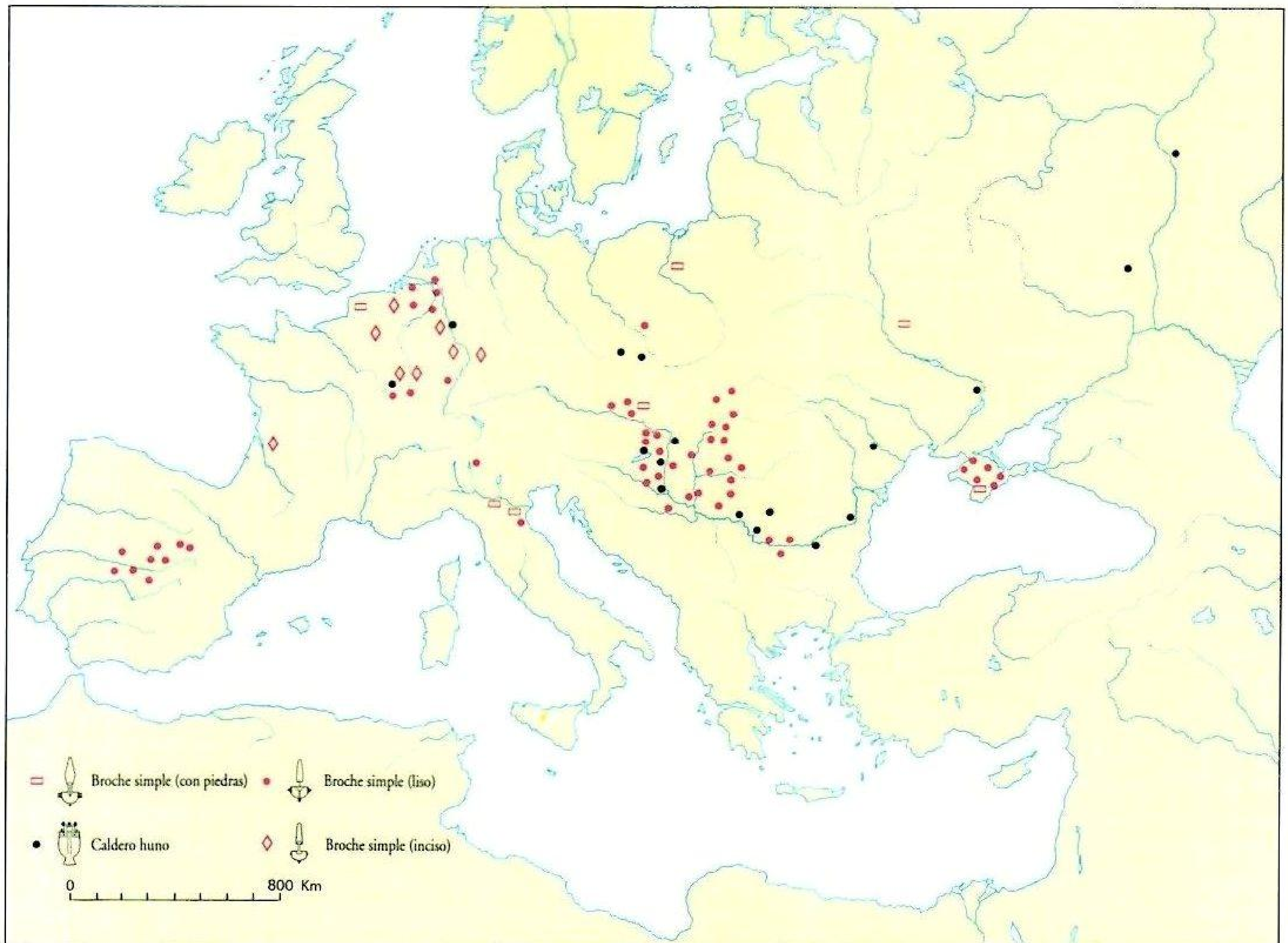
Las descripciones romanas de los hunos van desde las frases hechas, aplicables a todos los nómades, hasta la mitología lisa y llana. Se dijo que era los Jinetes del Apocalipsis, Magog o los hijos del demonio, que vencían a sus enemigos por medio de la magia. De un modo más prosaico, pero no más exacto, se les identificó con las tribus ya desaparecidas del lejano norte, escitas, cimerios o masagetas, y se aseguró que no comían alimentos cocidos, que bebían sangre, que vivían y dormían sobre sus caballos y que eran tan horribles que parecían bestias bípedas. San Jerónimo decía: «El ejército romano se aterra con sólo verlos». Poco se sabe de sus orígenes. Racialmente, para los observadores romanos presentaban características que hoy llamaríamos mongólicas: narices romas, ojos pequeños, perfiles planos y caras lampiñas. Sin embargo, sus tumbas nos hablan de una mezcla de pueblos, con algunos rasgos quizá lejanamente mongoles. Del idioma que hablaban sólo se conservan nombres propios y las interpretaciones son controvertidas; se han hallado elementos de iranio o germánico, ambos tal vez tomados de sus súbditos, pero la mayoría de



Arriba: Perol de fundición hecho por los hunos, típico ejemplar de caldero huno del siglo IV o del V, húngaro.
Abajo: Las rutas de los bárbaros: la distribución de los calderos hunos en Europa (según O. Maenchen-Helfer) y de los broches lisos en el sur de Rusia (según E. T. Leeds y H. Kühn).

los nombres parecen provenir de una forma de turco. Apenas si tenemos noticias de su historia anterior al momento en que llegaron a los confines del mundo romano, en el decenio de 370.

En el siglo I a. C., tras las marchas hacia el este que partieron del Asia central y de la oriental, se formó una confederación de tribus en Mongolia. En las tierras vecinas, los chinos, que a menudo estaban en conflicto con ellos, los llamaron *Hsiung-nu.* Muchos les identificaron con los hunos y señalaron que las victorias chinas del siglo IV habían propiciado que los supervivientes hunos emigraran hacia el oeste. La teoría ofrece espacio para muchas objeciones, pero encuentra cierto apoyo en la distribución amplia de peroles para guisar hechos de bronce fundido, de una altura media de 45 cm, los calderos hunos. En Europa, el uso de estos calderos bárbaros se esparció por la costa del Mar Negro, llegó a Hungría y de allí pasó a Germania y al oeste. La mayoría son hallazgos casuales sin contexto; unos pocos provienen de centros romanos del siglo V situados en la frontera del Danubio, tal vez despojos de auxiliares hunos del ejército romano. Muy lejos de su forma especial y





Teodosio el Grande, emperador entre 379-395, que subió al trono como consecuencia del desastre de Adrianópolis y pasó su reinado defendiendo el oriente de los bárbaros. Plato proveniente de España; es de plata maciza, h. 390.

de su apariencia exótica, aquellos cuyo metal se analizó han demostrado una muy alta proporción de cobre en la aleación, una tecnología ruda bien distinta de cualquier otra europea. De todos se sabe que fueron hechos por los hunos y los puntos que marcan los lugares de Asia en que se encontraron vasijas similares dibujan una ruta hacia al este a través de los Montes Altai, que llega hasta sus prototipos en la frontera norte de China, la zona de la confederación *Hsiung-nu*.

Hacia el 370, los hunos dominaron a los alanos, otro grupo nómada de la zona del Don, y juntos cayeron sobre el reino de los ostrogodos. Debilitado quizá por una rebelión de alanos, el reino cayó. Sus vecinos visigodos intentaron contener a los hunos en el río Dniéster pero, al ver que los invasores los superaban por los flancos, se retiraron hacia el suroeste. Después de otra derrota (se dice que los godos se salvaron sólo gracias a la lentitud de los hunos, provocada por el peso del botín que llevaban), millares de visigodos huyeron hacia el Danubio.

Un escritor romano contemporáneo, Amiano Marcelino, presenta la escena con vivacidad. Los comandantes de las tropas de la frontera del Danubio habían hecho poco caso de los informes sobre perturbaciones en la zona norte más lejana, porque esa clase de rumores casi nunca tenían interés para el imperio. Los hombres empezaron a aparecer en la orilla opuesta del río y a suplicar que les permitieran cruzar. Su número crecía sin cesar, hasta que la ribera quedó cubierta por una enorme multitud de refugiados godos que buscaban la protección del imperio. Se hizo llegar la noticia a Valente, el emperador oriental, que estaba en Siria. El soberano y sus consejeros pensaron que los godos eran una fuente de reclutamiento muy necesaria para el ejército y que, como las provincias del Danubio eran comarcas poco pobladas, se podría adjudicarles tierras. En el otoño del 375-376, pues, se permitió que los godos cruzaran el Danubio.

El plan oficial de asentamientos controlados, diseminados y supervisados por los oficiales romanos fracasó en su



Díptico de marfil (dedicado por un cónsul a conmemorar su primer año en el cargo); se cree que representa al general bárbaro Estilicón y a su familia. Italiano, hacia 395.

totalidad. Los godos (200.000 según una fuente, aunque Amiano, más realista, dice que tratar de contarlos era como querer contar los granos de arena de las costas de Libia) cruzaron en balsas improvisadas y, con gran desorden, pasaron a la provincia romana de Mesia, donde los explotadores pusieron manos a la obra de inmediato: vendían carne de perro a los hambrientos godos a cambio de esclavos godos.

Como el número de refugiados crecía y su actitud era amenazante, las tropas romanas se retiraron a los pasos de montaña que comunicaban Mesia y Tracia, de donde tuvieron que salir porque los desbordaban por el flanco los hunos y los alanos, con quienes los godos, en su desesperación, habían pactado.

Nada evitaba ya una invasión de Tracia y en Adrianópolis, en el 378, mientras avanzaban hacia Constantinopla, los godos se enfrentaron con el ejército romano y, con la ayuda de la caballería ostrogoda, derrotaron decisivamente a las tropas del emperador Valente, que murió en la batalla. Graciano, emperador de Occidente, que a marchas forzadas se dirigía a auxiliar a su colega, tuvo que desplegar su ejército ante otras tropas bárbaras, probablemente hunos, que amenazaban las provincias romanas hasta más allá del Danubio. La situación, para Gregorio, el padre de la iglesia, era desesperada: «Las ciudades son devastadas, miríadas de personas asesinadas, la tierra está empapada de sangre y un pueblo extraño se precipita por nuestras tierras como si fueran de ellos». Pero la estrategia y las disensiones entre los bárbaros salvaron a los romanos. El general Teodosio, sucesor de Valente, pactó con los visigodos (382): se les permitía establecerse al sur del Danubio, en las regiones que se habían destinado originalmente a ellos, pero ahora con su propia organización tribal y sus propios jefes, para servir, a los ojos de un contemporáneo, «como una defensa inexpugnable ante los ataques de los hunos».

Mientras en el este se establecía una situación más o menos ordenada, empezaron los disturbios en el oeste. A principios de 383, Magno Máximo, comandante del ejército en Britania, llevó sus tropas a Galia, a pesar de la oposición del emperador Graciano quien, aunque estaba a punto de emprender una campaña contra los alamanes, condujo sus fuerzas para enfrentar a Máximo cerca de París. Antes de que entablaran batalla, la mayor parte de la tropa imperial desertó y Graciano murió durante la retirada. Máximo estableció su capital en la ciudad fortificada de Trier, en el centro de la frontera renana. Su golpe quizá obedeció al deseo de cambiar el gobierno de Graciano por un régimen militar fuerte; sin tardanza inició la represión de los francos y se impuso en Galia e Iberia; pero no dudó en usar a los bárbaros cuando esto le daba ventajas. En 383 instó a los jutungos, una tribu germana, a cruzar la frontera y saquear Recia –o Retia– (las actuales comarcas de Bavaria y Tirol), para desautorizar a los consejeros del hermano y sucesor de Graciano, el joven emperador Valentiniano.

Las consecuencias son un signo de los tiempos: el general de Valentiniano, el franco Bauto, tuvo que convocar a hunos y alanos, ya establecidos en Hungría, para luchar contra los jutungos. Los aliados bárbaros aplastaron al enemigo, pero continuaron avanzando hacia el oeste, en dirección a Galia. Bauto, como muchos otros que recurrían a los mercenarios, se vio en la obligación de pagarles para que se retiraran, tal como les había pagado para avanzar. La ruina final de Máximo, igualmente, se debió a tropas foráneas. Tras un período de paz insegura entre Trier y el gobierno imperial asentado en Milán, en el 387 Máximo cruzó los Alpes y depuso a Valentiniano. Este hecho forzó una decisión de Teodosio, emperador del este, quien desde el asentamiento de los visigodos se había visto envuelto en los problemas generados por el norte y por Persia. En aquel momento, pues, reunió un ejército compuesto casi sólo de soldados bárbaros, godos, hunos y alanos.

Pronto se alcanzó la meta: la muerte de Máximo y la restauración de Valentiniano como emperador. Pero aumen-





Centro: Honorio, hijo menor y sucesor de Teodosio el Grande en la mitad occidental del imperio (395-423).

Derecha: Constantino III, que fue soldado raso en Britania, en 407 estuvo al mando de un ejército, entró en Galia y durante cuatro años mantuvo un imperio precario, rival del gobierno de Honorio.

taron los desertores del ejército de Teodosio, en su mayoría visigodos, que se dedicaron al pillaje en Macedonia y a ellos se unieron nuevas hordas bárbaras llegadas del otro lado del Danubio. A fines de la primavera de 392, el obispo de Constantinopla escribía: «Los bárbaros han abandonado su propio territorio y varias veces han saqueado amplias extensiones de nuestras tierras, incendiado los campos y tomado ciudades; pero en lugar de volver a su patria, como juerguistas borrachos, se mofan de nosotros».

Teodosio no obtuvo resultados definitivos en sus campañas y, hacia fin del año 392, tenía que enfrentarse con otro usurpador en el oeste, porque Valentiniano había muerto –algunos hablaron de suicidio– y el franco Arbogastes, que fuera en tiempos general de su ejército, proclamó emperador a Eugenio, un profesor de retórica comparativamente inofensivo. El segundo ejército oriental que fue a luchar con el de occidente, como el primero, se componía sobre todo de bárbaros, alanos, hunos e incluso árabes y –según una fuente a la que se sabe poco objetiva– más de 20.000 visigodos.

Hacia fines del 394, se produjo la captura y ejecución del usurpador y Teodosio pasó a ser emperador de oriente y de occidente, pero la tregua fue breve, porque en enero de 395 moría el emperador. Había dividido el imperio entre sus jóvenes hijos Arcadio y Honorio, a quienes confió al cuidado del marido de su sobrina, el vándalo Estilicón. En esas circunstancias, el protectorado de Estilicón se reconoció sólo en la mitad occidental, la que correspondía a Honorio, el hermano menor; la desunión consiguiente del imperio llevaría la ruina al oeste.

Alarico y el saqueo de Roma. La mayor parte del ejército del difunto Teodosio aún estaba en el norte de Italia, pero el contingente visigodo, al mando de su rey Alarico, había emprendido el regreso a oriente y, de camino, se dedicaba al pillaje en Tesalia. El envío de una expedición a Tesalia resultó inútil, porque Estilicón no pudo apresar a Alarico y, al final de su campaña, tuvo que devolver sus tropas a Constantinopla, donde los consejeros de Arcadio se enfrentaban con las incursiones de los hunos y sospechaban de las ambiciones de Estilicón. En tanto, los visigodos se desplazaron hacia el sur y empezaron el pillaje en el Peloponeso. En 397, Estilicón avanzó contra ellos una vez más y rodeó a las fuerzas de Alarico cerca de Olimpia. De algún modo (los críticos hostiles dijeron que por la indolencia de Estilicón), Alarico consiguió huir a Epiro (Albania). El gobierno oriental se decidió a considerar agresivas las actividades de Estilicón, porque el Peloponeso estaba dentro de su mitad del imperio, y por ello lo declaró enemigo público de oriente; tal vez para impedir una alianza con Estilicón, Alarico recibió de Constantinopla el nombramiento de comandante de la región noroccidental de los Balcanes. Si esta jugada pareció útil por entonces para Constantinopla (donde no tardó en producirse una reacción que llevó a otra masacre de tropas godas), para el oeste resultó desastrosa. Los visigodos quedaban legalmente establecidos junto a los límites de Italia y eran tan libres como antes de hacer lo que quisieran.

En el otoño de 401, Alarico lanzó un ataque sorpresivo contra el norte de Italia. Tras una batalla no decisiva librada al sur de Turín, firmó un pacto por el que se retiraba a Epiro. Por falta de recursos, la política de Estilicón era de compromisos; el gobierno sufría una escasez crónica de tropas y se vio obligado a hacer regresar a los regimientos estacionados en Bavaria, el Rin y Britania para atender la defensa de Italia. En 405, cuando otro rey godo trató de seguir el ejemplo de Alarico atravesando los Alpes (sin éxito, gracias a los auxiliares hunos), su ejército derrotado se alistó de inmediato en las filas de los vencedores.

Se necesitaban nuevos territorios y más soldados, un problema que se podía resolver, pensó Estilicón, anexando a su región occidental alguna de las provincias del Danubio pertenecientes al imperio oriental. Los objetivos de la expedición se arreglaron con Alarico, pero durante los preparativos se produjeron los hechos del invierno de 406-407, por los que la frontera renana cayó ante los ataques de los vándalos, los suevos y los alanos, antiguos aliados de los

hunos. Era una situación crítica, empeorada a causa de los sucesos posteriores: los ejércitos británicos, aislados de Italia por las invasiones, ya se habían rebelado y elegido varios emperadores propios; dos sobrevivieron sólo unos meses; el tercero, Constantino, condujo sus tropas a Galia a principios de 407 y estableció su corte en el mediodía francés, en la actual Arles. Al año siguiente, Constantino absorbió las provincias ibéricas en su nuevo imperio galo. Como golpe final, Alarico avanzó hasta los confines de Italia, donde esperó a que Estilicón se le uniera para la campaña de los Balcanes, propuesta tiempo atrás. El gobierno oriental no estaba en condiciones de cumplir sus pactos (y no hay pruebas de que Alarico esperase que así lo hiciera); con el pretexto de un pacto quebrantado, Alarico exigió una compensación considerable por su retirada infructuosa de Epiro. A pesar de la gran oposición que manifestó la aristocracia itálica, se reunió el dinero; no obstante, el incidente fortaleció la actitud antagónica romana ante los bárbaros y también frente a la política diplomática de Estilicón. Una rebelión en el ejército, contraria a Constantino, dio su oportunidad a los rivales de Estilicón: Honorio consintió en que lo asesinaran, en agosto de 408, y se hizo una purga de sus seguidores

Las aproximaciones de Alarico al nuevo régimen se rechazaron dentro de una ola de sentimientos antibárbaros. El resultado fue una segunda invasión de Italia: los visigodos asediaron la propia ciudad de Roma en el invierno de 408-409 y el sitio se levantó sólo después del pago de un rescate importante. La corte de Honorio, instalada a buen recaudo en la ciudad fortificada de Rávena, que por entonces fue el refugio favorito del gobierno, era incapaz de intervenir (por cierto, durante un tiempo se vio obligada a reconocer las pretensiones sobre la Galia del usurpador Constantino) pero aun así se negó a firmar acuerdos con Alarico, cuya finalidad parece haber sido sólo obtener cierta cantidad de dinero para mantener su prestigio y embarcos de cereal para alimentar a su gente; de todas maneras, las negociaciones se dilataron hasta mediados de 410. Cuando por fin se interrumpieron, Alarico saqueó Roma y, con la esperanza de llegar a los campos de cereales de África, marchó sobre el sur de Italia, donde murió a fin de ese año. Esto daría al gobierno de Rávena el respiro que tanto necesitaba para ocuparse de los problemas de la zona transalpina. En esos momentos, la caída de Roma tuvo poca importancia militar, porque el gobierno continuaba a salvo en Rávena. Sin embargo, el daño que sufrió el prestigio romano fue enorme y el impacto que produjo la violencia ejercida contra la ciudad de san Pedro, que inspiraría a san Agustín su obra *La ciudad de Dios*, dio tema a muchísimos sermones.

Disolución del imperio. En el invierno anterior (409-410), los vándalos, suevos y alanos, que se habían ocupado del pillaje de Galia durante más de dos años, pasaron por encima de las guarniciones pirenaicas de Constantino y empezaron a asolar España. Ante la amenaza, el nuevo imperio de Constantino se disolvió; en España, su general proclamó emperador a su protegido, pactó con los bárbaros y en 411 dirigió un ejército formado con sus propias tropas y las de los vándalos contra Constantino, quien pidió ayuda a los francos y a los alamanes, pero se encontró bloqueado en Arles, su capital, por las fuerzas ibéricas. En tanto, Rávena preparaba una expedición contra Constantino, pospuesta desde 408; tras una campaña confusa, las tropas imperiales derrotaron primero al ejército de España y después al del Rin y asediaron Arles. Pronto capturaron a Constantino, que fue ejecutado. Con todo, la pacificación de la comarca renana se consiguió con una ayuda inesperada. Ataúlfo, hermano y sucesor de Alarico, se llevó a los visigodos del suelo itálico y aplastó la rebelión.

Al cabo de diez años de luchas, el Imperio de Occidente parecía haber recobrado su equilibrio. Pero en el 412 la situación ya no era la del 401. La provincia de Britania se había independizado y el gobierno imperial mostraba poco interés en recuperar el control; el noroeste de Galia vivía en rebelión permanente; el norte de la península ibérica estaba en manos de suevos, alanos y vándalos y los visigodos tenían el poder en las comarcas centrales y meridionales de Galia. Es verdad que Ataúlfo de tiempo en tiempo proclamaba que era el campeón del imperio, pero por esta época se estableció en Galia meridional y poco después estaba enfrentado a Honorio. Un asedio y la consiguiente hambruna llevaron a los visigodos hasta España, donde se produjo el asesinato de Ataúlfo (415). Sus sucesores no fueron capaces de llegar hasta las ricas tierras cerealeras de África, pero expulsaron a alanos y vándalos del centro de España, con tanta fortuna que el gobierno imperial se alarmó al ver el crecimiento de ese poderío; así fue como en 417 los visigodos recibieron la invitación de volver a Galia y, a principios de 418, se les cedió formalmente la provincia de Aquitania, como reino federado con capital en Toulouse. La alianza tenía mucho a su favor: para los romanos, una promesa de estabilidad y asistencia militar; para los visigodos, un lugar donde asentarse tras más de veinte años de desplazamientos bajo el mando de Alarico y Ataúlfo. Pero la entrega de la comarca aquitana, tanto como el abandono de Britania, en la práctica era el reconocimiento de la ruptura del viejo imperio.

Galia había sufrido pillajes durante más de diez años. «Entre los Alpes y los Pirineos, toda la tierra estaba devastada», escribió san Jerónimo en 409, aunque estaba muy

lejos, en Belén, y sin duda exageraba. Namaciano nos dejó su testimonio directo en una descripción de la Italia del 417: los edificios públicos de Roma, como lo prueban las inscripciones, ya se habían restaurado tras el saqueo de Alarico; en las zonas rurales la reconstrucción era muy lenta, porque aún era difícil viajar: los puentes se habían desplomado y las posadas estaban en ruinas. Es decir, que las invasiones habían sido muy destructivas. La colonización de los bárbaros, de un modo sorprendente, lo fue mucho menos. Los nómades estaban deseosos de emprender labores agrícolas, eran muy escrupulosos en cuando a los límites de las fincas y respetaban los derechos de propiedad. En los registros se habla de propietarios desposeídos, hombres que vivían en la indigencia, el retiro o el exilio, pero la colonización fue, para los propios bárbaros, la posibilidad de que sus hombres se asentaran u hospedaran en una parte (un tercio o, a veces, dos tercios) de una propiedad cuyo dueño conservaba la parte restante para sí. Para denominar al colono bárbaro, se usó la palabra *hospes*, huésped, con muy poca ironía; la relación del colono con su anfitrión quizá no fue ideal, pero era preferible al desalojo total, del que no hubo demasiados casos.

Uno de esos exilios se recuerda en un extenso poema autobiográfico. El aquitano Paulino, nieto de un influyente consejero del emperador y él mismo también activo en la política imperial, una vez perdidas sus propiedades por una mezcla de mal criterio y robo, había huido a Marsella. Mientras vivía allí pobremente, recibió con regocijo una cantidad de dinero, toda una sorpresa, enviada por un godo que quería comprar unas tierras antes de Paulino y que se había tomado el trabajo de buscar al antiguo propietario. Este caso no fue único, porque las leyes establecidas por los bárbaros para regir sus nuevos reinos se ocuparon cuidadosamente de los derechos de propiedad y personales, a la vez que de las obligaciones de los romanos.

En el centro mismo del reino visigodo, algunos propietarios conservaron sus tierras. Al norte de Burdeos, un noble aquitano llamado Leoncio siguió viviendo en una gran mansión que dominaba el estuario, con sus graneros, pórticos y frescos, además de todo lo necesario para una vida civilizada. Sin embargo, la vida de las clases altas era muy distinta de la de sus predecesores del siglo IV, porque la mansión de Leoncio tenía murallas y torres. Sidonio, obispo de Clermont-Ferrand, habla de unas «fortalezas de montaña» semejantes que tenía un amigo suyo en Galia central; cuando el prefecto Dárdano se retiró de la vida política, lo hizo en un valle inaccesible de los Alpes marítimos, protegido por murallas y puertas. También las clases medias vieron cambios en su vida. Aun los que no estaban directamente afectados por la colonización bárbara comprobaron, a medida que el imperio se debilitaba, que desaparecían las antiguas oportunidades de lograr fama y fortuna en el servicio militar o civil. Entonces, sus carreras e intereses debían ser locales y el eclipse gradual de esta clase burocrática, tan importante en tiempos, es un rasgo significativo del cambio de una sociedad imperial a la medieval.

Los cambios habidos eran considerables, pero algunos conservaron un modo de vida estable y ordenado. La corte visigoda de Toulouse sorprendía a los visitantes por su dignidad. «Elegancia griega, riqueza gala, vivacidad itálica», observa el obispo Sidonio. No obstante, era imposible una simbiosis verdadera, porque los godos eran herejes.

Mientras estuvieron aún fuera del imperio, inició la labor misionera entre los suyos el obispo godo Ulfila, un seguidor de Arrio, sacerdote alejandrino cuyo credo reconocía la divinidad de Dios Padre, pero no la de Cristo. Cuando entraron en el imperio, los godos estaban muy influenciados por los grupos arrianos de la zona central del Danubio y la forma de cristianismo a la que se convirtieron godos y vándalos fue el credo de esos grupos. Algunos emperadores del siglo IV fueron arrianos, pero en 325 el Concilio de Nicea denunció esa doctrina y, a lo largo de ese siglo, se tomaron medidas cada vez más duras contra ella. Al parecer, las diferencias religiosas preocuparon muy poco a los godos: fuera de África, era raro que los arrianos persiguieran a los católicos, cuya iglesia se toleraba, en general. Pero la conversión accidental al arrianismo evitó la inserción de los bárbaros en la población romanizada, mucho más numerosa, y reforzó el desagrado personal de los habitantes de las provincias ante sus conquistadores.

Europa aislada. La fundación del reino visigodo de Toulouse marca el fin de la primera etapa de la caída de occidente y, durante un interludio de comparativa paz en Italia y el sur de Galia, pareció posible recuperar los comportamientos tradicionales. En España, los suevos y los vándalos aún seguían sin control y contra ellos organizaron sus campañas los nuevos aliados, visigodos y romanos, en el año 419 y siguientes. A fines del decenio de 420, surgió una nueva amenaza: bajo el mando del rey Genserico, los vándalos atravesaron el estrecho de Gibraltar y avanzaron por la costa norte de África; este continente era la patria de una comunidad religiosa e intelectual próspera y durante siglos había abastecido a Europa, y a Roma en particular, de trigo y aceite, pero el gobierno imperial se mostró falto de iniciativa en tanto que los vándalos tomaban una ciudad tras otra. Cuando san Agustín murió en Hipona (430), los bárbaros ya acampaban al pie de las murallas de la ciudad; a fines de ese decenio, habían capturado la capital, Carta-



Arriba: Parte de las nuevas defensas terrestres de Constantinopla, construidas por Teodosio II entre 413 y 439. Dos tercios de las enormes murallas abarcan una distancia de 6,5 km en la península y protegieron a una ciudad cuya superficie era casi de 16 km^2.

Abajo: Los hunos de Atila cabalgan a través de Europa con su botín; una contribución del siglo pasado al mito de los hunos, obra del español Ulpiano Checa y Sanz (1860-1916).

go, y lo peor estaba por llegar (al menos a los ojos de nuestras fuentes eclesiásticas), porque los invasores desataron una persecución salvaje contra la poderosa y rica Iglesia católica de África, que recuerda el período como «un siglo de tiranía y cautiverio», cuyo fin se saludó con lágrimas de alegría.

Los vándalos fueron el único pueblo bárbaro que organizó una flota, con un efecto desproporcionado respecto del número de sus gentes. Un edicto de Constantinopla demuestra que se veía a esa flota como un peligro serio: en el 419 un obispo de Crimea pedía perdón para uno de sus feligreses «que había enseñado a los bárbaros el arte de construir naves, hasta entonces desconocido para ellos». El emperador concedió el perdón, pero decretó que la repetición del delito sería un crimen capital. En su momento, el juicio fue sonado, porque como dueño de Cartago Genserico controlaba los famosos astilleros cartagineses y los hizo trabajar sin perder un solo momento. En el verano siguiente, su flota asoló Sicilia; a pesar de todos los esfuerzos de Roma y Constantinopla, los vándalos estaban en condiciones de atacar a placer la costa mediterránea. Por un tiempo desapareció el comercio del Mediterráneo, y a los ojos de algunos historiadores jamás se recuperó. En el siglo VI, cuando se dispersó a los piratas, los mercaderes habían establecido otros centros, más seguros y cercanos a sus zonas de origen.

Las acciones de los vándalos por las que se fragmentó el mundo mediterráneo fueron paralelas a ciertos acontecimientos ocurridos en Galia. Los visigodos resultaron ser aliados poco seguros y apoyaban a Rávena sólo cuando les





Europa en 476 d. C. En la época en que se derrocó al último emperador occidental, sólo parte de los Balcanes y el Reino de Soissons estaban bajo un control nominal romano.

parecía. En el 425, mientras se desarrollaba la crisis de sucesión tras la muerte de Honorio, pusieron sitio a Arles; diez años más tarde, organizaron un ataque contra Narbona. Ambos fueron intentos de apoderarse de un sector de la costa mediterránea y suscitaron una resistencia feroz. Pero la capacidad de la corte imperial para ejercer su influencia sobre los acontecimientos de Galia se debilitaba. El noroeste estaba aún en manos de sus labriegos rebeldes, los bacaudas de Bretaña, el noreste se abandonó ante los francos, antiguos federados, y Galia central estaba dominada por Aecio, un general romano cuya alianza con Rávena era nominal.

En su juventud (primer decenio del siglo V), Aecio había pasado cierto tiempo como rehén de los hunos. Algunos han hablado de su amistad con ese pueblo, pero más exacto sería decir que Aecio reconocía el valor que, para seguir su propia política, tenían sus contactos con los hunos, aunque el nexo fue sin duda comercial. Los mercenarios hunos no eran algo nuevo. Eran nómades e integraban unidades tribales pequeñas y habituadas a la acción independiente: en el decenio de 370, algunos lucharon junto a los ostrogodos contra hunos y alanos; otros se unieron a los visigodos para atacar a los romanos; también pelearon con Honorio contra los godos y el propio Estilicón tuvo una guardia personal de hombres de esa tribu.

Aecio era notable para sus contemporáneos no porque se aprovechara de esos aliados, sino por la forma en que parecía capaz de obtener levas cuando quería. Estuvo en un primer plano durante la crisis de sucesión del decenio de 420, cuando acudió demasiado tarde, con un ejército huno, para ayudar a Juan, el usurpador del trono de Honorio. Con esos refuerzos, Aecio resultaba demasiado poderoso para que lo eliminaran y el nuevo gobierno imperial lo envió a Galia con todos sus beneplácitos. Hay noticias de él en 428, cuando derrota a los francos a orillas del Rin; en 430, a los jutungos sobre el Danubio y a los

visigodos cerca de Arles; vencía a los francos nuevamente en el 432, año en que fracasó un intento de desembarazarse de él, porque Aecio contrató más mercenarios hunos e hizo que el gobierno le reconociera autoridad sobre Galia: durante los siguientes veinte años su posición fue firme. En 436 su lugarteniente Litorio, con ayuda de los mercenarios hunos, aplastó la rebelión campesina del noroeste, mientras que Aecio en persona diezmaba a los burgundos, federados ingobernables, que presionaban en la comarca renana central. En 437 las tropas volvieron al sur, donde los visigodos se aprovecharon de las preocupaciones romanas para poner sitio a Narbona. Después de una serie de campañas victoriosas, el ejército huno de Litorio fue aniquilado junto a las murallas de Toulouse. En Marsella, el sacerdote Salviano comentó sardónicamente: «Los visigodos ponen su fe en Dios y nosotros ponemos la nuestra en los hunos». Ambos bandos estaban exhaustos y en el 439 volvía a firmarse otro acuerdo de paz.

En Galia, durante este decenio, era evidente la falta de orden; en los años siguientes, Aecio se vio obligado a llevar una política nueva y ominosa. En el 440, estableció a una tribu de alanos en las tierras abandonadas cercanas al Ródano, al sur de Lyon; en 442 nuevos grupos de alanos se instalaron en Galia central, cerca de Orleáns, y en 443 los burgundos supervivientes quedaron asentados al este de Lyon, en Saboya. Pocos años después, el obispo Sidonio expresaba su disgusto ante los recién llegados: «Esas hordas melenudas... los codiciosos burgundos que se untan el pelo con mantequilla rancia... apestan a ajo y a cebollas hediondas». Quizá Aecio pretendía establecer a sus propios federados como sustitutos de sus antiguos mercenarios hunos, porque los alanos de Orleáns de inmediato entraron en acción contra los labriegos de Bretaña. Sobre la personalidad de Aecio, los historiadores tienen opiniones muy distintas. Se le ha considerado un magnate feudal, el primero de un nuevo orden en la Europa medieval, que con eficacia impidió que los bárbaros absorbieran toda Galia. Sin embargo, por el contrario también se le consideró el conservador del dominio obsoleto y en la última etapa ya diluido de la aristocracia galorromana, se vio su carrera como la de un opresor brutal y sin sentido, conducente sólo a la ruina. Pero en este papel tuvo predecesores, hombres como los usurpadores Máximo y Constantino. Lo diferencia de ellos el hecho de que para ejercer su poder en Galia ya no se necesitaba declarar la oposición a Italia: podía actuar como virrey casi con impunidad. El cambio nos da una medida de la disolución de la autoridad imperial durante el siglo v, como lo es también el fin de Aecio: muerto por obra de un cuchillo y no derrotado por el ejército imperial.

Atila y los hunos. Las actividades de los hunos fuera del imperio, a lo largo de los primeros treinta años del siglo v, son muy oscuras. Gibbon y otros sugirieron que los movimientos de los hunos en Germania oriental hicieron que los godos invadieran Italia en 405 y los vándalos y sus aliados entraran en Galia al año siguiente. Esta presunción puede ser verdadera, pero otras campañas son más seguras: a fines del siglo IV, los hunos arrasaron Mesopotamia y Siria; pocos años después empezaron a devastar Tracia. Su presión en la frontera del Danubio durante este período tiene un recordatorio perdurable, porque ante la amenaza, la capital imperial del este se defendió con fuertes murallas nuevas.

En el decenio de 440 cambia el esquema. Antes, los hunos eran un estorbo pero, como los bárbaros a los que habían reemplazado, se podía rechazarlos con cierto costo; ahora, eran irresistibles. La razón del cambio fue la supremacía de Atila que, junto a su hermano Bleda, gobernaba a los hunos del norte de los Balcanes. Es probable que en 445 Atila haya asesinado a Bleda; toda su confederación de tribus lo aceptó como rey. En 447 atravesó el Danubio devastó Tracia, derrotó a los ejércitos imperiales y marchó hacia Constantinopla. El emperador oriental se sometió a las condiciones impuestas por el enemigo: pago inmediato del enorme atraso en los tributos, evacuación de la frontera del Danubio y de una amplia franja situada al sur de ese confín. Atila volcó su atención en el Imperio Occidental. Es probable que esperase un pago inmediato en metálico y una tributación regular, porque Aecio y el gobierno imperial habían sido conciliadores algunos años antes ante la misma presión.

Las respuestas fueron desfavorables, porque en 451 Atila llevó su ejército a Galia. Se dice que se anunció como aliado de Roma y que sólo pretendía suprimir a los visigodos. Nuestras fuentes adornan la narración con tantos relatos de intrigas de Genserico y los vándalos, de la hermana del emperador y del propio Aecio, que los motivos e incluso los hechos son dudosos. En algún lugar cercano a Troyes, entre París y Dijon, las heterogéneas tropas galas, federadas y visigodas de Aecio derrotaron a Atila, quien se retiró a Hungría para recuperarse y en el 452 bajó hacia Italia; al principio los hunos tuvieron suerte, pero más tarde, debilitados por las enfermedades, se vieron amenazados por una fuerza expedicionaria que Aecio había organizado ayudado por Constantinopla. Con su prestigio ya opaco, Atila se vio forzado a aceptar una tregua y volvió a retirarse a Hungría, donde murió a principios de 453.

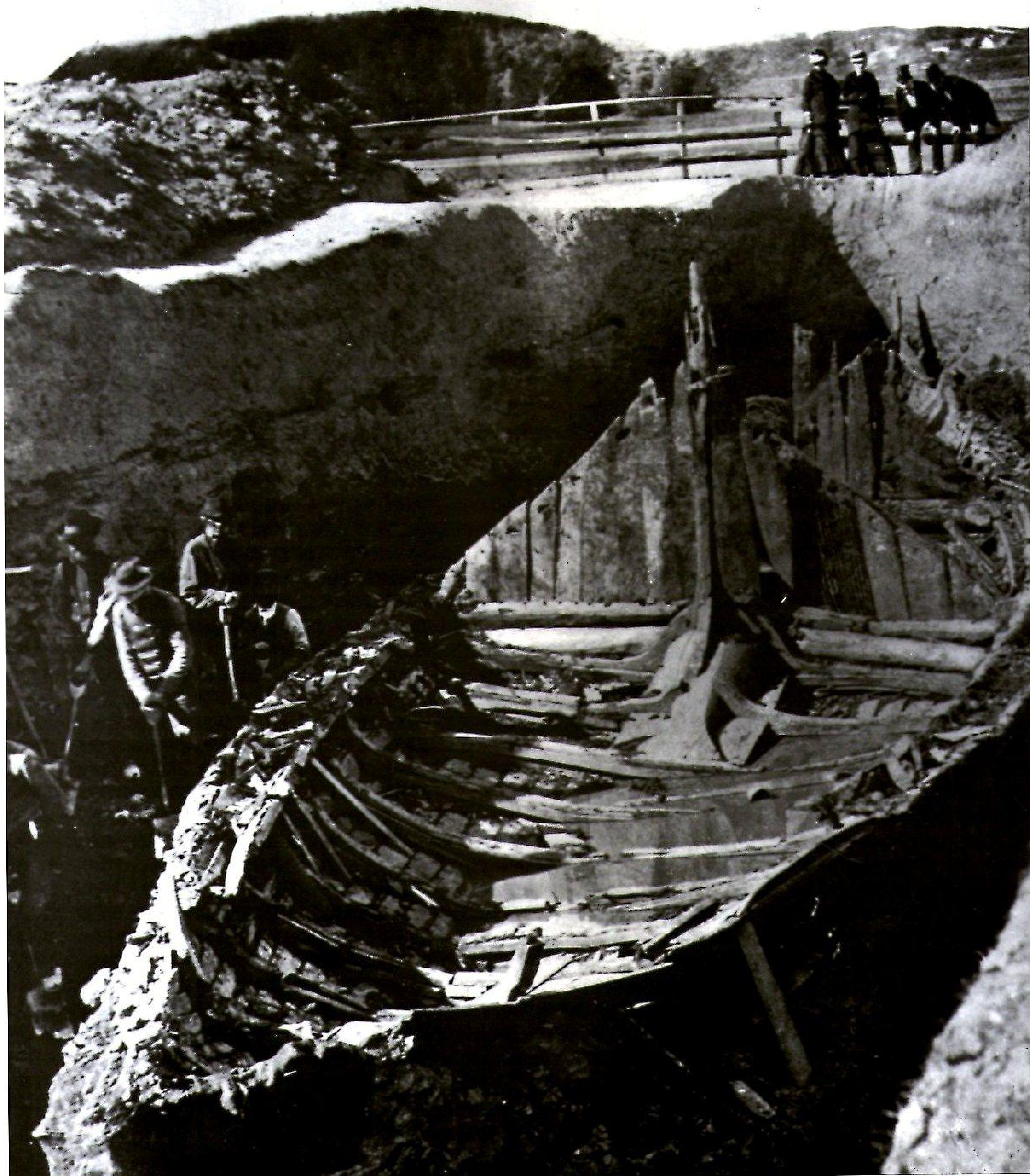
A su muerte, la confederación se dividió en grupos desavenidos y enfrentados, todos al mando de sus hijos. Los romanos sintieron júbilo, aunque también sorpresa, ante un cambio tan repentino. Si se hubiesen interesado en los

asuntos internos de los hunos en otras épocas, hoy quizá estaríamos en condiciones de ver en esas desavenencias una situación normal y el imperio de Atila como una excepción. Pero el suceso siguiente fue por completo inesperado: en el año 454, algunas de las tribus germánicas sometidas se aprovecharon de la crisis de sucesión (y tal vez de la pérdida de la confianza tras las retiradas de Atila) para organizar una rebelión. En algún lugar de Rumania un ejército de hunos quedó aplastado y el poder de este pueblo se derrumbó por completo. Algunos de sus representantes siguieron sirviendo como mercenarios, a veces muy destacados, y ciertos grupos sobrevivieron en Hungría y en los Balcanes, aunque la mayoría se retiró a las estepas del este del Mar Negro, donde se mantuvieron hasta que nuevas olas nómadas de oriente los absorbieron.

El eclipse de Roma. La desintegración final del Imperio de Occidente llevó menos de una generación. Aecio no vivió mucho tiempo más que Atila: en el año 454 el emperador Valentiniano mandó que lo asesinaran. El control precario que se mantuviera en Galia desde 418 se perdió: hacia 455 los francos se anexaron el noreste galo y los alamanes extendieron sus territorios hasta Alsacia y los Alpes, casi sin que nadie se enterara, porque la atención de Italia estaba puesta en el saqueo de Roma, obra de los vándalos del rey Genserico. Una serie de emperadores efímeros trataron de controlar, sin éxito, los ataques de Genserico, mientras Egidio, sucesor de Aecio, era incapaz de enfrentarse con los bárbaros y a la vez con el gobierno de Galia. Los visigodos sacaron provecho de la confusión: en el decenio de 450 penetraron en España, en el de 460 se apoderaron de Narbona y en el de 470 se impusieron en Arles, en Marsella y en el territorio de Clermont-Ferrand, en el corazón de Galia. Siagrio, hijo y sucesor de Egidio, se encontró encerrado en el centro del noroeste de Francia, en su propio reino independiente y bastante sombrío de Soissons, hasta que lo arrolló la expansión de los francos en 486.

En Italia, Odoacro –un general escirio– ya había depuesto a Rómulo Augústulo, último de los emperadores títere de los soldados bárbaros; a continuación aseguró al emperador de oriente que no era necesario nombrar a un sucesor y se hizo cargo del gobierno, que ostentó entre 476 y 488. El hombre que lo reemplazaría, Teodorico el ostrogodo, como Alarico el visigodo, recibió apoyo del gobierno de oriente, para el que era molesta la presencia continua de sus nuevos federados ostrogodos en los Balcanes. La fundación del reino de Teodorico en Italia marca el fin de las pretensiones imperiales romanas en el oeste. Poco más de un siglo había pasado desde que los refugiados visigodos cruzaran el Danubio para huir de los hunos.

Capítulo segundo: El descubrimiento de los bárbaros



Una tradición literaria ininterrumpida enlaza a los escritores de la Antigüedad con nuestra época, y los que sintieron la necesidad pudieron, casi en cualquier período, volverse hacia las fuentes y leer sobre la intervención de sus antepasados en la creación de Europa. En el siglo XIV, Geoffrey Chaucer escribía en su *Cuento del que perdona*:

Oíd, Atila, el gran conquistador,
murió mientras dormía, con deshonor y vergüenza,
sangrante la nariz en su borrachera,
aunque un capitán ha de vivir sobrio

y confiaba en que al menos una parte de sus lectores entendiera la referencia. La investigación histórica reciente aportó bastantes datos. Ahora sabemos mucho más acerca de los antecedentes, las presiones económicas o culturales que influyeron en las decisiones que algunos definirían como obligadas. Jefes y príncipes parecen haber sido más racionales y menos caprichosos de lo que pensaron, por ejemplo, Chaucer y Gibbon. Sus figuras se han definido y, al mismo tiempo, estos mismos estudios niegan, se diría, la posibilidad de que esos hombres pudieran elegir de verdad qué acciones iban a emprender.

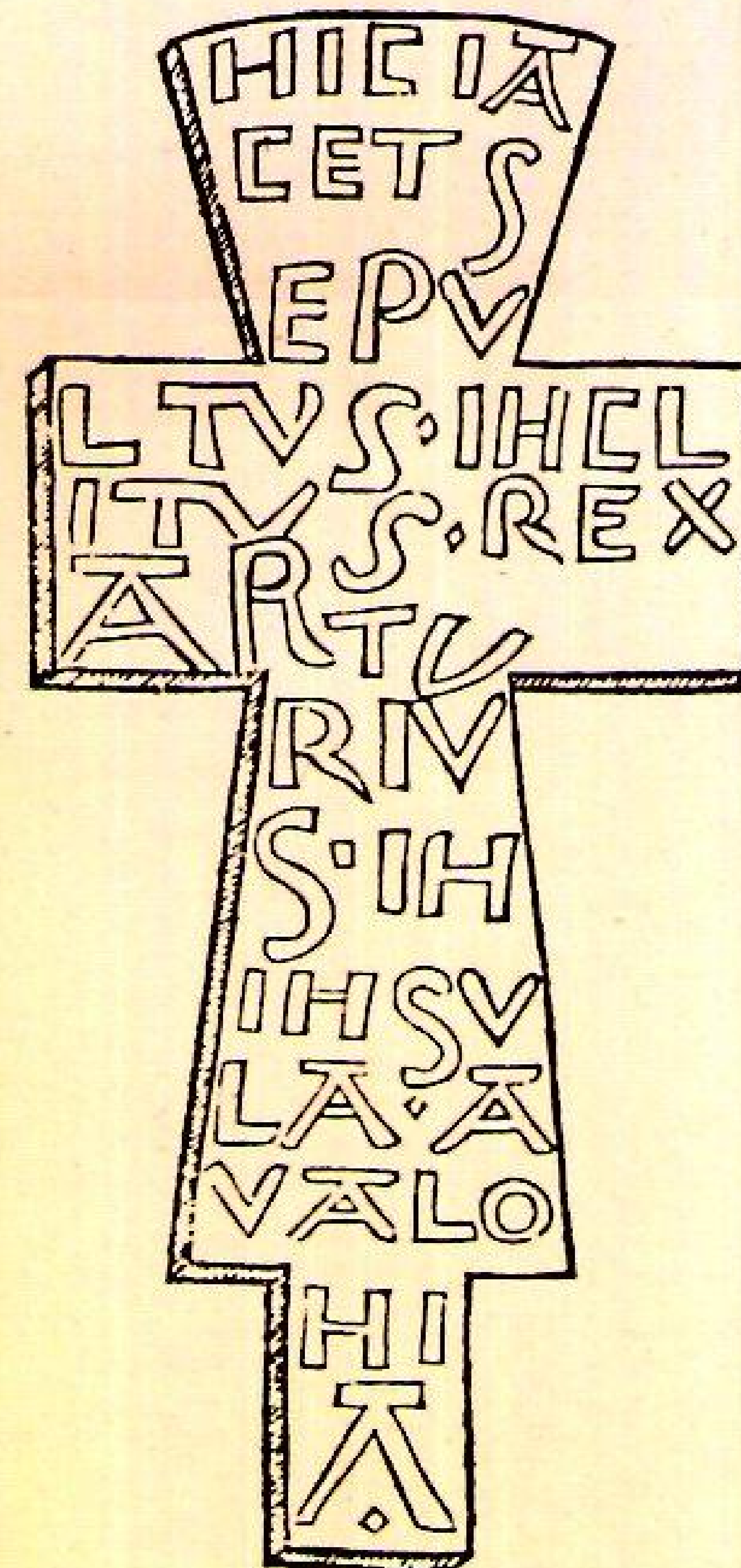
De las personas a los objetos. Enfrentados a esta rica variedad de fuentes, crónicas, biografías, cartas religiosas y profanas, leyes, títulos de tierras, información escrita de todo tipo, la mayoría de los estudiosos de los comienzos de la Edad Media tuvieron tendencia a ignorar la posible importancia de la arqueología. En 1910, sir Charles Oman expresaba un punto de vista aceptado sobre la Inglaterra anglosajona: «La piqueta, tan útil para el período romano, nos ayudó poco aquí». Esta actitud, aun entonces, después de varias generaciones de descubrimientos, es comprensible. A diferencia de las reveladoras excavaciones de una nueva civilización (como las que al mismo tiempo se desenterraban en Grecia y Creta), los restos mundanos de los bárbaros parecían poco importantes, no más que notas a pie de página a la hora de establecer el texto de la historia. Se les prestó atención cuando ilustraban hechos registrados y parecieron más significativos cuando eran testimonios de pueblos bien conocidos.

Esto se debe a un hábito muy antiguo. Durante mucho tiempo, la Torre de Londres, que data del siglo XI, recibió el nombre de «Torre de César», distinción compartida con otros varios edificios normandos; ante absurdos tan manifiestos, el escepticismo de los estudiosos de la Antigüedad como sir Thomas Browne fue un correctivo: «La cronología vulgar hará que el Castillo de *Norwich* sea tan viejo como *Iulius Caesar*, pero la distancia entre esas partes y su forma estructural *gótica* abrevian tal antigüedad». En cambio, las atribuciones a personajes más sombríos de la Edad Oscura eran más fáciles de creer. En Inglaterra, el rey Arturo ocupaba un puesto muy alto en la imaginación popular, y los académicos, que disponían de pocos testimonios para el período, se persuadían con mayor facilidad: John Leland, estudioso de la antigüedad y viajero, al pasar frente a una colina fortificada prehistórica de Somerset, anotaba en 1532: «Camallate, en tiempos famosa ciudad o castillo», y no sabemos si seguía una tradición local sobre la Camelot del rey Arturo o sólo extraía de los topónimos locales sus propias conclusiones.

Los vestigios de los famosos eran bien conocidos en la Edad Media. La mayoría de los auténticos se conocían desde los tiempos mismos a los que pertenecían, pero unos pocos volvieron a encontrarse y uno de ellos se recuperó en las primeras excavaciones registradas cuyo material procedía de la Edad Oscura. En 1190 los monjes de Glastonbury, en Somerset, anunciaron el descubrimiento de los huesos

Página enfrentada: el barco de Gokstad en 1880. La excavación no se hizo con cuidado: la nave terminó cortada por la mitad.

El dibujo de Camden (1607) es el único documento de la aparición de la cruz de plomo descubierta en Glastonbury (decenio de 1190).



del rey Arturo y de su reina en una tumba cercana a la iglesia de la abadía. A juzgar por lo que dice el relato que sobre la exhumación escribió a fines del siglo XIII un monje de Glastonbury, existía una tradición previa acerca del lugar y las excavaciones modernas han descubierto no sólo el pozo del que fueron sacados los cuerpos, sino también restos de otras tumbas, oratorios de madera y un mausoleo que bien puede datar de los siglos VI o VII. Los monjes identificaron los huesos como los de Arturo por una inscripción. Fijada a la parte inferior de una piedra que cubría la tumba, había una pequeña cruz de plomo con un texto latino inscrito: «Aquí yace enterrado el famoso rey Arturo en la isla de Avalon». La cruz ya se había extraviado en el siglo XVIII, y nuestro único testimonio de ella es un dibujo publicado por Camden en el siglo XVII.

Algunos han afirmado que la cruz era una falsificación hecha en el siglo XII por los monjes de Glastonbury, y el desenterramiento, una artimaña para mejorar sus finanzas. Por supuesto, eso produjo un aumento de peregrinos y un provecho económico, pero la letra arcaica de la inscripción habla en contra de los escépticos, porque las falsificaciones medievales de obras y títulos eran muy corrientes pero, en general, torpes. Durante muchos años se pensó que la grafía de esa cruz era del siglo X y a menudo se dijo que la cruz se puso encima de la tumba en ocasión de un sospechoso levantamiento del nivel del cementerio de la iglesia, a fines del siglo X. Las pruebas de que el héroe Arturo había muerto y estaba enterrado (y, por tanto, ya no podría regresar) habrían sido muy útiles para cualquier gobierno con súbditos poco afectos. Es decir, que tanto los monarcas del siglo X como los del XII podrían haber inspirado el descubrimiento y, después, aprovechado su impacto público. Sin embargo, como en tantas otras cosas relacionadas con el rey Arturo, persiste la duda: la cruz, por la forma de las letras de la inscripción, se ha vuelto a datar en el siglo VI, recientemente. Sea cual sea la verdad, al menos el descubrimiento demuestra que se puede adjudicar una fecha muy temprana a la relación de Arturo con Glastonbury.

Por su nexo con una figura histórica de grandeza semejante, en 1653 suscitó amplio interés el hallazgo de la tumba del rey franco Childerico, fechada en el siglo V, en la localidad belga de Tournai. Sir Thomas Browne nos refiere sus reacciones: «El monumento de *Childerico*... se descubrió por casualidad hace tres años en Tournai; ha devuelto al mundo su espada ricamente adornada de oro, doscientos rubíes, varios cientos de monedas imperiales, trescientas abejas de oro, los huesos y herraduras de su caballo, enterrado con él, todo ello acorde con la magnificencia bárbara de aquellos días en los bienes fúnebres». En

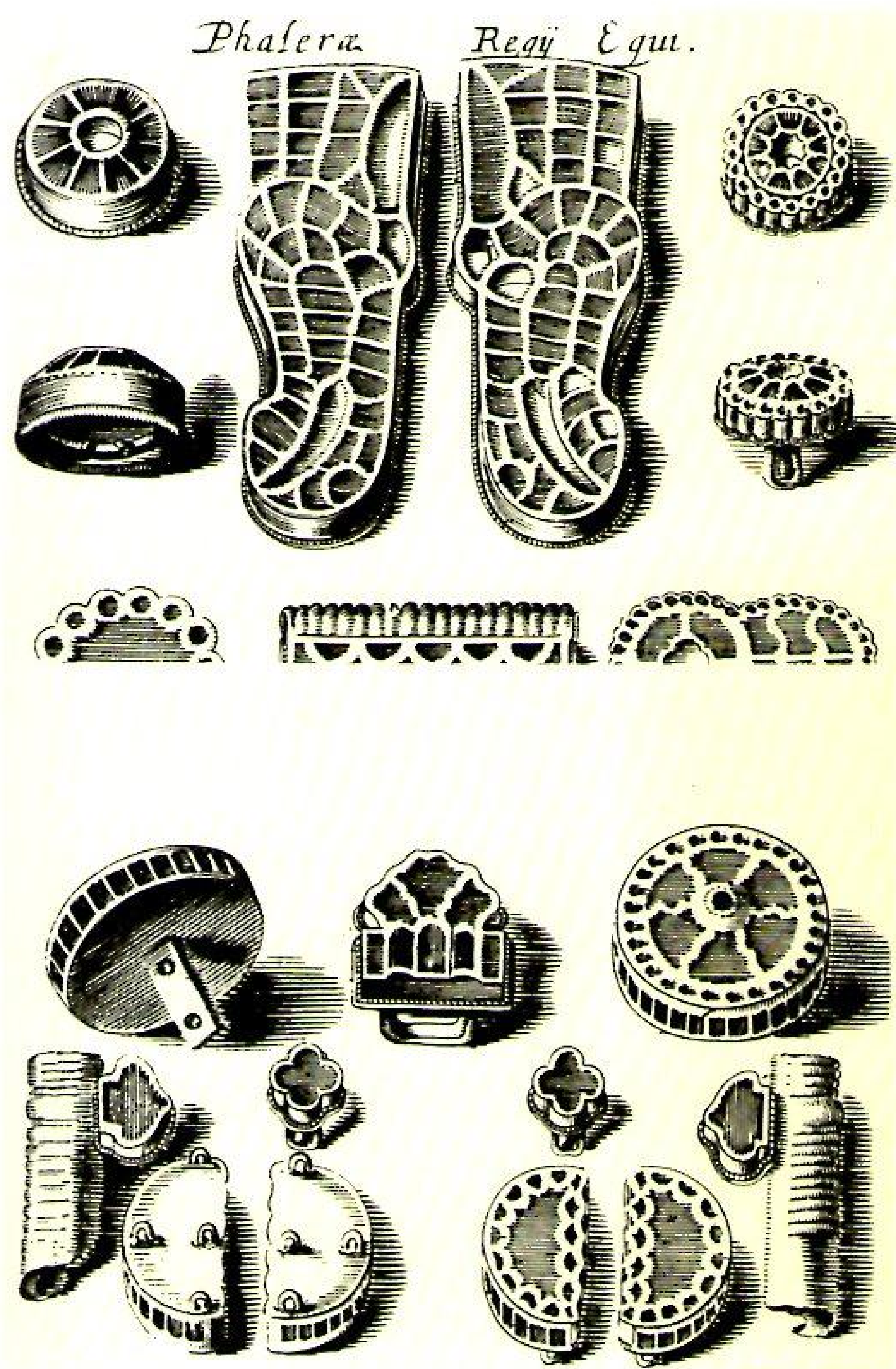
Casi todos los contenidos del sepulcro de Childerico, incluido el anillo de sello del rey, fueron robados de la Galería de Arte Imperial de París en 1831. Se conservan vaciados del anillo y el carácter bárbaro de su artesanía se ve con claridad en esta réplica moderna.



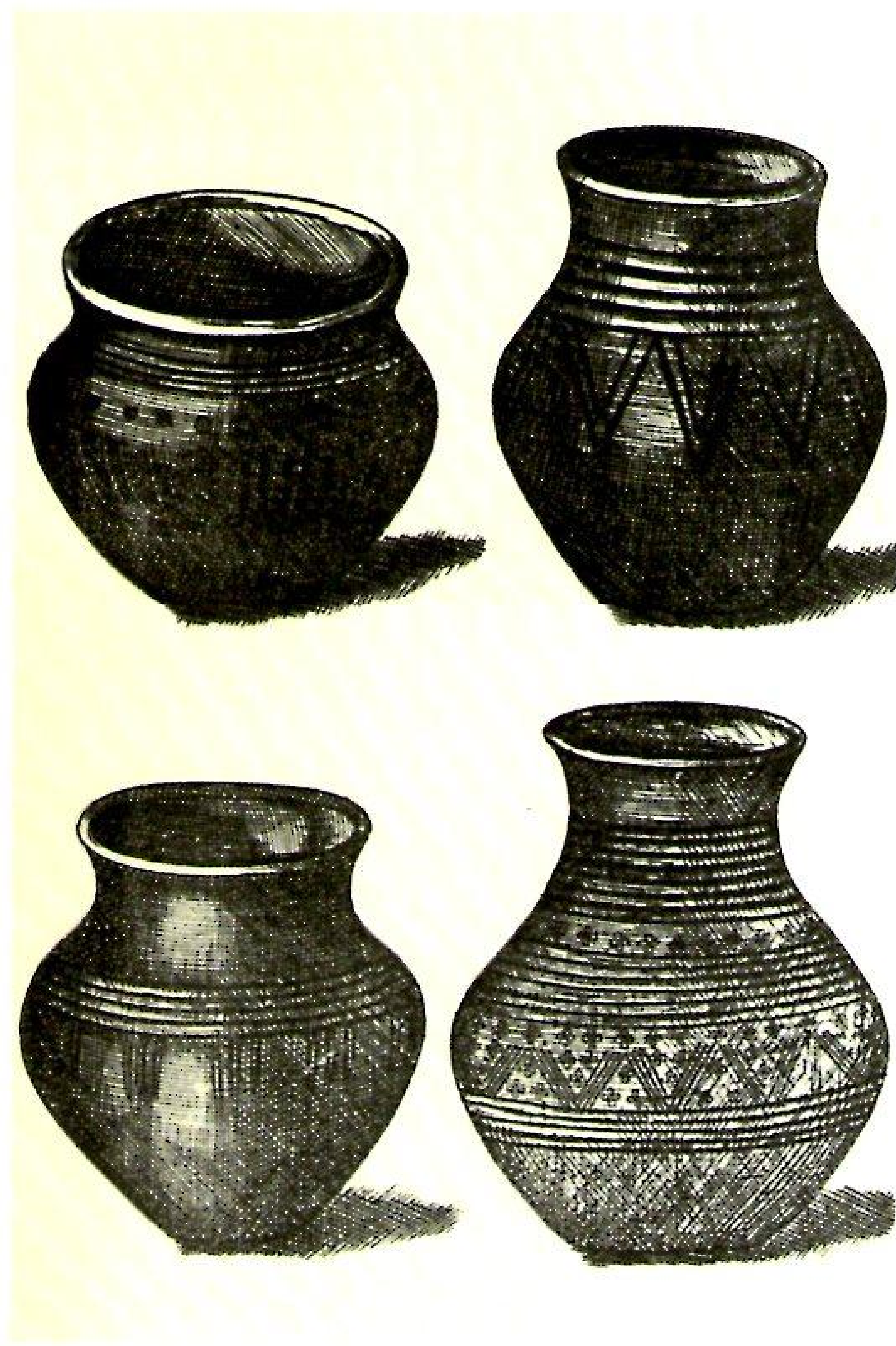
esta lista no aparece un objeto significativo, un anillo de oro que lleva grabadas las palabras «Del rey Childerico». En Tournai, como en Glastonbury, se identificó la tumba por una inscripción. Browne escribía en 1658, no tres sino cinco años después del descubrimiento mismo, y sus palabras pudieron inspirarse no tanto en la apertura de la tumba sino, más bien, en la notable publicación, hecha en 1655, que hablaba de los hallazgos e incluía descripciones detalladas y excelentes dibujos, unos dibujos que hoy son el único testimonio de la mayoría de esos objetos, porque casi todos fueron robados en 1831 y jamás se recuperaron.

Otros descubrimientos semejantes, pero más pobres o anónimos que los sepulcros de Arturo o Childerico, tuvieron menos publicidad. En el decenio de 1540, John Leland, de paso por Bedford, señaló: «Entre Kings Cross, a mitad de camino hacia Newenham, y el castillo se encontraron enterrados muchos huesos humanos». Por esa misma época, se estaba excavando un túmulo funerario en Kent, «al cuidado de Mr. Thomas Diggs y bajo la dirección de sir Christopher Hales, y debajo se encontró una urna grande». A juzgar por relatos contemporáneos, ambos enterramientos eran anglosajones, pero eso no estuvo del todo claro en su momento; según el experto en antigüedades de fines del siglo XVIII James Douglas, «la inscripción y la medalla [moneda] son los únicos elementos que pueden evitar el error y brindar los datos ausentes en los registros antiguos». Cuando faltaban estos testimonios, parecía imposible fechar las tumbas que sólo contenían cerámica y objetos de metal herrumbrado.

«Nuestros antepasados británicos, sajones o daneses». La imposibilidad de establecer fechas invade los relatos más



Una página de la publicación de Jean-Jacques Chifflet sobre el sepulcro del rey Childerico (1655). La comparación con las pocas piezas que se conservan demuestra que los dibujos son razonablemente precisos. Los dos remates de correas, arriba, tienen una ornamentación animal germana; como la mayor parte de las piezas de joyería, están decorados con granates engastados en celdillas.



Urnas de Walsingham, de *Hydriotaphia* (1658) de sir Thomas Browne, la primera reproducción de cerámica reconocida como sajona que se publicó. Browne anotó que algunos podrían considerarlas como pertenecientes «a nuestros antepasados *británicos, sajones o daneses*», pero su veredicto final fue que «esos tristes cántaros sepulcrales» eran de fabricación romana.

completos y elegantes del siglo XVII que tratan de esos hallazgos poco espectaculares en *Hydriotaphia* (1658), el tratado de sir Thomas Browne sobre la mortalidad. El interés de este autor se despertó con las excavaciones de Norfolk: «En un campo de la antigua Walsingham, no hace muchos meses, se desenterraron entre cuarenta y cincuenta urnas, depositadas en un suelo seco y arenoso a menos de un metro de profundidad, no muy lejos unas de otras: no eran todas idénticas, pero la mayoría responden a las descritas [es decir, dibujadas]; algunas contenían casi un kilogramo de huesos, entre cráneos, costillas, mandíbulas, fémures y dientes, con señales claras de haber pasado por el fuego». La ilustración que acompaña este relato es el primer dibujo publicado de urnas cinerarias anglosajonas. Browne reconocía que, en lo concerniente a la «exacta antigüedad de esos restos, nada [es] más incierto» y anotaba que algunos podían «pertenecer a nuestros antepasados *británicos, sajones* o *daneses*». Más tarde admitía «que a menudo se desentierran tanto en Noruega como en Dinamarca urnas distintas de cualquier modelo *romano*», pero su veredicto final fue que «esos tristes cántaros sepulcrales» eran de fabricación romana y suplicaba a sus lectores británicos que perdonaran a los antiguos conquistadores «en recuerdo de la civilización temprana que trajeron a estos países, olvidando las maldades pretéritas: por fortuna conservamos sus huesos y no orinamos sobre sus cenizas».

Británicos, romanos, sajones o daneses: el campo de elección era amplio en los siglos XVII y XVIII y las circunstancias de los descubrimientos hacían difícil los progresos. Los hallazgos eran accidentales, hechos por poceros o labriegos, y la investigación posterior de los parajes podía producirse o no. Los objetos se perdían o diseminaban y a veces se unían en un mismo grupo elementos provenientes de tumbas de distinta data. Por ejemplo, en 1711, en North Elmham, Norfolk, «unos trabajadores estaban reparando la valla del lado sur del cercado y en el fondo de una acequia sus picos dieron por casualidad con una vasija, que supusieron llena de monedas, y se precipitaron a abrirla: al no encontrar más que polvo y cenizas, volvieron a su trabajo y, al continuar cavando, encontraron dos o tres más... La denuncia del hallazgo hizo que algunas personas más curiosas se entregaran a la búsqueda; tras excavar bajo la valla y en el mismo cercado, descubrieron grandes cantidades de vasijas y varias muy cercanas unas a otras». Pero esas urnas se distribuyeron sin asentar su origen y hoy son pocas las que se pueden identificar.

Hubo cierto progreso desde mediados del siglo XVIII, gracias a las excavaciones de dos clérigos, Bryan Faussett y James Douglas. Ambos, durante más de veinte años, concentraron su atención en la apertura de pequeños túmulos de inhumación de las tierras bajas de Kent. Resultaban emplazamientos ideales para excavaciones rudimentarias: visibles desde la superficie y relativamente pequeños. Faussett creía que esos montículos eran de origen romano, como también lo creyó la mayoría de sus contemporáneos, uno de los cuales llegó a comparar la topografía del cementerio de Chartham, cercano a Canterbury, con la descripción que hace César de su desembarco en Britania y hasta afirmó que los túmulos eran enterramientos de los romanos muertos en esa campaña; además, identificó una tumba –que le pareció más rica que las otras– como la de Quinto Laberio Druso, un oficial de cuya muerte habla César.

El reverendo James Douglas registró esta tesis y se mostró muy despectivo («Como todo el conjunto de... la conjetura, es demasiado pueril para merecer un comentario»). A Douglas hay que atribuir el reconocimiento de esos restos como anglosajones. Este clérigo estuvo entre los primeros que presentaron sus resultados de una forma que, tiempo después, sería la habitual entre los estudiosos: en 1793 publicó un elegante volumen *in folio*, titulado *Nenia Britannica: or a sepulchral history of Great Britain* (Lamento fúnebre britano o una historia sepulcral de Gran Bretaña), ilustrado con reproducciones de dibujos hechos al aguatinta por él mismo. Douglas veía la necesidad de una presentación cuidadosa de «esos datos», porque «una afirmación o una mala interpretación de los contenidos de un montículo sentó las bases de un sistema y los estudiosos posteriores se han apoyado, uno tras otro, en las mismas bases erróneas». Para combatir este inconveniente, hizo una selección de entre la gran cantidad de túmulos que había abierto y, por separado, ilustró y describió en detalle cada objeto, anotando su posición en la tumba en la mayoría de los casos. A pesar de los años transcurridos, el resultado es sorprendentemente similar a un informe moderno de excavación y Douglas pudo señalar no sólo la semejanza de los contenidos de las tumbas –y de este modo establecer su contemporaneidad–, sino también llamar la atención sobre las monedas romanas y bizantinas de los siglos V y VI halladas en las tumbas. «Después de establecer la fecha más baja [menos antigua] de esas monedas, será razonable una datación aún más baja [menos antigua] del depósito.» También anotaba que uno de esos túmulos atravesaba la Roman Watling Street y deducía: «La adjudicación de estos sepulcros a los romanos, a pesar de las monedas romanas en ellos encontradas, tiene que rechazarse totalmente».

Douglas tenía razón, pero la disputa sobre la datación continuaba, porque la cerámica de los enterramientos de inhumación de Kent, tanto por su forma como por su

decoración, era distinta de las «tristes y fúnebres vasijas» de los cementerios de cremación de las zonas de East Anglia y Midlands. Los broches de los tipos que por entonces se descubrían en número creciente en Alemania y Dinamarca –a los que en general se reconocía como bárbaros– hasta ese momento no aparecían en las tumbas de cremación y aún son muy raros. Por tanto, el trabajo de Douglas no resolvía el problema fuera de Kent y ni siquiera se comprendía a fondo. Otros candidatos para ser los fabricantes de esas vasijas, los antiguos britanos, iban adquiriendo popularidad, gracias a las actividades del doctor William Stukeley. A lo largo de la primera mitad del siglo XVIII, Stukeley había llevado con asiduidad un estudio de los monumentos prehistóricos del sur de Inglaterra y su influencia se proyectó hasta mucho después de su muerte. El propio Douglas había protestado por la costumbre de considerar todos los vestigios como «britanos» o «celtas» y menciona a Stukeley y «las efusiones de sus preferencias» de un modo crítico: «La mala fortuna del ingenioso doctor le llevó a ver la mayoría de nuestros monumentos antiguos con la lupa de la óptica celta». La invectiva tuvo poco efecto y, durante más de medio siglo, «britana» fue la denominación corriente de la cerámica.

La fotografía muestra una de las pocas urnas de Kingston que se conservan; en el dibujo de Henslow, Fig. 2 *(abajo)*, con ornamentación estampada y pequeñas protuberancias en la parte más prominente. Mediados del siglo VI.

Controversias del siglo XIX. En la primera mitad del siglo XIX hubo en la mayor parte de Europa un aumento del número de personas interesadas en la historia local y la arqueología, lo que llevó a la proliferación de las sociedades arqueológicas nacionales y locales. La nueva generación encontraba que los testimonios se acumulaban con rapidez, a causa de la expansión industrial. Los terrenos hasta entonces despoblados quedaban cubiertos por casas, se

Urnas «britanas aborígenes» de Kingston-on-Soar, en un dibujo preparado para ilustrar el artículo de Henslow en el *Journal of the British Archaeological Association* de 1847.

	No. of bosses.	Height.	Diameter.
Fig. 1.	4	10¾	13¾
2.	4	7	7
Fig. 3.	6	—	10
4.	6	—	9

Fig. 1. Fig. 3. Fig. 4. Fig. 2.

dedicaban a las explotaciones de grava y a la construcción de carreteras. No todas las excavaciones fueron útiles; como comentaba en 1847 el secretario de la *Society of Antiquaries*: «Las excavaciones para hacer carreteras, aunque a menudo llevaron a descubrimientos curiosos, no son el procedimiento más favorable para la investigación de las antigüedades». Pero en los años cercanos a 1850 quedó zanjada, por fin, la controversia sobre la datación, gracias a una serie de notas y artículos en los boletines de las recién establecidas sociedades nacionales británicas. Los descubrimientos de Kingston-on-Soar en Nottinghamshire, por entonces recientes, pusieron la munición. En 1846 se describieron las urnas de Kingston como pertenecientes al «período primigenio», es decir, britano.

En ese mismo año, en otro boletín, se apuntaba que «Mr C. Roach Smith leyó una nota del profesor Henslow, acompañada de varios dibujos de urnas descubiertas cerca de Derby. Algunas de las urnas tienen una forma peculiar y pueden ser de la época romana tardía o sajonas, incluso. Es probable que sean tema de un artículo en el próximo número de este boletín». Se trataba de las urnas de Kingston y al año siguiente apareció el artículo de Henslow, que estaba indignado: «Mi limitado conocimiento de las antigüedades no me permite hablar con carácter definitivo sobre este tema», pero «no veo razones para dudar de que las hayan depositado los aborígenes britanos». El propio Roach Smith debió haber insertado la discutida fecha en la nota original de Henslow, porque en una recensión del mismo año, 1847, mantenía su posición: «Con las urnas de Derby se encontró un fragmento de una de esas peculiares fíbulas [broches] que hoy se reconocen como sajonas. Sus dibujos ornamentales también concuerdan con los motivos de ejemplares decorados que se obtuvieron en yacimientos probadamente sajones, hechos que nos inducen a concluir que estas urnas eran de origen tardío y no temprano». Hasta aquí, todo bien, pero Roach Smith estaba preparando la edición de las notas que había dejado el reverendo Bryan Faussett de Kent, muerto tiempo atrás, quien –hay que recordarlo– había creído en el origen romano del material hallado en Kent. Roach Smith no tenía intención de desmentir los puntos de vista de Faussett y, para plantear la posibilidad de una fabricación romana *y a la vez* una influencia sajona, llegó a un compromiso muy poco afortunado: concluyó que las urnas de Kingston «pertenecían a la época final del período romanobritano» y recurrió a la opinión generalizada: algunos de los objetos asociados a menudo se encuentran junto a «restos indiscutiblemente romanos».

Si los hubo, fueron pocos los que coincidieron con él. Thomas Wright, un amigo de Roach Smith que un par de años antes había expresado ciertos puntos de vista muy sensatos acerca de las iglesias anglosajonas, y quien (como editor) había visto el suelto indignado de Henslow antes de su publicación, escribió un artículo que, irónicamente, publicó en el boletín de 1847 junto al que describió, con gran cortesía, como «la siguiente comunicación valiosa del profesor Henslow». Wright prefirió ignorar que Roach Smith atribuía los objetos a los romanobritanos; le daba la enhorabuena por haberlos reconocido como sajones de época temprana y comparaba el material de Kingston con otros hallazgos «sin duda sajones».

Al parecer y por desdicha, la reacción de Henslow ante esta apropiada segunda anticipación de su artículo no se registró. Roach Smith siguió librando una acción de retaguardia mesurada. En 1855, publicó los registros de las excavaciones de Bryan Faussett; Wright contribuyó a esa publicación con un mapa de Inglaterra –quizá el primer mapa de distribución de esta clase– en el que los cementerios anglosajones descubiertos hasta entonces, 81 en total, estaban marcados junto a ciudades de origen sajón reconocido. En su introducción, Smith seguía las corrientes predominantes, porque atribuyó los objetos a los sajones, aunque añadía, tal vez con cierta voluntariedad: «Es bueno preguntarse si, después de todo, estas urnas no deberían asignarse a la población romanobritana tardía». Sin embargo, las tornas habían cambiado; en general, se reconocía que las técnicas de metales y cerámica eran de una época posromana y en el mismo año de 1855, J. Y. Akerman publicó *Remains of Pagan Saxondum* (Restos del reino sajón pagano), una mezcolanza de material recogido

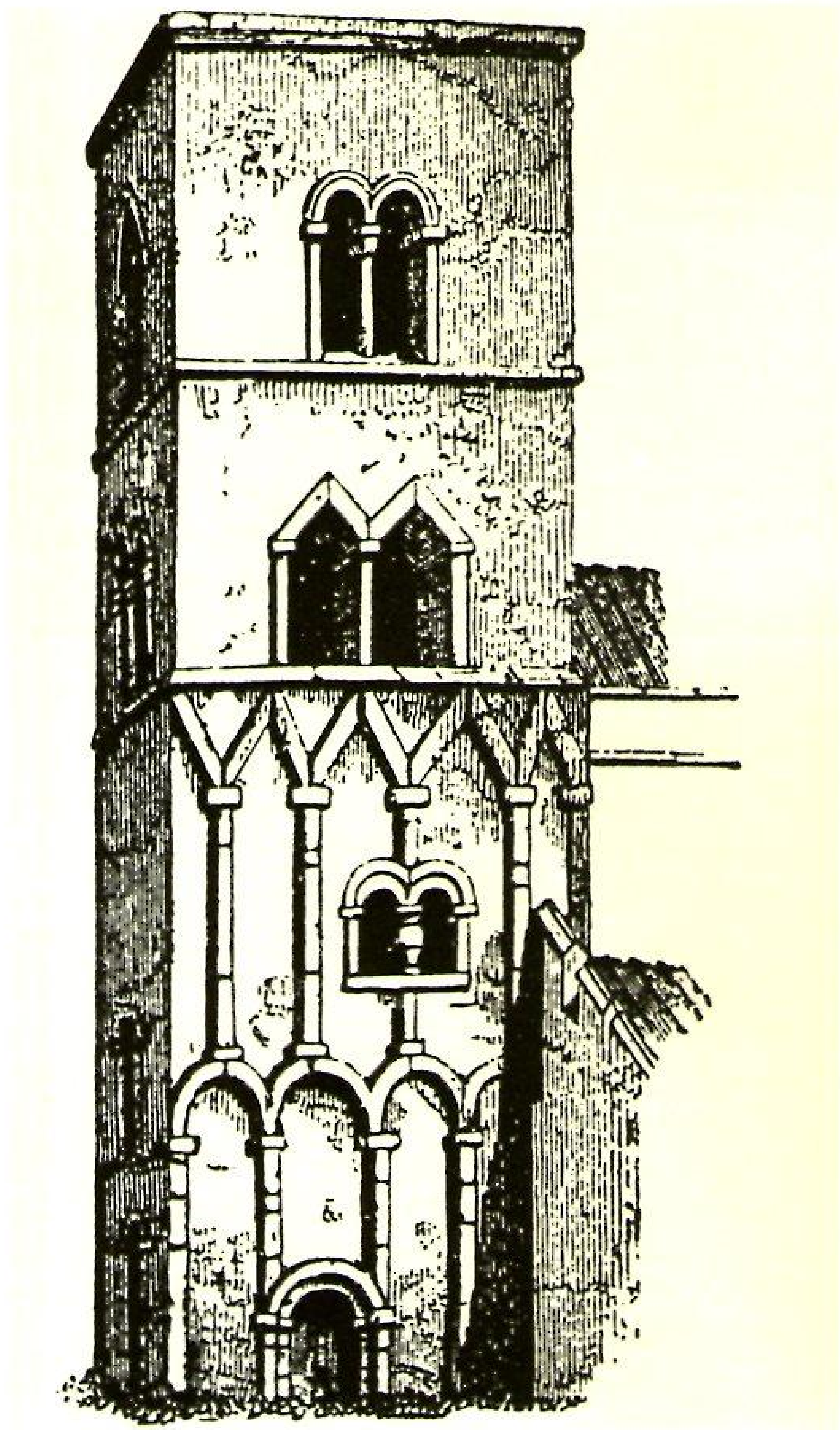


La iglesia de Reculver, en Kent, amenazada por la erosión de los acantilados, fue demolida en 1805 por orden de su vicario, que no tenía idea de su antigüedad. Las ruinas, que subsisten al borde del acantilado, pertenecen al santuario construido en 669. Grabado de H. Adelard.

caprichosamente, pero todo él reconocido como «sajón».

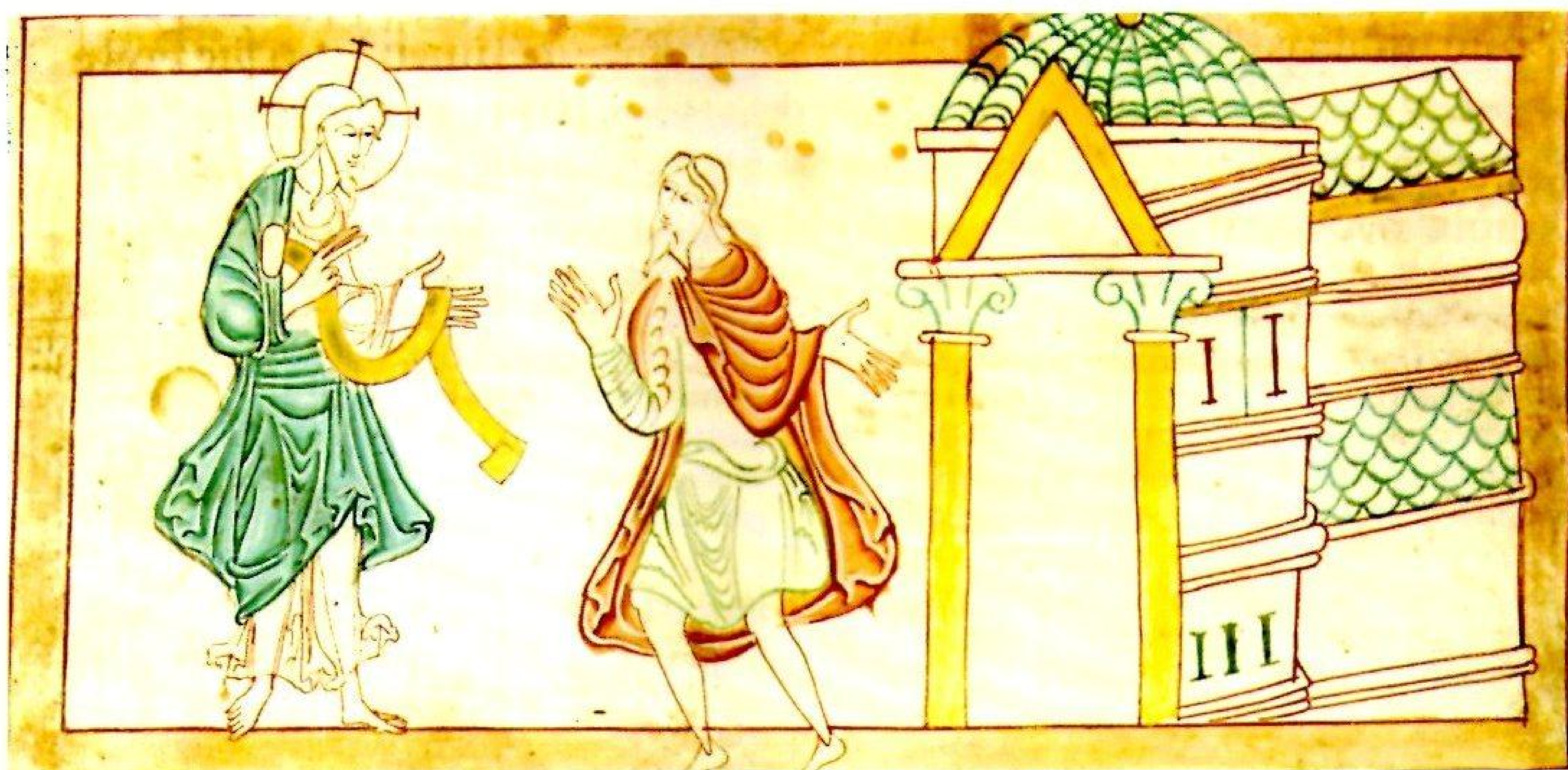
Por fin se habían identificado los utensilios de los bárbaros de Inglaterra y los efectos de ese descubrimiento tuvieron una significación profunda en el continente. Durante siglos, en Dinamarca y en el norte de Alemania los desenterramientos casuales de urnas y objetos de metal, hechos por labriegos y constructores, habían acompañado los desarrollos británicos en el tema. De esos descubrimientos pocas veces, o ninguna, se dijo que fuesen romanos, porque se sabía que la zona había estado fuera del imperio; aunque era evidente su origen «nativo», no estaba claro *quiénes* habían sido los nativos dueños de esos objetos. En Britania, la ocupación romana sirvió para dividir a la población, de un modo no muy realista, en celtas de la Edad del Hierro y romanobritanos, pero en el continente los bárbaros parecían un grupo amorfo cuya historia apenas se entreveía en los relatos de los autores romanos.

Hasta mediados del siglo XIX, los arqueólogos alemanes a menudo atribuyeron la cultura sajona de Alemania oriental a los aborígenes eslavos. El criterio estaba muy difundido y era el equivalente de la descripción que Stukeley había hecho de la cerámica anglosajona como britana primigenia; se había fortalecido la idea de una cultura prerromana general en Europa, a la que a veces y de un modo vago se denominaba «escita». Tras la identificación del material inglés sajón esta idea no se podía sostener y





Barton-on-Humber. El dibujo de Jewitt *(izquierda)*, publicado en la 5ª edición de *Styles of Architecture* (1848) de Rickman, es minucioso en los detalles pero –cuidado con fiarse de un dibujo– ignora el anexo occidental que se ve en la fotografía moderna *(derecha)* y que formaba parte de la iglesia sajona.



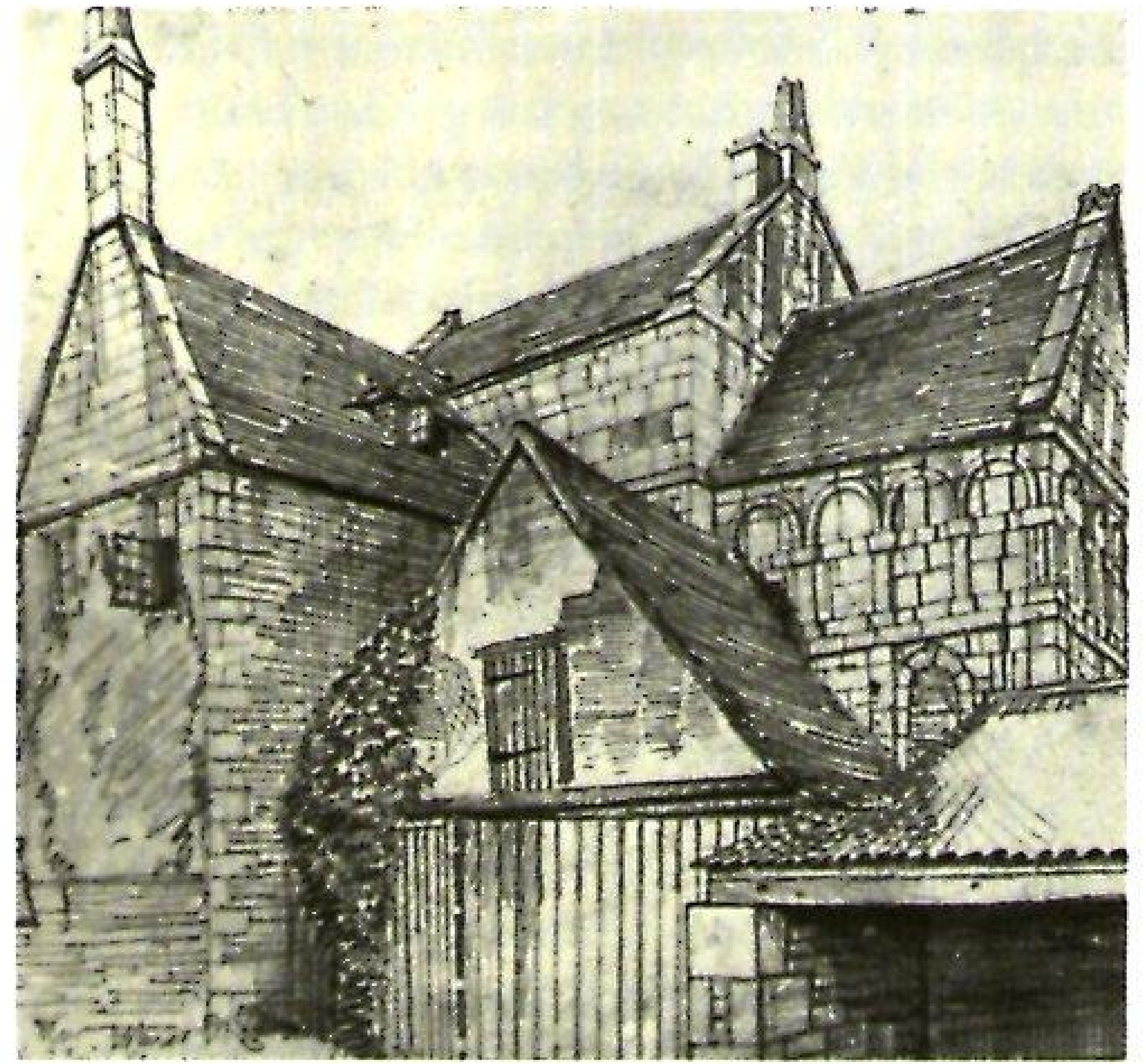
Pentateuco, traducido por Alferico (Museo Británico). Este manuscrito anglosajón iluminado se fecha hacia el año 1000 de nuestra era. Thomas Wright lo usó en 1846 para mostrar ciertos detalles arquitectónicos de iglesias que se conservan, aunque muy modificadas por los estilos románicos.

John Kemble, un inglés que trabajaba en Hanover, no tardó en establecer el nexo entre el continente y los nuevos puntos de vista existentes en Inglaterra. En 1855 cayó en sus manos el libro de Akerman, *Remains of Pagan Saxondum*, y de inmediato le llamaron la atención las semejanzas entre los objetos ingleses y alemanes. En un artículo que fue pionero, publicado en 1856, describió y dibujó las urnas germanas, incluidas algunas procedentes del gran cementerio de Perlberg. Kemble concluía: «Celtas no son, o no se habrían hallado en Lüneburg; eslavas no son, o no se habrían hallado en Warwickshire; sólo queda un único pueblo: en un lugar y otro son sajonas... Por ende, podemos usar tanto los descubrimientos de los ingleses como los de los alemanes del norte para dilucidar los problemas de nuestros tesoros nacionales».

Pronto hubo quienes siguieron el consejo. Los cementerios de cremación del norte de Alemania, como los de Inglaterra, contenían muy pocos objetos, como monedas romanas, que se pudieran fechar por sí mismos; pero para entonces los testimonios ingleses cubrían la brecha, porque se sabía con certeza que los sajones habían llegado a Inglaterra hacia el 450 d. C.: después de todos, el Venerable Beda lo había dicho así y otras autoridades mencionan fechas que no difieren demasiado. Por tanto, los objetos que habitualmente se encontraran en las tumbas germanas pero no en las inglesas tenían que haber estado en uso antes de 450 y los comunes a ambos países debían estar fabricados después de 450 y antes del siglo VII, momento en que los ingleses se convirtieron al cristianismo y se prohibió la práctica pagana de la cremación. En sólo un decenio se había resuelto la discusión y establecido un nuevo marco para la datación de la cerámica y los objetos de metal de los bárbaros. Entre tanto, hubo nuevos testimonios sobre los anglosajones, porque se había descubierto, inesperadamente, que aún estaban en pie algunas de sus iglesias.

El descubrimiento de las iglesias. Unos pocos edificios, como el palacio de Carlomagno en Aquisgrán o las mansiones y grandes iglesias de Italia, jamás se olvidaron. Carlomagno mismo podía orar en el santuario de san Pedro entre las murallas romanas o contemplar la capa (*capella*) de san Martín en el edificio que tomó su nombre, «Capilla», por la reliquia. Los que vinieron después podían entrar en la capilla misma de Carlomagno y mirar el trono o incluso, como Otón III en el año 1000, levantar el suelo para buscar los huesos del emperador. Los estudiosos de las antigüedades podían desconocer (y desconocían) estos grandes edificios y apenas si podían descubrirlos. Entre las ruinas de estructuras del pasado, los romanos fueron los primeros en la escena y los vestigios romanos fueron el objetivo de los estudiosos desde Camden en adelante: en 1726, cuando se abrió la cripta de la abadía de Hexham, Stukeley y otros la visitaron para transcribir las inscripciones que había en los bloques romanos de piedra que se había vuelto a utilizar en sus muros.

El problema, como el de la cerámica y los objetos de metal, era una cuestión de fechas. Engañados por la denominación de edificios medievales con arcos apuntados (góticos, adjetivo al parecer usado por primera vez en la Italia del siglo XVI), los estudiosos adjudicaron ese estilo a los godos, a menudo sin mucho motivo. En el siglo XVIII, el obispo Warburton escribió: «Este pueblo septentrional [los godos], acostumbrado a adorar a la deidad en grutas, cuando su religión requirió edificios cerrados, ingeniosamente proyectaron que se pareciesen a cuevas tanto como lo permitiese la arquitectura». De allí los arcos apuntados y la decoración de hojas. Pero se había iniciado una especie de movimiento romántico de restauración: desde mediados del siglo XVIII, los arquitectos trabajaban para imitar y refinar los estilos «góticos» que veían a su alrededor en los edificios medievales. En el primer decenio del siglo XIX, de la combinación de testimonios escritos y evidencias estructurales, se había llegado a una división de estilos y períodos, con un cambio de interés, pues esa división se remontó sólo hasta el siglo XI y llegó a los tiempos modernos. En 1819,





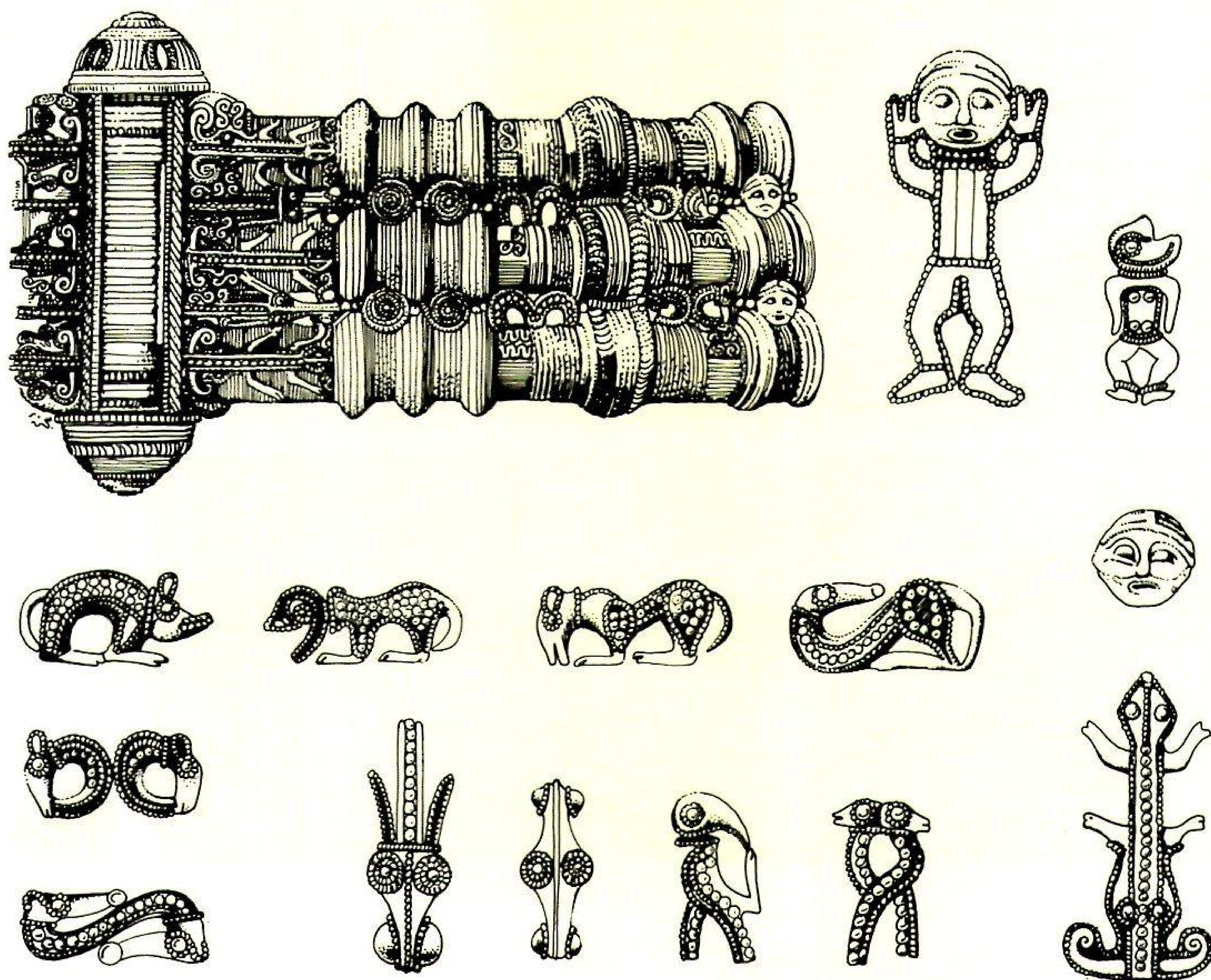
Bradford-on-Avon. La capilla, tal como la dibujó en 1869 el arquitecto J. T. Irvine, y su estado actual después de la eliminación de la casa y los cobertizos que la disimularon durante siglos.

el arquitecto Thomas Rickman, una de las figuras principales de ese movimiento, en la segunda edición de su obra titulada con acierto *An Attempt to Discriminate the Styles of Architecture* (Intento de diferenciar los estilos arquitectónicos), puso su atención en una iglesia de Barton-on-Humber, Lincolnshire. En la torre eran evidentes dos estilos: la parte inferior, a la que singularizaban las ventanas con remates triangulares y unas nervaduras de piedra decorativas, tenía superpuesta una planta, que era «normanda y, por cierto, no tardía». Rickman dedujo que las plantas inferiores eran más antiguas y se preguntó si podrían ser sajonas. Continuó buscando edificaciones similares y hacia 1834 pudo presentar una lista de 20 que eran «presuntamente anglosajonas».

No era posible aún extraer conclusiones, pero Thomas Wright, al que hemos encontrado antes entre los que sostuvieron la controversia sobre el origen sajón de las urnas, terció en la discusión. En 1845 publicó dibujos tomados de un manuscrito sajón iluminado de fines del siglo X o principios del XI. Los detalles arquitectónicos concordaban con tanta claridad con los de las iglesias de Rickman que la identificación era inequívoca; en los años siguientes, la cripta de Hexham (ignorada durante más de una centuria desde su descubrimiento) se fechó correctamente y se agregaron nuevos ejemplos a la lista original de Rickman.

Algunos de los edificios recién hallados se conservaban en una sorprendente integridad. Uno de ellos, en Bradford-on-Avon, Wiltshire, estaba desde tiempos lejanos rodeado por construcciones tardías y en parte se usaba como casa rústica y en parte como escuela de caridad; hacia 1857, al descubrir figuras de ángeles talladas bajo el enlucido de los edificios –de los que se había pensado que eran profanos–, el vicario local sintió gran curiosidad; según este hombre, había hallado una capilla sajona del siglo VIII, pero su punto

El erudito sueco Bernhard Salin (1861-1931), siguiendo los pasos de su compatriota, el gran experto en prehistoria Oscar Montelius (1843-1921), analizó los motivos animales usados en el arte del período migratorio. La ilustración se basa en sus dibujos de cabezas de animales usadas en el Estilo Salin I (fines siglo V y siglo VI).



de vista no tuvo aceptación inmediata (el experto John Parker dató la estructura en el siglo XII), aunque el conocimiento creciente de los estilos propios de los sajones y de los normandos –apoyado por referencias documentales quizá importantes para esa capilla– terminó por resultar convincente. En el decenio de 1870 se retiraron los añadidos profanos y quedó al descubierto buena parte de la edificación original, todavía intacta.

Se empezaba a reconocer el carácter significativo de la antigua mampostería. En 1834 Rickman había hecho una lista de 20 edificios sajones; hoy ese total suma más de 400, como resultado de años de investigaciones pacientes. Pero el establecimiento de una cronología siquiera relativa avanzó con mayor lentitud.

Destructores y tipólogos. A principios del siglo XIX los descubrimientos fueron numerosos y el conocimiento y la comprensión de los pueblos bárbaros aumentó con rapidez. Pero en contraste con los avances espectaculares del período 1830-1850, la segunda mitad del siglo trajo el desencanto. Quizá la razón fuese la imposibilidad de mejorar el pobre nivel de las excavaciones antiguas. Por ejemplo, en Toddington, pueblo de Bedfordshire, por la explotación de canteras de grava se descubrió un gran cementerio en 1819: «Una persona que estuvo todos los días en el paraje... considera que había varios cientos de cuerpos enterrados allí, por la gran cantidad de tierra negra que se sacó con la grava, en masas sólidas». En Eye, localidad de Suffolk, durante el año anterior se encontraron unas 150 urnas en no más de cuatro días de labor. Se trataba de hallazgos casuales, propiciados por la actividad industrial, pero aun las excavaciones de especialistas tampoco dieron registros cuidadosos. Muy pocos se ocuparon de hacer planos de sus desenterramientos y el dibujo con el que Douglas, en 1793, ilustró su informe estaba muy por delante de su época. Tampoco es seguro que esa ilustración fuese exacta, porque el dibujo del esqueleto sin duda se deriva de un modelo erguido, tal vez tomado de un manual de anatomía, y el ritmo de la excavación superaba las posibilidades de hacer mediciones precisas.

Douglas, escribiendo sobre un cementerio de túmulos cercano a Deal, anotaba: «En diciembre de 1782 visité el lugar, tras tener noticia sobre los túmulos en la obra del doctor Stukeley; al ver que no todos estaban explorados, abrí unos catorce de los restantes». En los decenios de 1760 y 1770, Bryan Faussett había abierto no menos de 728 túmulos y tumbas relacionados. Pocas veces se hizo una descripción detallada, aunque la hay de un ejemplar típico de Kingston Down, en Kent: «Túmulo y tumba como los anteriores. Los huesos están muy descompuestos; no parece que el ataúd haya pasado por el fuego. Nada más que unos clavos y la hoja de un cuchillo». En esos tiempos estas publicaciones ligeras y sumarias eran normales –los túmulos funerarios del sur de Inglaterra, durante este período, soportaron apresuramientos semejantes–, pero lo que más nos dice acerca de la falta de progreso en las técnicas a lo largo del siglo XIX es el hecho de que, nada menos que 80 años después de las excavaciones, Roach Smith considerase útil publicar esos apuntes tan poco informativos. No podía haber grandes avances en los estudios de los hallazgos, ya que los propios objetos a veces no lograban sobrevivir. Los excavadores o sus patronos regalaban las piezas, sin más, a sus amigos o a los notables del lugar y los buscadores de tesoros no tardaron en entrar en escena: en 1852, cuando se encontró en Borre, Noruega, un barco sepulcral vikingo, la mayor parte de los enseres riquísimos desaparecieron durante las excavaciones.

Douglas había reconocido la necesidad de mantener

Las técnicas cuidadosas de la excavación moderna son más lentas y caras que las del pasado, pero brindan más información acerca de la fecha o de la naturaleza de los yacimientos. La limpieza y la precisión son lo ideal. Aquí, antes de anotar el registro, se procede a limpiar un esqueleto anglosajón del cementerio de Ruskington, Lincolnshire.





El plano de Vallhagar muestra la variación de fosfato en el terreno respecto de las edificaciones, lo que permite al excavador identificar los puntos en que hubo gran número de animales. La concentración de los fosfatos (del estiércol y la orina de animales) indica los establos y vaquerías. Según M. Stenberger.

unidos los conjuntos de materiales asociados, pero los instintos coleccionistas de los expertos obstaculizaban sus estudios. Vasijas y broches se juntaban y vendían sin tomar en cuenta su contexto; en 1874, un coleccionista de fósiles de Cambridgeshire escribía sobre «3 urnas, la más pequeña muy bonita... Las encontraron en Stoney Hill con los esqueletos y otras cosas. Pediré diez chelines por las urnas. He comprado cuatro cabezas, dos están muy bien y otras dos están partidas, y algunos huesos de patas; compré un cráneo de buey con los cuernos, perfecto». Poco después, las excavaciones de recolección en el paraje del nuevo Girton College de Cambridge expusieron un gran cementerio, del que se hizo un registro tolerable, pero incluso entonces no se pensó necesario anotar cuáles eran los broches y las vasijas que se encontraron juntos. En Sancton, cerca de York, durante este período, el gran cementerio de cremación tuvo el mismo trato negligente en cuanto a elementos asociados; ejemplos de esta clase se multiplican en Gran Bretaña y en el continente europeo.

Como resultado, hacia fines del siglo XIX, los estudiosos se enfrentaron con un cuerpo de material inmenso y desordenado, que era difícil de analizar. Era posible comparar y contrastar entre sí piezas individuales pero pocas cosas sensatas se podían decir sobre su contexto histórico: por lo común se había perdido en el curso de la excavación. La solución parecía estar en las teorías de crecimiento y cambio planteadas para los seres vivos por Charles Darwin y aplicada por Pitt Rivers al estudio de los mosquetes. Se consiguió formar series en un grupo de objetos del mismo tipo general y se usó la idea de cambio de estilo, como el de la selección natural, para ordenar las piezas comenzando con las de tipología más antigua y terminando con las de tipología más reciente. Los criterios para establecer el orden variaban: al parecer, el principio general era que los diseños empezaban siendo «puros»; después, «maduros»; tras un proceso de adaptación, llegaban a ser «decadentes» y de allí en adelante se diversificaban en variantes que, a su vez, cambiaban con el tiempo. Este proceso –que tal vez haya sido la contribución aislada más significativa del siglo XIX a la arqueología– se puede observar en acción en períodos históricos conocidos, porque está detrás de las definiciones decimonónicas de estilo arquitectónico y detrás de las reacciones instintivas ante lo nuevo y lo obsoleto en las modas contemporáneas.

Los cambios de gusto más obvios estaban en la decoración de broches y los estudiosos volcaron su atención en ellos y en los objetos de metal relacionados. Los últimos años del siglo XIX y los primeros decenios del XX fueron la época grande de los tipólogos; las piezas se colocaban en una secuencia relativa, dependiente de variaciones a veces mínimas en el diseño, y el marco amplio de los acontecimientos registrados servía de escalón al que se adjudicaban las cronologías relativas de los cambios de estilo. Gracias a la extensa compilación de los eruditos escandinavos Bernhard Salin (1863-1931) y Nils Åberg (1888-1957), ya no se describió ningún broche como «romano tardío» o «sajón», porque parecía posible atribuir una pieza a su posición lógica dentro de una serie que empezaba en el siglo IV y terminaba en el VI o VII. Pudo haber algunos desacuerdos; algunos databan una pieza a fines del siglo IV y otros, a mediados del V. Pero eran discrepancias menores,

originadas por puntos de vista divergentes en cuanto a la velocidad de los cambios y pocas veces por diferencias de principio.

Con la mayor exactitud en la datación, llegó el perfeccionamiento en la interpretación del significado de los objetos. El experto inglés E. T. Leeds escribía bastante tiempo después, en 1951: «Los broches son la clase de testimonios más específica... para definir la estabilidad material de una población en una zona determinada». A menudo se ha interpretado la «estabilidad material» como «estabilidad política»; aunque hoy no muchos lo admitirían de buen grado, en su momento la opinión se aceptaba ampliamente. En 1855 Roach Smith llamó la atención, al pasar, sobre las diferencias regionales en las costumbres de enterramiento y el diseño de los broches dentro de Inglaterra. En los decenios siguientes se produjo la configuración de la Alemania moderna y el crecimiento del nacionalismo estruendoso: influido por las actitudes contemporáneas, el estudio de la cultura y los orígenes nacionales de los pueblos germánicos se hizo más popular. A medida que se recuperaban nuevos materiales, se hacía posible definir virtuales esferas de cultura, zonas geográficas dentro de las cuales se encontraban objetos de diseño semejante, y luego considerarlas como zonas tribales de pueblos conocidos, como los vándalos, alamanes, anglos y otros.

El cuadro arqueológico se basaba casi por entero en las fíbulas. La cerámica, tal vez por su relativa simplicidad, había recibido poca atención desde el decenio de 1850; la publicación de informes de excavaciones se concentraba en los trabajos en metal y a menudo se describía sólo una pequeña selección del material de cerámica. Tampoco se atendieron otros aspectos de la vida de los bárbaros; en 1913, cuando E. T. Leeds publicó su *Archaeology of the Anglo-Saxon Settlements* (Arqueología de los poblados anglosajones), donde reunía para los lectores ingleses las nuevas ideas sobre la tipología y la datación de broches, «no se había producido en este país... ni un solo caso de una antigua zona de ocupación anglosajona delimitada por el descubrimiento de restos de cerámica o algo similar». A pesar del título, el contenido de esta obra no es un estudio de *poblados* sino una clasificación nueva y más reveladora de material funerario.

Poblado, sociedad y paisaje. El mismo Leeds sería el primero en cambiar esta situación. En una cantera de grava de Sutton Courtenay, en Oxford, los obreros se encontraron con vestigios sajones dentro unas cavidades no muy profundas que había en el terreno. En una serie de excavaciones de recolección, hechas entre 1921 y 1937, Leeds desenterró los restos de una aldea de pequeñas chozas cuyos suelos estaban cavados en la grava. El descubrimiento, seguido prontamente por otros, ingleses y continentales, planteó problemas nuevos, porque las chozas tenían alrededor de un metro cuadrado y el grado de perfeccionamiento de la metalurgia bárbara no se correspondía con esos refugios precarios; el asunto se planteó con énfasis en 1948: «Es imposible imaginar a un hombre del tipo de los enterrados en el túmulo Taplow sin más enseres domésticos en su vida que los provenientes de una choza de estera del tipo de las de Sutton Courtenay». Con mayor precisión, quizá se debería haber agregado «un hombre del tipo enterrado en Sutton Hoo», porque en 1939, en los albores de la Segunda Guerra Mundial, la excavación del montículo de un barco sepulcral había demostrado que de un jefe sajón se podía esperar mucha esplendidez. La excavación cuidadosa de los cementerios apuntaba en la misma dirección, pues ya no se podía ignorar la variedad de niveles sociales en un mismo campo de enterramiento. Los expertos continentales abrieron la marcha: en el decenio de 1910 se habían encontrado en un cementerio alamán tumbas ricas, rodeadas por racimos de tumbas mucho más pobres: las de los amos y sus servidores, y en Alemania e Inglaterra las excavaciones posteriores así lo confirmaron. Por ejemplo, en Finglesham, pueblo de Kent, un pequeño cementerio de inhumación, que se usó quizá durante un siglo, tenía tres tumbas muy ricas y 29 que contenían pocos o ningún objeto, lo que permite atisbar una estructura social compleja.

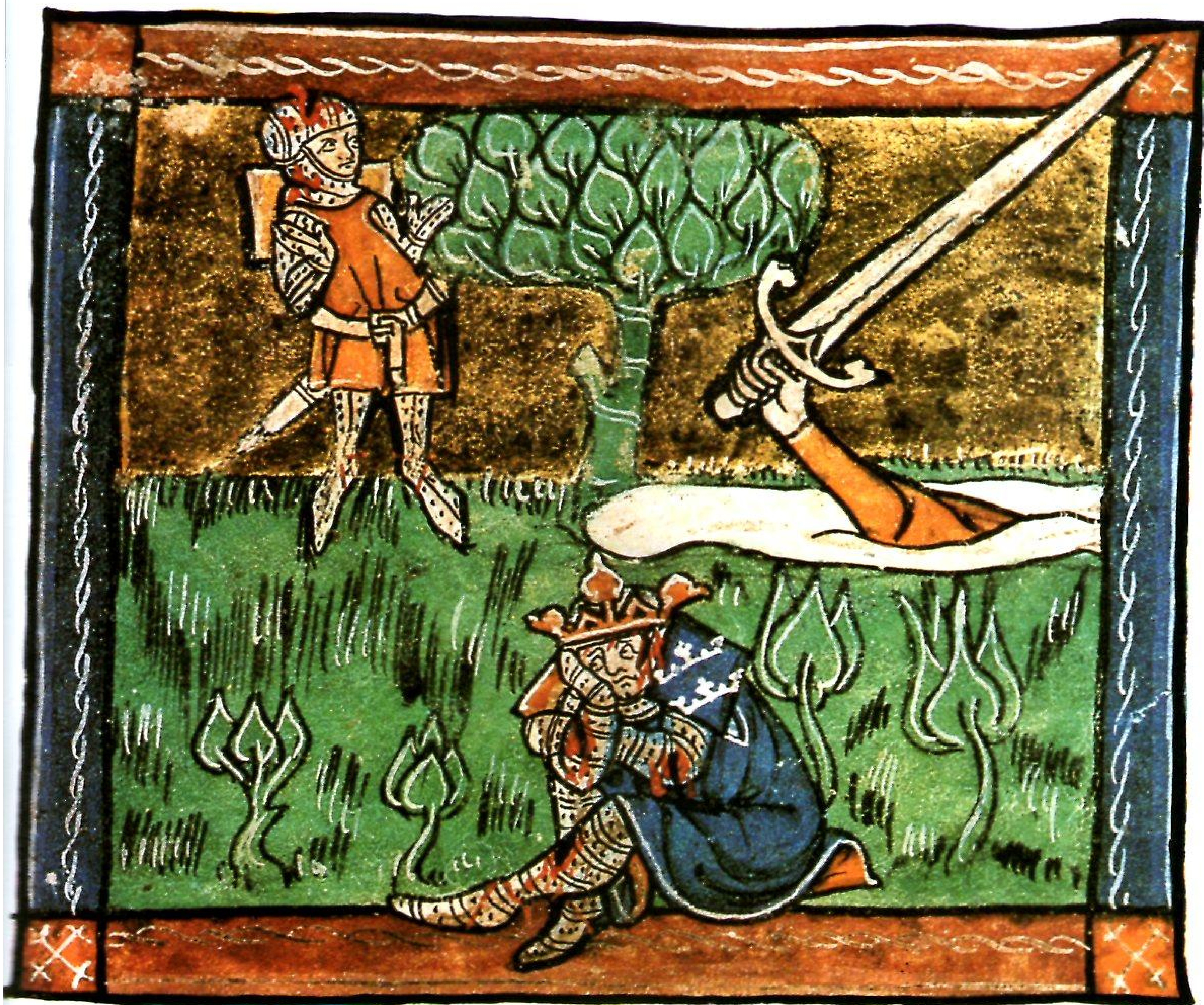
El estudio arqueológico de ese asentamiento dio nuevos datos. Desde fines del decenio de 1950, se encontraron grandes casas rectangulares de madera, junto a las chozas de suelo cavado; en algunos de esos lugares, parecía que las chozas eran edificios secundarios, depósitos o talleres, o las viviendas de los labriegos junto a las mansiones de madera de sus amos. Esos asentamientos eran muy distintos por su tamaño y estructura y excavaciones más lentas y cuidadosas han revelado cambios en los esquemas de asentamiento de cada aldea: las casas están abandonadas, los centros de las aldeas y la disposición de las ocupaciones se desplazan; las casas individuales se amplían y enriquecen, otras decaen; los restos de comida sugieren fluctuaciones en la importancia relativa de los cereales y de los animales domésticos; los objetos importados señalan el alcance del comercio. Todos son factores de nuestra comprensión de las presiones sociales y económicas que influyen en el origen y crecimiento de las comunidades. La aldea de tierra adentro dependía de sus campos; en este caso, los hallazgos son pocos y su significado más discutible, porque los lazos entre un poblado y los terrenos que poseyera son arqueológicamente tenues. Aún menos definida está la cuestión crucial de las relaciones entre una comunidad y otra.

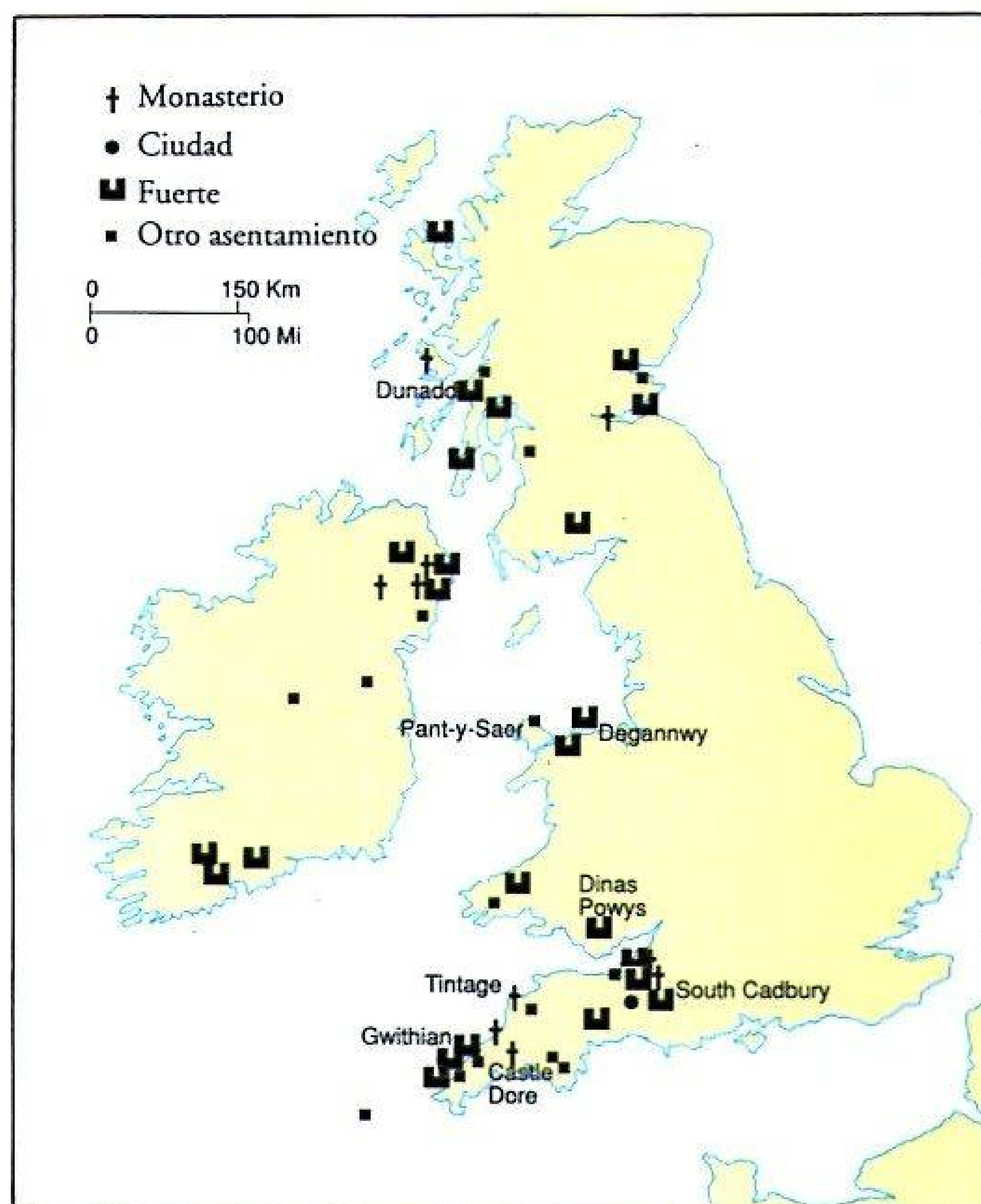
Estos detalles de la vida campesina recuperados en las excavaciones no están registrados, en su mayoría, en nuestras fuentes documentales hasta fines del primer milenio de nuestra era y se reconoce el significado de la arqueología en su estudio; de un modo más discutible, el material de las excavaciones se usó para corregir o refutar relatos históricos, en especial las narraciones oscuras y parcializadas de las migraciones bárbaras. Por primera vez, en las ciudades se reconocieron edificios pertenecientes al período de transición de «romano» a «sajón»; se perfiló la economía declinante del siglo V y se hicieron esfuerzos por demostrar si el impacto de las invasiones bárbaras en las provincias romanas fue grande o mínimo. Ante la complejidad creciente de la información, resulta cada vez más difícil aceptar los conocidos relatos lineales de los acontecimientos. Sin duda, se están produciendo avances importantes que los autores contemporáneos no reconocen o no se toman el trabajo de considerar.

Algunos de esos descubrimientos han sido espectaculares: en 1953-1957, el desenterramiento de un palacio anglo en Yeavering, Northumberland; a principios del decenio de 1960, el descubrimiento de las tumbas principescas de Colonia y de Morken, en Renania; la excavación de amplias y complejas aldeas, como la de Warendorf a orillas del Ems (decenio de 1950) o la de Wijster en Holanda (1958-1961); la recuperación de un grupo de naves vikingas hundidas frente a Roskilde (1962); o, el más ambicioso de todos, el intento actual de excavar toda la superficie del centro de comercio más importante del Imperio carolingio, la gran ciudad de Dorestad. Sin embargo, la mayoría ha despertado poca atención: sólo eran unos pocos agujeros de postes, fragmentos encontrados en la basura doméstica o nuevas interpretaciones del significado de hallazgos anteriores. Al fin y al cabo, estos vestigios prosaicos resultaron ser los más importantes, porque en conjunto permiten una reconstrucción del poblado y de la sociedad totalmente independiente de los registros escritos. Nuestras narraciones históricas, durante mucho tiempo la única fuente de información sobre los sucesores del imperio, nos brindan generalizaciones de un punto de vista parcial y muchas veces sesgado; aunque las conclusiones generan discusiones acaloradas, el valor de la piqueta ya no se puede negar.

Arturo y los britanos

Pocos relatos han tenido mayor popularidad que la historia del rey Arturo, su mesa redonda y la búsqueda, emprendida por sus caballeros, del Santo Grial, la copa de la que –según una racionalización medieval de un mito pagano– Jesús bebió en la última cena. A lo largo de los años, el relato inspiró a autores de teatro, poetas, innúmeros pintores, músicos, directores de cine y productores de televisión, quienes hicieron sus recreaciones personales de la gran corte de Camelot. Gran parte de los detalles proviene de una novela de Geoffrey de Monmouth, *History of the Kings of Britain* (Historia de los reyes de Britania) (h. 1135), una colección de leyendas, engrosadas por la propia imaginación del autor, que resultó convincente para los lectores por sus detalles circunstanciales y su cuidado uso de fuentes genuinas. Después de la aceptación sin sentido crítico durante la Edad Media, la leyenda de Arturo languideció a lo largo de períodos más escépticos hasta que, en el presente siglo, recuperó el favor general gracias a una nueva interpretación: el recuerdo de la última resistencia triunfante de los romanobritanos ante la invasión anglosajona.





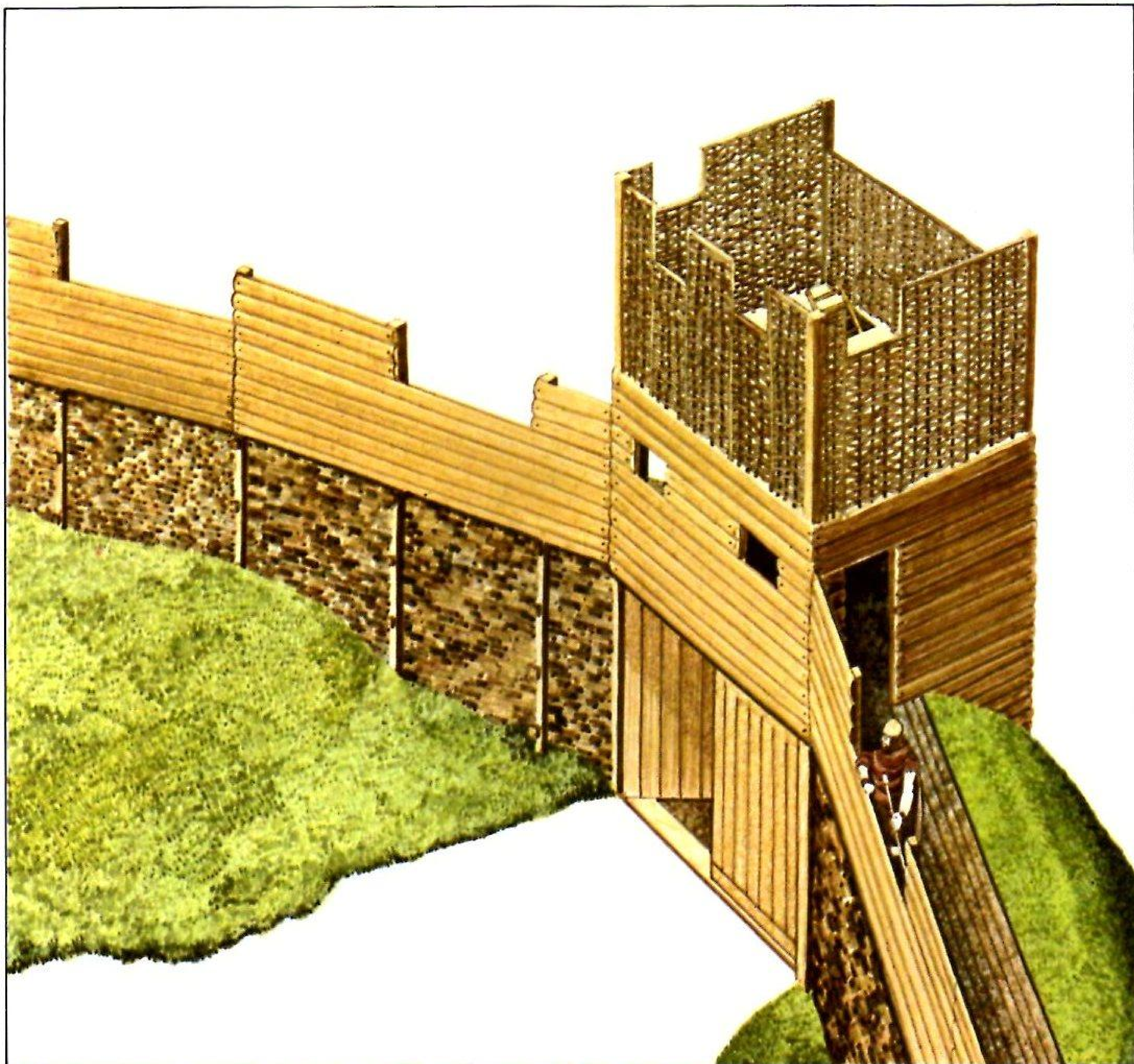
Página anterior: El rey Arturo, herido de muerte, se ha sentado mientras sir Bedevere devuelve la espada Excalibur a la Señora del Lago. Ilustración del siglo XIV de *The Story of Lancelot of the Lake and the Death of King Arthur* (La historia de Lancelot del Lago y la muerte del rey Arturo). Museo Británico.

En el poema *Gododdin,* h. 600, un hombre recibe el epíteto de héroe «aunque no era Arturo». Nos falta contexto y para los detalles de la «carrera» de Arturo tenemos que esperar hasta la compilación atribuida a Nenius (siglo IX). Para entonces, se atribuían a Arturo una serie de victorias ante los anglosajones, una de las cuales, la batalla de Mons Badonicus, se puede fechar con seguridad h. 500. Entre las leyendas de la novela medieval, hay relatos que sitúan a Arturo en lugares específicos, uno de ellos el peñón de Tintagel, en la costa de Cornwall *(derecha),* asociado con el nacimiento del héroe. En el decenio de 1930 se excavaron las ruinas del castillo de los siglos XII-XIII, se descubrieron los cimientos de un antiguo monasterio celta, establecido hacia 500, y se identificaron vasijas que se habían importado a Britania desde los alfares romanos tardíos de Europa. El trabajo de los últimos cuarenta años ha demostrado que piezas de cerámica semejantes llegaban a diversos centros, monásticos y seculares, del oeste de Britania (*izquierda,* según C. Thomas).

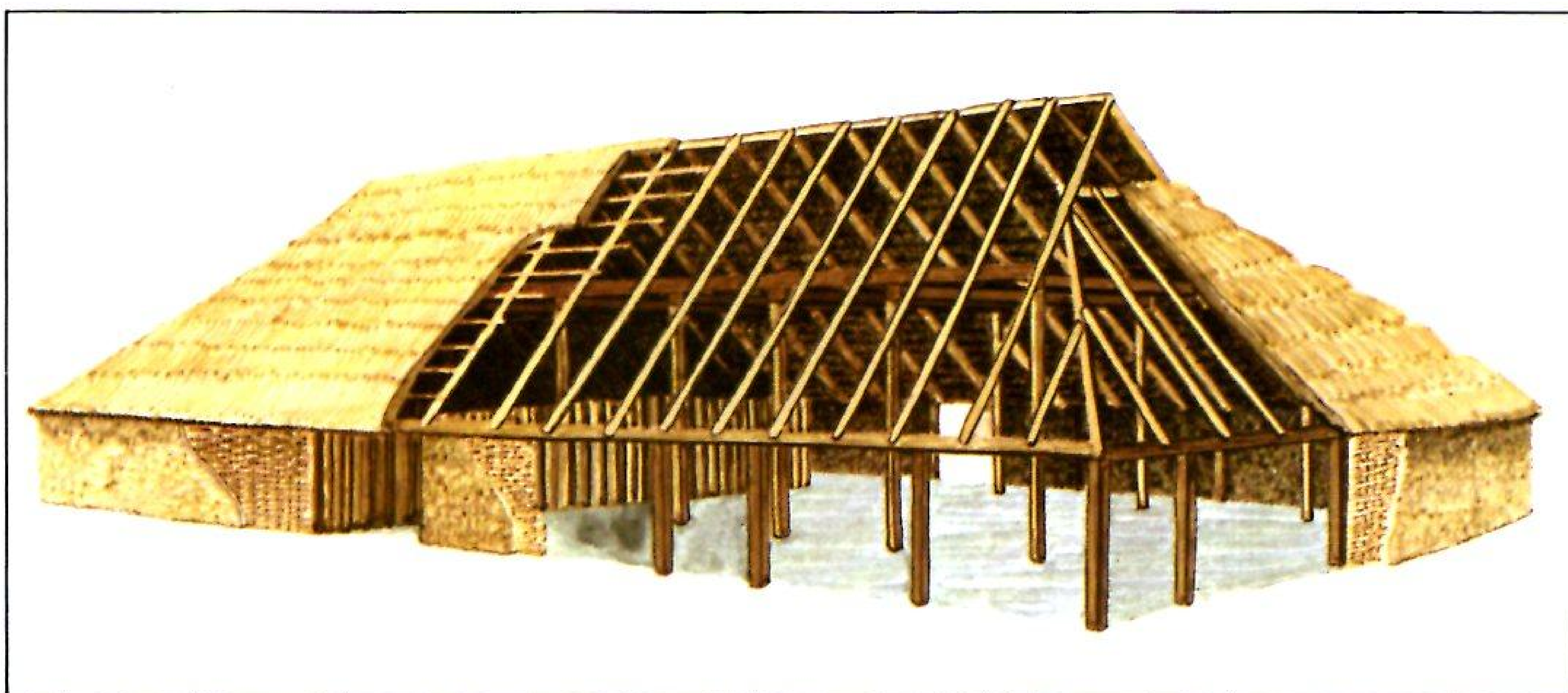
Abajo: Arturo y sus caballeros ante la Mesa Redonda, cuando está a punto de tomar asiento sir Galahad. Manuscrito francés del siglo XIV. Biblioteca Nacional de París.

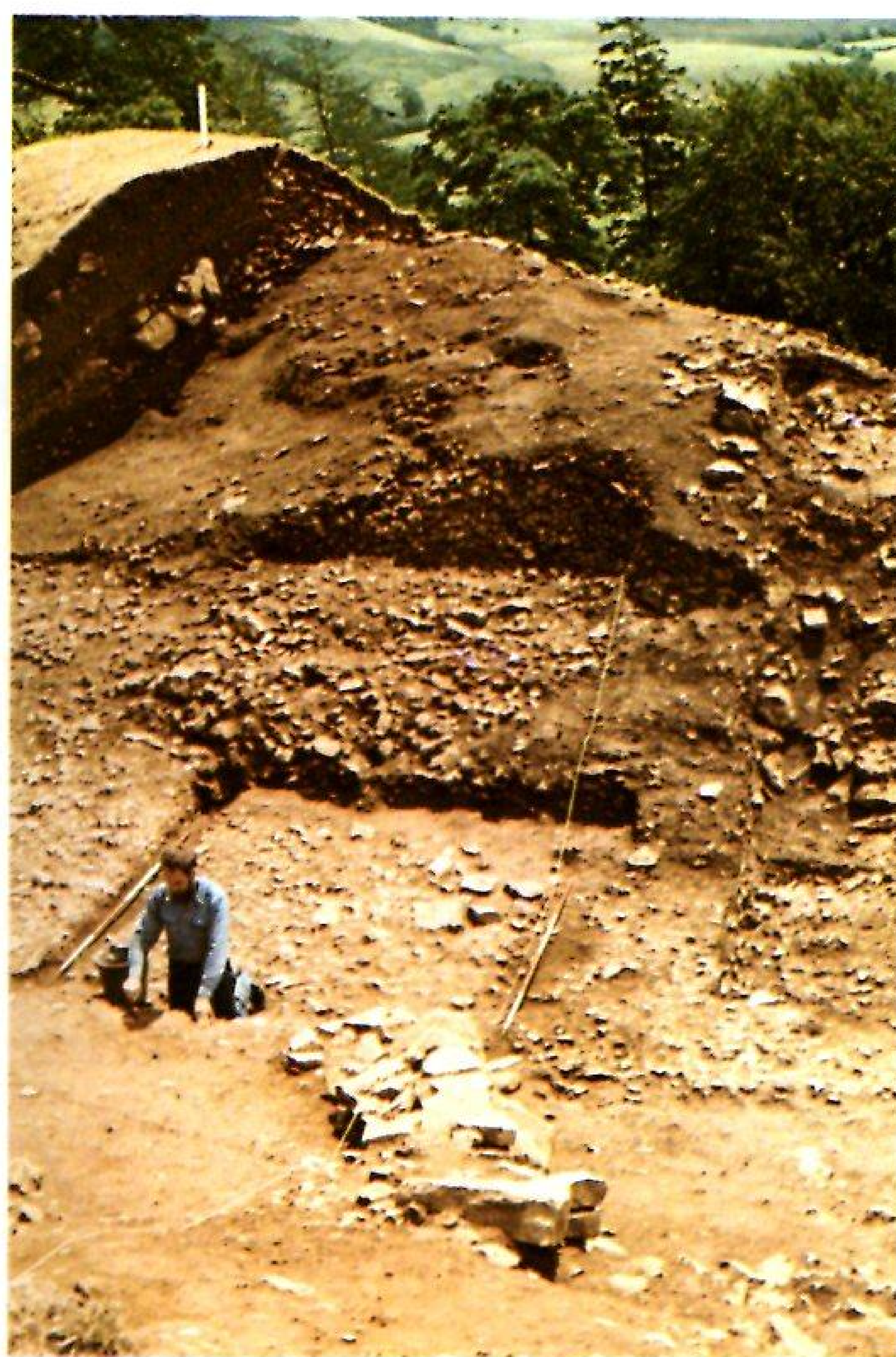






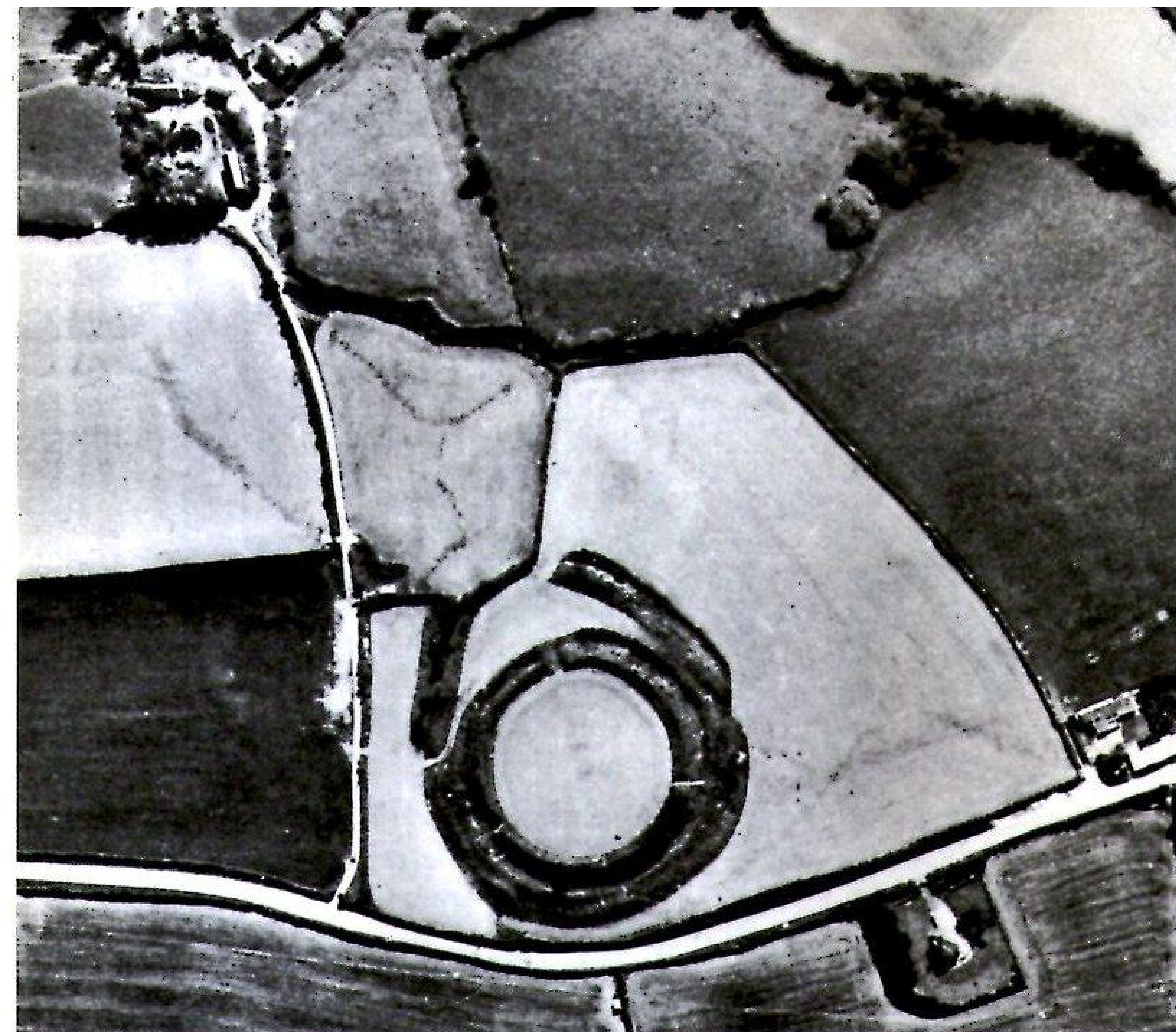
El más notable de los asentamientos excavados es el Castillo de South Cadbury, una colina fortificada prehistórica del suroeste de Inglaterra, a veces identificada (con la poco segura autoridad de John Leland) con el Camelot de Arturo. La cerámica importada, como la que se halló en Tintagel, y fragmentos de cristal merovingio, descubiertos por el arado, dieron lugar a un programa de excavación importante, realizado entre 1966 y 1970. Se comprobó que la cima de la montaña estuvo ocupada, quizá intermitentemente, hacia el tercer milenio a. C. Los macizos bastiones pertenecieron a una fortaleza de la Edad del Hierro, de unas 8 Ha de extensión, virtualmente abandonada en el período romano y ocupada otra vez en dos etapas posromanas. La última de ellas pertenecía a una *buhr* (fortaleza almenada) construida quizá hacia 1000 d. C. y usada en tiempos de Etelredo contra los daneses. La ocupación posromana más antigua, cuyas defensas quedaron entre las murallas de Etelredo y los bastiones derruidos de la Edad del Hierro, se asoció con piedras reutilizadas en edificios romanos y cerámica importada. Esta fase del asentamiento, que se debe datar entre los siglos V y VII, es el período artúrico de Cadbury. Su identificación como Camelot es poco seria, porque Camelot pertenece a las leyendas medievales. Mucho más importante, South Cadbury es sin duda el mayor y más complejo de los asentamientos de la Edad Oscura descubiertos en Gran Bretaña y nos da un ejemplo de una de las ciudades inmediatamente posteriores a los centros romanizados del suroeste; fue una población fortificada y de resistencia ante los invasores anglosajones, que poco tiene que ver con los ideales de *Romanitas* y muestra un contacto mayor con ese mundo celta que los romanos, con gran empeño, quisieron suprimir.

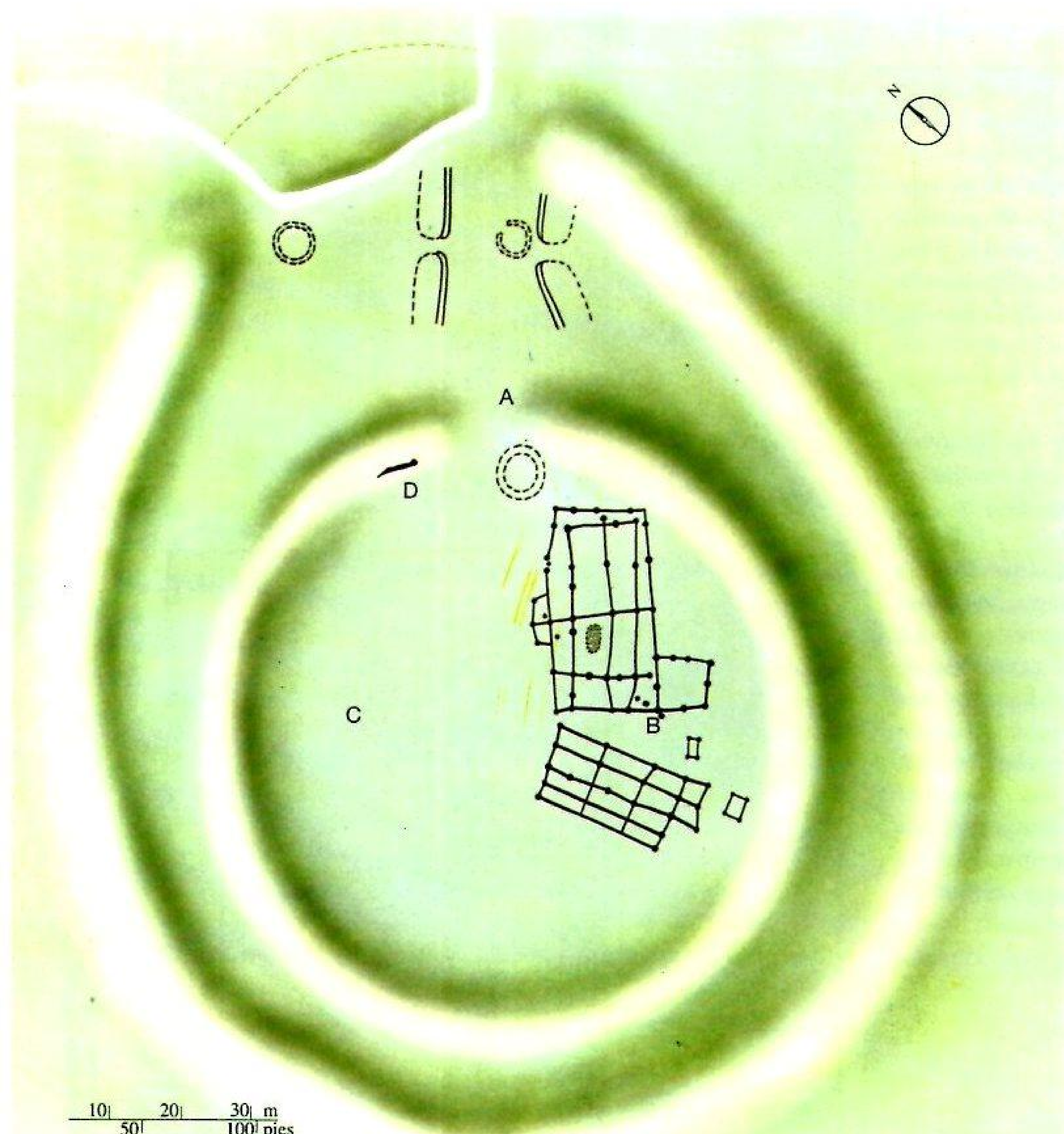




Cavados en los escombros de la puerta de Cadbury, fechada a fines de la Edad del Hierro, los excavadores hallaron los fosos de los postes de la torre de madera de una entrada, una estructura rectangular sencilla con pilares en las esquinas y ranuras para los antepechos horizontales remetidos que cortan a lo ancho del camino del siglo VI (*derecha:* un excavador trabaja en el extremo más cercano de la zona de la puerta). La reconstrucción de esta estructura es, inevitablemente, teórica. El dibujo (*izquierda*, según L. Alcock) muestra la cara exterior de la entrada y las defensas contiguas, mirando hacia la posición de la cámara en la fotografía de la excavación. Las partes superiores de la puerta, con un puesto de guardia y una plataforma de combate, tienen su paralelo en las obras fronterizas romanas, pero su forma es poco segura.

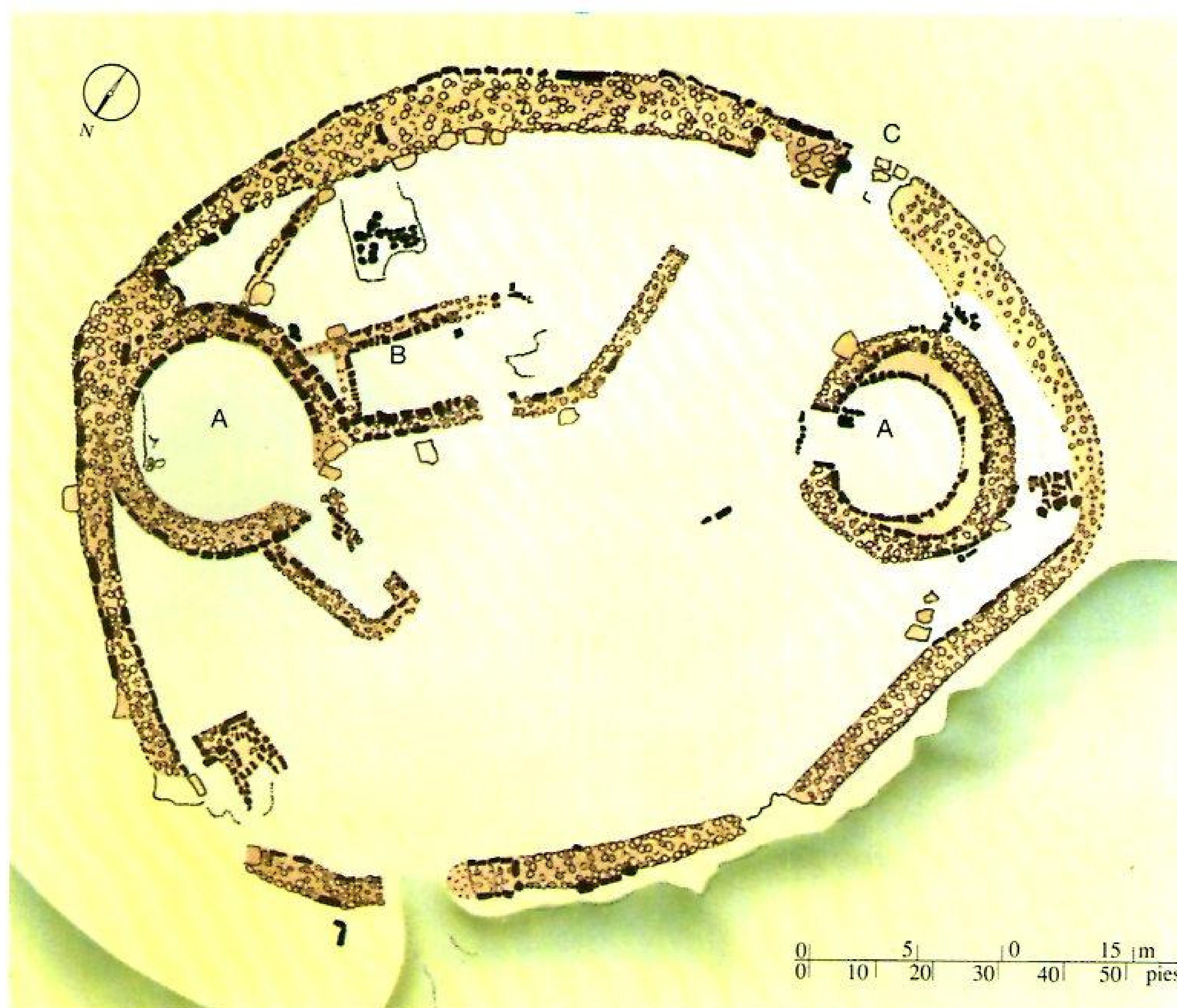
La zona excavada en el interior de la fortaleza descubrió un conjunto de pozos para postes y fosas, en su mayoría datados en la Edad del Hierro y en ocupaciones anteriores. Fue posible diferenciar del resto un grupo de pozos para postes y fecharlo hacia el siglo VI, gracias al testimonio de cerámica importada que se halló sobre una viga al parecer asociada a ese grupo. La planta, un rectángulo irregular de unos 19 m por 10, se considera como lo que resta de una estructura mayor de la nueva ocupación de la Edad Oscura, situada en el centro mismo del fuerte y, por tanto, quizá el principal edificio de este período (*arriba*, basado en L. Alcock). Las dos filas internas de postes probablemente fueron los apoyos del techo y sostenían una alta estructura superpuesta de vigas unidas. La habitación resultante, similar a un granero, en este caso subdividida con un tabique para obtener un espacio privado, fue el tipo corriente de casa rústica en Europa septentrional que, se supone, utilizaron los celtas de Gales e Irlanda.





Castle Dore (castillo de Dore), sobre tierras llanas en el sur de Cornwall, fue una fortificación prehistórica (su interior tiene una superficie aproximada de 4.000 m^2) mucho más pequeña que la de South Cadbury. Su reocupación no está fechada con exactitud. Las excavaciones que, en pequeña escala, se hicieron en el decenio de 1930 desenterraron fragmentos de cerámica no diferenciables, tal vez de épocas posromanas, pero ninguna vasija importada. Su datación en la Edad Oscura se basa en la leyenda del rey Mark de Cornwall, tradicionalmente localizada en Castle Dore, y de su hijo Tristán. A poco más de 1,5 km al sur del fuerte, está emplazado el monolito dedicado a la memoria de *Drustanus filius Cunomori*, Tristán, hijo de Cynfawr. Las excavaciones demostraron que al menos el sector de las defensas descubierto se había restaurado (D) y que se habían construido unas cabañas circulares rústicas junto a la entrada (A). En el interior de la fortaleza se alzaba un edificio (B) identificado como el «palacio» del rey Mark (según C. A. R. Radford y P. Rahtz), por lo común visualizado como una enorme sala dividida en dos alas, con pequeños edificios secundarios. La escala limitada de la excavación y la irregularidad y escasez de los fosos de postes de sostén sólo dan estructuras muy poco convincentes, pero parece seguro que se trata de casas de madera de algún tipo datadas en la Edad Oscura. Al noreste (C), se encontraron otros vestigios de construcciones.

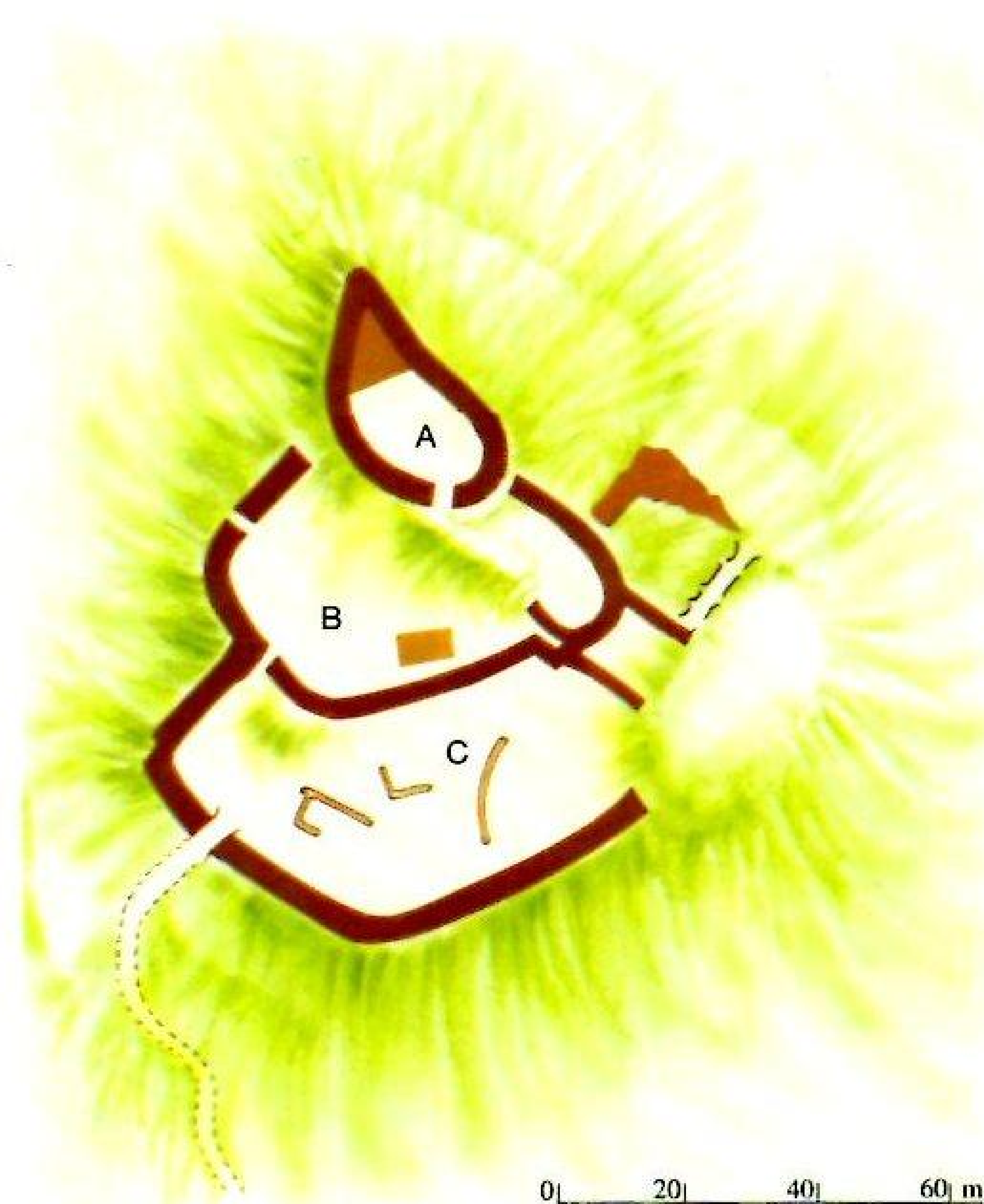
Monasterios y sitios principescos del oeste de Gran Bretaña, como Tintagel, Cadbury o Castle Dore, están ampliamente superados por la cantidad de asentamientos de clases sociales más humildes, los «poblados nativos» o «grupos de cabañas». En términos comparativos, muy pocos de estos últimos se han excavado y los hallazgos –cerámica de barro y utensilios de hueso y piedra– hacen muy difícil datarlos. Algunos se sitúan en la Edad Oscura, sobre todo por la ausencia de la distintiva cerámica romana. En Pant-y-Saer, en la isla de Anglesey, Gales del Norte (*derecha*: reconstrucción según C. W. Phillips y *Anglesey* de R. C. H. M.), un grupo de viviendas del tipo normal en el período romano y la Edad Oscura tenía una fuerte muralla de piedra asentada sin mortero, interrumpida por una entrada estrecha (C), con dos cabañas circulares dentro (A), una con un banco adosado a las paredes y la otra con dos anexos rectangulares y restos de la pared de un patio. La cerámica corresponde a la habitual tradición «nativa», pero en el mayor de los dos anexos (B) se encontró una gran fíbula de plata *(abajo, derecha)*, semejante a los tipos corrientes en Escocia entre los siglos V y VII, hallazgo que estableció el uso de este poblado en tiempos posromanos. La función precisa del grupo de cabañas no está clara: las dos construcciones circulares pueden haber sido unidades separadas, pero las diferencias de sus plantas y edificios secundarios sugieren que tenían finalidades distintas dentro de un mismo ámbito familiar. La choza menor puede haber sido de uso doméstico y la mayor, un taller con sus agregados agrícolas. La fíbula indica una riqueza moderada y es tentadora la idea de ver este poblado como un descendiente de las villas rurales del período romano.





Derecha: Fíbula de plata en forma de círculo abierto proveniente de Pant-y-Saer, Anglesey. Tal vez del siglo VI. Museo Nacional de Gales.





Parte de la cerámica importada provenía del Imperio bizantino. La mayoría llegaba, al parecer, del suroeste de Galia, y las regiones en las que se comerciaba con estas vasijas no limitaban con las ocupadas por los britanos. Un ancho cinturón de poblados que flanquean el Mar de Irlanda ha proporcionado fragmentos de cerámica gala y el comercio llegó hasta los territorios controlados por los enemigos de los britanos y de los anglosajones, los escotos del norte de Irlanda y del oeste de Escocia y los pictos del este de Escocia. En Dunadd, Argyll, esta cerámica importada se ha encontrado en un sólido fuerte escocés sitiado en 683 y 736, un poblado de una serie de varios semejantes conocidos por su planta como fortalezas «nucleares» (*izquierda*, según J. H. Crawe). En la cima de una colina empinada se alza una diminuta ciudadela de unos 30 m por 12 (A). Las murallas anchas de piedra parten de ese núcleo para rodear un patio central (B) y un recinto situado en un nivel inferior (C), en el que existen ruinas de casas recientes. Las excavaciones de 1929 (sombreadas, *izquierda*) revelaron que pocos testimonios de la disposición interna sobrevivieron tras las investigaciones llevadas a cabo en 1905. La fotografía *(arriba)* muestra la colina de Dunadd en la actualidad.

El resultado de la investigación arqueológica del período artúrico ha disminuido la significación del propio Arturo. Su figura está al acecho entre las sombras de los límites del cuadro histórico y su nombre aparece en los títulos de estudios de esa época; pero el análisis de los vestigios britanos de los siglos V y VI nos está dando una versión de la historia de la Britania posromana que ya no se centra en las muy discutidas leyendas de la resistencia de Arturo ante los invasores.

Capítulo tercero: Los anglos, los sajones y los jutos

Más allá de la frontera del Bajo Rin, entre las dunas, las ciénagas del Mar del Norte, que se extienden por las costas de Alemania y Jutlandia, y los bosques y páramos de tierra adentro, vivieron tribus que hasta el siglo IV de nuestra era casi no están citadas en las fuentes romanas conservadas. Mientras los godos y los vándalos migraban hacia el sur y hacia el este, hacia las fronteras de Rusia y del Danubio, las restantes permanecieron en el norte, bastante alejadas del mundo mediterráneo. Para los romanos del Bajo Imperio los grupos principales eran: los frisios del norte de la costa holandesa, los sajones de la llanura alemana septentrional y los anglos de Jutlandia oriental.

Gran parte de su historia arcaica está en la oscuridad. Los anglos y sus vecinos del norte de Jutlandia y de las islas del Báltico creían que tuvieron soberanos propios desde el siglo II y recordaban leyendas de luchas entre sus héroes y grandes reyes. Según su tradición, los sajones no tuvieron tales monarcas, sino que vivieron en pequeños grupos gobernados por jefes tribales. Los arqueólogos no han localizado aún los palacios anglos pero, durante los últimos cincuenta años, el descubrimiento de los poblados de la costa del Mar del Norte reveló muchos rasgos de la vida de pueblos menores y de sus jefes: en tiempos del dominio romano, el suyo es el desarrollo lento de las pequeñas comunidades agrícolas.

La muralla de Adriano, que durante tres siglos fue una frontera entre los romanos y los bárbaros, aún recorre las montañas de Northumbria.





Interior de un modelo de una granja romana de tres alas, en el poblado de Tofting, cerca de Schleswig (Edad del Hierro). Al otro lado del sector central están el hogar y la zona de vivienda.



Parte de la aldea de trazado radial de Feddersen Wierde, Alemania, en el siglo III y principios del IV; se ven las casas, cobertizos y fosos de separación. Según W. Haarnagel.

Poblados y cementerios. Uno de esos villorrios, situado en Wijster, a unos 40 km al sur de la ciudad holandesa de Groninga, se excavó a fines del decenio de 1950 y principios del de 1960. Ese pequeño grupo de edificios rurales, quizá una sola alquería, se ocupó a mediados del siglo II d. C. Las casas rústicas de esta fase y las subsiguientes eran amplios edificios rectangulares, cuyos techos se sostenían con dos hileras de postes internos. Por dentro, el espacio diáfano de suelo a techo estaba dividido transversalmente en tres partes; el tipo (conocido en el norte de Europa desde la Edad del Bronce hasta tiempos modernos) se denomina, en general, casa de «tres alas»: en muchos casos un ala extrema era la vivienda familiar y la opuesta, el establo. Edificaciones pequeñas, cuadradas o rectangulares, servían como graneros y depósitos; otras cabañas (cuyos suelos a menudo estaban cavados en tierra para obtener mayor altura) se usaban para actividades industriales y para la instalación de telares. Hay algunas chozas de suelo hundido en las que los vestigios de hogares indican que se utilizaron tal vez como dependencias de sirvientes. El poblado de Wijster creció con lentitud y, hacia principios del siglo III, puede haber llegado a un total de tres alquerías. Después del 225 aproximadamente, es visible un aflujo de pobladores: el villorrio tenía al menos una docena de casas. Durante el siglo IV se desarrolló para configurar una aldea de trazado regular, con espacios vallados separados por calles. La ocupación del poblado y los enterramientos del cementerio contiguo llegó a su fin en la primera mitad del siglo V.

Las excavaciones hechas a una escala mayor en Feddersen Wierde, en la comarca sajona del río Weser, cerca de Bremerhaven, desde 1955 revelaron una secuencia compleja de edificaciones. Como el de Wijster, este caserío empezó con una granja, en este caso a fines del siglo I de nuestra era. El crecimiento sostenido condujo a una serie de pequeños *terpen* o montículos artificiales; sobre cada uno de ellos se alzaban una casa de tres alas y las construcciones auxiliares. A lo largo del siglo I d. C., estos montículos se nivelaron para convertirse en un gran *terp* sobre el que se edificó una aldea de trazado radial de hasta 30 casas. Mientras el poblado creció, durante los siglos siguientes, hasta que fue abandonado hacia el 450, estuvo dominado por una sola casa amplia, separada del resto por una empalizada y un foso que también encerraban los talleres, graneros y establos. Es difícil no pensar que este grupo de construcciones era la residencia de un jefe local; además, su supervivencia a lo largo de tres siglos prueba claramente que hubo cierta estabilidad en la vida social y económica del período romano.

Los cementerios nos relatan esto mismo. En Wehden, entre los ríos Weser y Elba y no lejos de Feddersen Wierde, las urnas cinerarias más antiguas datan del siglo II d. C. y las más modernas, del 500 aproximadamente. En Westerwanna, sobre el Bajo Elba, las vasijas más viejas se datan hacia el 100 d. C. y los estilos de cerámica muestran un desarrollo continuo hasta el abandono del cementerio, en el siglo VI. En casi todos los casos, la mayoría de las

urnas cinerarias son de los siglos III y IV, el período de máxima expansión en los poblados costeros.

En este marco de continuidad, el estudio de las variantes de estilo en los utensilios permite extraer algunas conclusiones acerca de los cambios de influencia cultural en la región. Es posible hacer ciertas distinciones generales: las urnas de Jutlandia central y de las comarcas bálticas lindantes muestran tendencia a una forma globular con bordes altos y rectos o largos cuellos cónicos; la decoración es rectangular, con líneas horizontales o estrías en el cuello de la vasija, y con líneas verticales en la parte sobresaliente del cuerpo, a las que en los siglos IV y V se agregaron pequeños resaltes semiesféricos. Por lo común, se denomina «anglos» a estos tipos, y la cerámica del norte de Jutlandia, la tierra de los jutos, tiene una similitud con la de los territorios anglos, a menudo vasijas de una manufactura rústica, forma ensanchada en el centro y ornamentación de estrías.

La cerámica usada en la costa germana tiene una forma distinta: allí se encontraron urnas con cuellos altos y huecos y con bordes prominentes, junto a vasijas de ancha boca angulada. En los siglos III y IV, la decoración de estos vasos del sur tuvo afinidades con la de las zonas de los anglos. Durante el siglo IV, la diferencias se hicieron mayores: las vasijas están decoradas con dibujos angulares incisos y semicírculos y comienzan a aparecer estampaciones repetitivas de elementos simples y rosetas hechas con las yemas de los dedos, estilos derivados de la cerámica romana tardía de la comarca del Rin. Estos diseños se pueden atribuir a los sajones, pero es significativo que el gran campo de urnas «sajón» de la vieja Sajonia (la región de los ríos Elba y Weser) no sea tan uniforme como los campos «anglos» de Jutlandia central y septentrional.

Junto a los vasos «sajones» con estampaciones y rosetas, se encuentran vasijas con cuerpos globosos y cuellos con estrías, que no estarían fuera de lugar en el poblado anglio de Fyn (Fionia), a más de 300 km al norte. Por esto, ha tenido aceptación la idea de que la influencia de los diseños anglos se extendió hacia el sur y el este hasta Holstein y hasta Hamburgo y Stade, a orillas del Elba. Al oeste, en la franja de tierra limitada por el Elba y el Weser, se formaron culturas mezcladas «anglosajonas», ya desde el siglo III, en las que predominan los rasgos «anglos» junto al Elba y los «sajones» un poco más a occidente, a lo largo del estuario del Weser.

Los cambios en el estilo de la cerámica no están directamente relacionados con los cambios de la población y sería un error suponer que las variaciones de la cerámica tradicional señalan una migración de los anglos, no registrada de ninguna otra forma, hacia el sur; pero hay otros signos de incursiones hacia las costas del Mar del Norte: en esta región, a fines del siglo II se enterraron tesoros de monedas, para recuperarlos más tarde, aunque no ocurrió así. Como ha señalado el erudito escandinavo Sture Bolin: «Cuanto mayor es el número de tesoros, tanto mayores las perturbaciones y zozobras». Algo más tarde, quizá hacia mediados de siglo III, hay señales de que el mar invadió la zona costera, lo que obligó a levantar algunos poblados sobre montículos artificiales y a abandonar o reducir otros y a que los habitantes emigraran, tal vez a otros puntos menos inhóspitos; así aumentó la mezcla de tradiciones culturales.


Zuidlaren


Caistor


Blumental


Luton


Perlberg


Rushford

Similitudes en el diseño de vasos de Inglaterra *(derecha)* y del continente *(izquierda)*. Según J. N. L. Myres.

La migración y el exceso de población consiguiente tuvieron su efecto sobre el imperio durante la segunda mitad del siglo III, pues se multiplicaron los ataques contra la frontera norte. Era habitual que los romanos nombraran a sus adversarios «francos» y muy pocas veces «sajones», pero se referían a los habitantes de la llanura costera, y entre los invasores del Bajo Rin estaban los frisios. Algunos de esos bárbaros continuaron en las tierras cercanas a la desembocadura del Rin y en Bélgica, de modo que la presión de la necesidad de espacio se habrá reducido durante dos o tres generaciones. Durante este período, hasta fines del siglo IV, los poblados que se excavaron muestran signos de prosperidad. La situación es más clara en Wijster, donde la última aldea, de trazado previsto, se asociaba con cantidades de mercancías importadas del imperio.

Contactos comerciales. El comercio con el imperio no era una actividad nueva, aunque, desde el punto de vista de César, al menos una tribu germana propició la presencia de mercaderes romanos, para venderles el botín de guerra que ellos mismos habían arrebatado a los romanos. A co-



Vasos romanos de cristal, exportados a Escandinavia durante el siglo III y hallados en tumbas de Nordrup y Himlingøje, Dinamarca.

mienzos del período imperial, los marcomanos de Bohemia actuaron como mediadores en una red de comercio que llevó vasijas romanas de bronce, de plata, de cristal y cerámica a las costas bálticas. La arqueología da testimonio de uno de los productos del norte que se llevaban a cambio los romanos: el ámbar del Báltico. Otros bienes, económicamente más significativos aunque perecederos y que no se encuentran en las excavaciones, se sugieren en las fuentes literarias: pieles y productos animales, ganado, perros y esclavos. Algunos objetos romanos pueden haber sido el resultado de los botines de guerra; por ejemplo, vasos con inscripciones que tienen que ver con la dedicación de templos romanos y que se hallaron en Noruega y Suecia.

En cambio, como resultado de contactos más amistosos, se encontraron miles de monedas romanas dispersas o acumuladas fuera del imperio. Aunque en un principio estuvieron limitadas a las zonas germanas fronterizas, hacia el siglo II las monedas de plata romanas se encuentran en regiones tan apartadas como Suecia. Parte del comercio pagado con esa plata pasó desde el Danubio y el Mar Negro, a través de las tierras godas de Europa central, a Escandinavia y llevó a Suecia productos de Europa suroriental. Pero los objetos de bronce, cristal pintado y excelente cerámica roja de las fábricas romanas del Rin y de Galia viajaron hacia Germania y Jutlandia por distintas rutas. Los tesoros de monedas de los siglos III y IV hallados en Holanda y Alemania septentrional indican un tráfico desde la desembocadura del Rin hasta Jutlandia y el Báltico a lo largo de la costa frisia.

Jutos y anglos. Dentro del territorio de la propia Jutlandia, hasta hoy los arqueólogos no han podido descubrir testimonios comparables a los de las poblaciones amplias y continuamente ocupadas de las costas meridionales del Mar del Norte. Por cierto que no son pocas las aldeas excavadas: por ejemplo, sobre la costa del Mar del Norte de Jutlandia septentrional, el desenterramiento parcial de un extenso poblado en Ginderup reveló cerca de tres docenas de casas divididas en alas, pertenecientes a siete niveles sucesivos. A unos 50 km al sur, otro villorrio excavado, la aldea de pescadores de Nørre Fjand, se componía de más de 60 casas y otras edificaciones, no todas contemporáneas. Sin embargo, ambas aldeas quedaron abandonadas, al parecer, antes de fines del siglo III y de los varios asentamientos total o parcialmente investigados en Dinamarca, sólo Dengsted, en Schleswig del norte, ha dado testimonios, hasta el presente no publicados, de una ocupación durante el período en que empezaron las grandes migraciones, siglo IV y principios del V. Las excavaciones



El barco de Nydam: una enorme barca de remos del siglo IV o principios del V, recuperado de una turbera en el sur de Jutlandia, durante el decenio de 1860. Los descubrimientos fueron un resultado de la guerra prusiano-danesa de 1863-1865 y Dinamarca los cedió en el tratado de paz establecido entre ambas naciones.

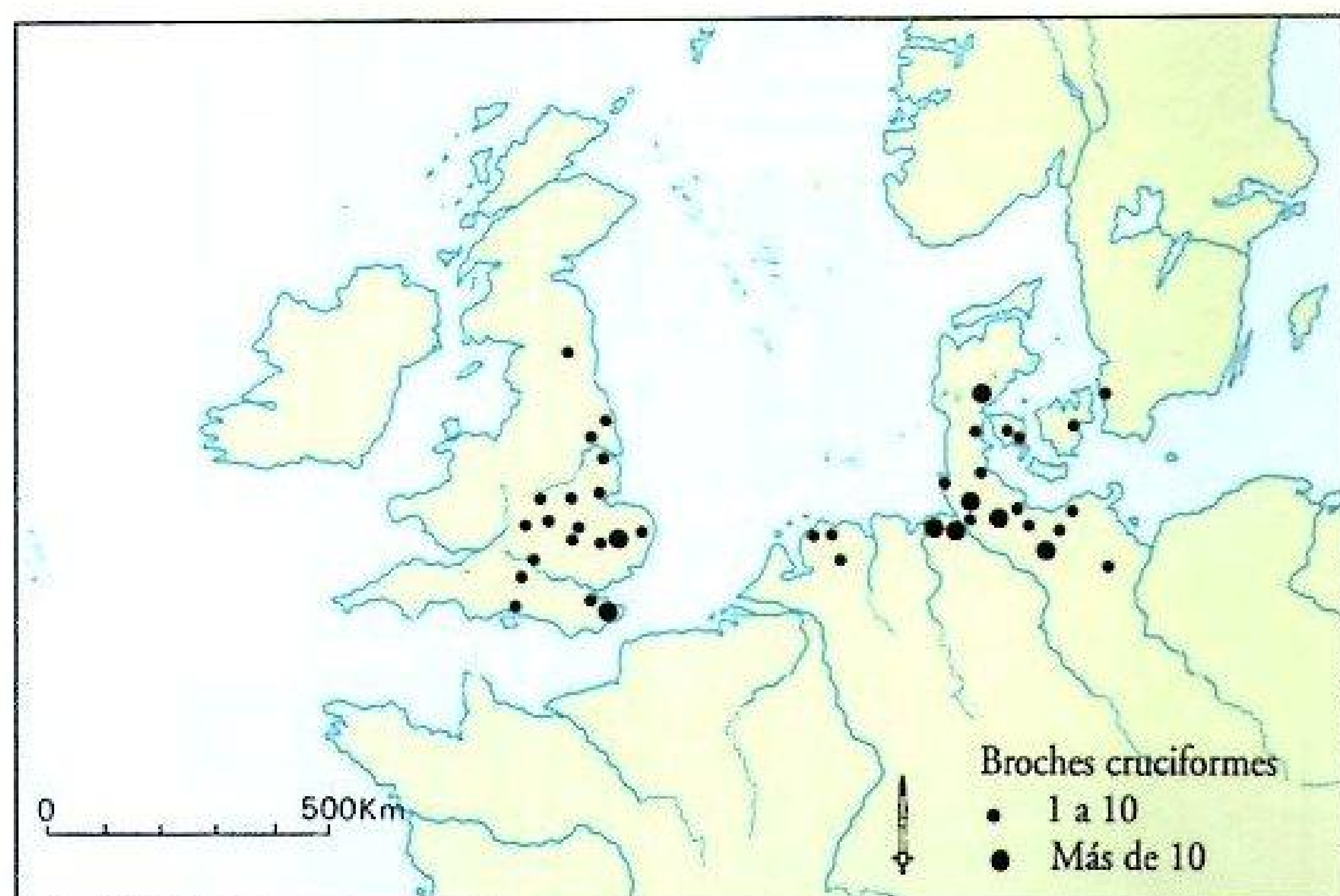
de Grøntoft, sobre la costa oeste de Jutlandia, dan una posible explicación, porque se descubrió que la aldea cambió su emplazamiento al menos cinco veces en unos 700 años, hasta el siglo III; por tanto, los poblados sucesivos no están superpuestos y el hecho de que aún no se hayan descubierto aldeas fechadas en los siglos IV y V puede deberse a mera casualidad.

Pero hace más de veinte años, el erudito danés P. IV. Glob sugirió que los páramos de Jutlandia, cada vez más poblados a principios de la Edad del Hierro y en su período romano, iban empobreciéndose y su ganado se veía mermado por la enfermedad llamada *vosk*, originada por deficiencia de minerales. A medida que las tierras se malograban, sus ocupantes emigraron hacia los terrenos más fértiles del este y del sur. Algo más hemos aprendido ahora sobre las variaciones locales por los efectos de cambios de clima y de suelos en la agricultura, y una teoría tan amplia es hoy menos ajustada; pero lo probable es que se abandonaran los poblados. Sin embargo, la zona marginal afectada por un empobrecimiento de este tipo, donde no hay explotación agrícola actual, es precisamente la región en que se concentraron los esfuerzos de los arqueólogos y los resultados de sus estudios tal vez se apliquen, sobre todo, a los marjales de Jutlandia.

En el resto de la península hay señales claras de ocupación continuada: las pruebas provienen de tesoros de monedas o lingotes enterrados o del contenido de las tumbas. Los yacimientos se sitúan con mayor frecuencia hacia la

costa oriental y sobre las islas bálticas, sobre todo en territorio anglo y en el de las culturas relacionadas, al norte de Anglia. Mayor significación tienen las turberas en las que se hallaron depósitos de ofrendas rituales de armas y armaduras, ornamentos romanos y nativos, recipientes de cerámica usados para las comidas, ropas y hasta barcos enteros. El más famoso de ellos, el de Nydam, en la provincia de cultura angla, se excavó en la temprana época del decenio de 1860. En ese lugar comenzaron los sacrificios en el siglo II de nuestra era y continuaron, quizá con intermitencias, hasta el 450 aproximadamente, con una mayor cantidad de material desde mediados a fines del siglo IV.

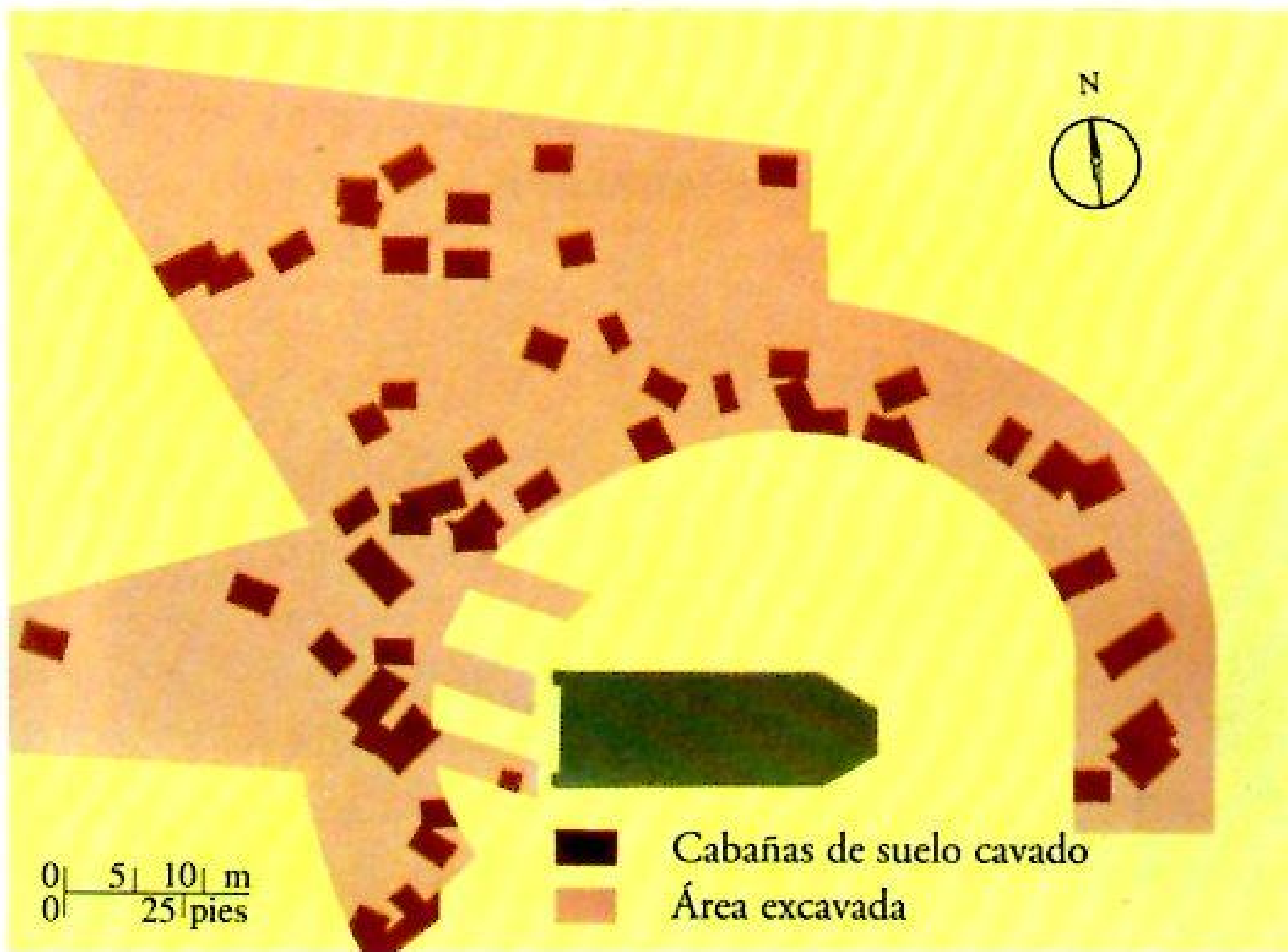
Otros depósitos de este período se encontraron, en distintas excavaciones del siglo XIX, en las turberas de Kragehul y Vimose, en la isla de Fyn. En años recientes, se encontró un yacimiento de esta clase en la localidad continental de Ejsbøl, frente a Fyn; contenía un depósito importante del siglo IV y otro menor de mediados del siglo V. A la vista del carácter militar de los sacrificios –espadas, lanzas, arcos, flechas y armaduras– parece que se aplacaba a los dioses con ofrendas tras las campañas, quizá contra el imperio, porque muchos objetos eran romanos.



Izquierda: Distribución de broches cruciformes en el siglo V. Según A. Genrich, con algunos agregados.



Abajo: Broches cruciformes del siglo V, provenientes de Cambridgeshire. Mantienen la forma de botón de cabeza plana de piezas más antiguas, pero su pie, más elaborado, muestra cabezas de animales muy prominentes.



Niveles superiores del montículo de Ezinge, Países Bajos; están señaladas las cabañas de suelo cavado que reemplazaron los tipos anteriores hacia el 400 d. C.

Si se consideran las alternativas de victorias y derrotas, no es sorprendente que estos depósitos no representen cantidades uniformes ni regulares de objetos. Para determinar la continuidad, más importante que estas irregularidades es el uso reiterado de las mismas turberas como centros de culto de los grupos locales a lo largo de un período que, en casi todos los casos, se extiende desde mediados del siglo II hasta mediados del V. A pesar de la falta de aldeas excavadas, pues, en el este no hay señales de la dislocación del siglo IV, advertida en los poblados de la costa danesa del Mar del Norte.

Comienza la emigración. Sin embargo, las emigraciones de ese lugar ya estaban en marcha. Hemos visto que los estilos lineales de la cerámica angla estaban influyendo en el desarrollo de los diseños presentes en la costa germana del Mar del Norte y que produjeron una cultura arqueológica mixta –estilística y tal vez también racialmente– «anglosajona». Pues bien, a fines del siglo IV, se hizo corriente un nuevo tipo de broche. Su origen era el broche liso en forma de arco del período romano, semejante a un imperdible, en el que una lámina curva de metal separaba el muelle de la aguja con la que se sujetaba el broche. En este modelo, el muelle, funcional antes que decorativo, se ocultaba con una lámina rectangular de cuyos lados salían prominencias (algo así como botones) decoradas y la aguja de sujeción se disimulaba bajo una especie de pie alargado en el que se ensayaba alguna decoración rudimentaria. Los ejemplos más antiguos de este tipo, los broches cruciformes, se atribuyen a Holstein oriental y, desde allí, se expandieron: hacia el norte, hasta Anglia y el Báltico; hacia el este, hasta la frontera polaca, y hacia el oeste entre los pueblos mixtos de la comarca del Elba-Weser.

La difusión de estas fíbulas pudo deberse, por supuesto, al contacto y la imitación, pero se sospecha que hubo invasiones. En 1951 el académico holandés P. C. Boeles llamó la atención sobre las perturbaciones que se produjeron en el este, sobre la costa frisia, durante la primera mitad del siglo V. Boeles veía una brecha en la ocupación de Frisia: la cultura local venía siendo reemplazada por otra que incluía urnas sajonas y tipos de fíbulas de la zona del Elba y del Weser. Una nueva costumbre de enterramiento, la inhumación, apareció en los cementerios de incineración más antiguos y el poblado de Ezinge, una aldea de montículo que fue la que con mayor amplitud se investigó en esta área, fue destruida y reconstruida por los invasores.

Algunos cambios en la cerámica y los broches son visibles y los cementerios mixtos parecen ser un desarrollo nuevo. Sin embargo, el testimonio de Ezinge no es concluyente. Durante casi mil años el diseño de las casas en este *terp* en evolución fue la planta de tres alas normal. En algún momento, hacia el 400 d. C., al menos la parte excavada del poblado resultó destruida por el fuego. Ninguna casa dividida en alas se encontró en la subsiguiente ocupación; en cambio, cavados entre la ceniza se hallaron los suelos de más de 60 cabañas de suelo cavado que pertenecían a varias fases. Cuando el asentamiento se excavó, en los años del decenio de 1930, se consideró que esas edificaciones eran típicas de los anglosajones y, por tanto, una prueba de que estas gentes se habían apoderado de la región por la fuerza. No obstante, excavaciones más recientes, como hemos visto en Wijster, demostraron que la cabaña de suelo cavado ni era el tipo puro anglosajón ni estaba limitada al período migratorio; en sus tierras de origen, las viviendas de esos invasores bien pudieron ser edificaciones de tres alas, semejantes a las frisias.

La dramática destrucción de Ezinge no ha de ser necesariamente, pues, el resultado de una invasión de los anglos o de los sajones, por muy verosímil que parezca este hecho. Pero un fragmento de una saga escrita en inglés antiguo, *Fight at Finn's Burg* (Lucha en el burgo de Finn) se localiza en esta región. Finn Focwalding, jefe de los frisios, recibe la visita del hermano de su mujer, el jefe danés Hnaef. Se entabla una lucha y Hnaef muere, pero los daneses, bajo la dirección de Hengest, se apoderan de la vivienda de Finn y firman una tregua con los frisios. La disputa no había quedado zanjada y Hengest, tras recibir refuerzos, mata a Finn y a sus seguidores y vuelve a Dinamarca. La saga era antigua y conocida hacia el siglo VIII, porque en el poema épico *Beowulf* se cita un resumen de





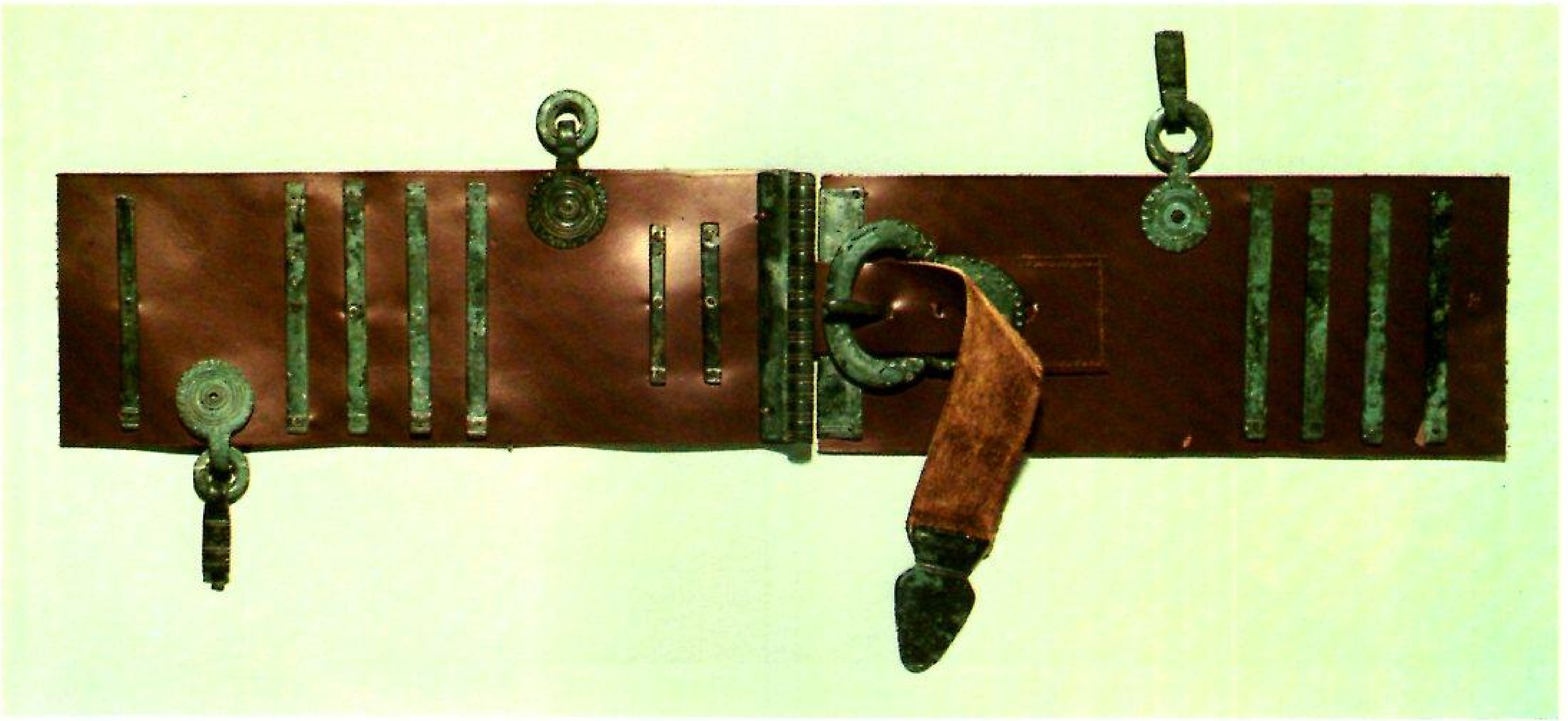
Elaborados broches de dos partes; datan del siglo VI y proceden de la comarca del Elba-Weser y de Frisia. En Inglaterra este tipo y otros posteriores se extienden desde Anglia oriental hasta Wiltshire. *Arriba:* Pieza dorada procedente de Collinbourne Ducis, Wilstshire; *abajo:* pieza de Haslingfield, cerca de Cambridge.

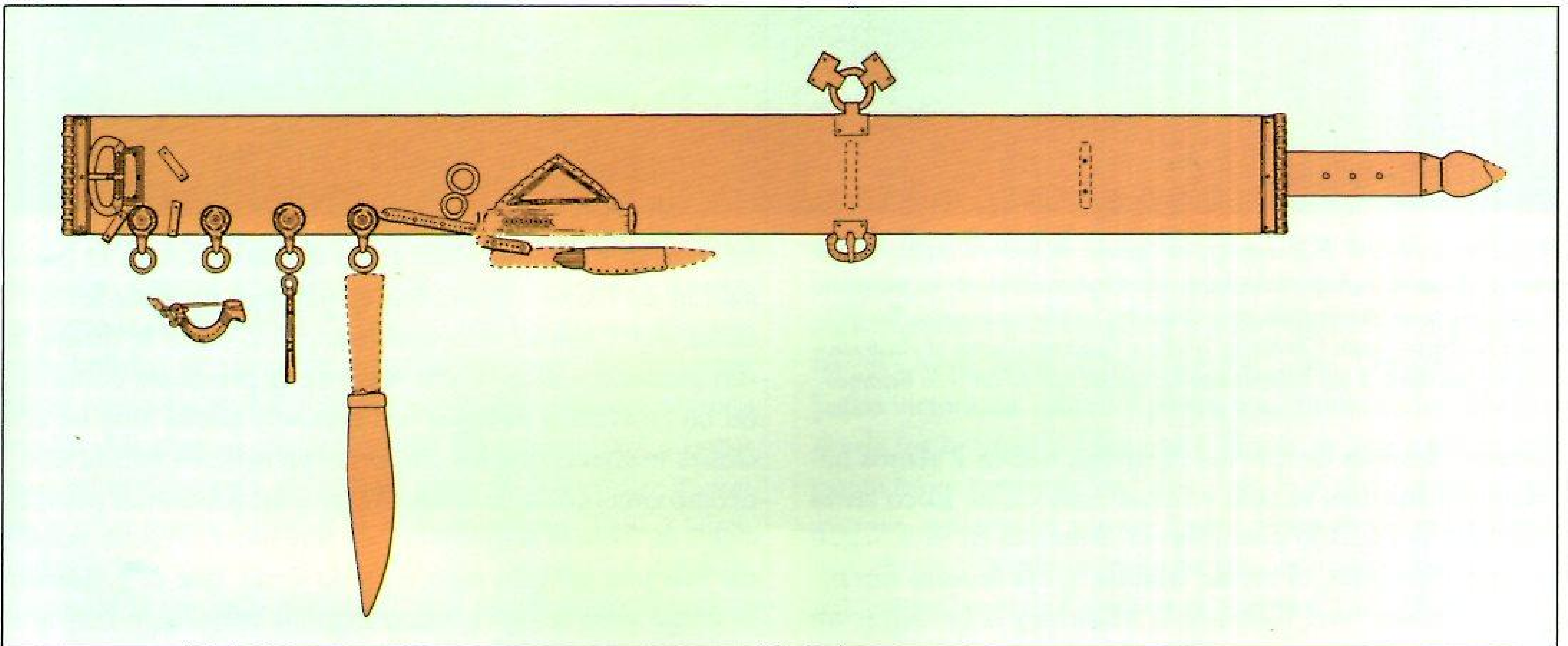
ella. No sabemos de cuándo data, pero la situación concuerda con un período de expansión hacia Frisia, en la primera mitad del siglo V.

Durante estos años se han fechado discontinuidades en la ocupación a lo largo de la costa del Mar del Norte. Los emplazamientos de aldeas quedaron abandonados: ningún caserío posterior se asentó en los complejos de Wijster, Feddersen Wierde o Gristede, datados en el siglo IV. Los cementerios de cremación del Elba y del Weser, en los que hubo miles de enterramientos durante trescientos años, pasaron a ser insignificantes no mucho después del 400, y sólo contienen unas pocas urnas de fines del siglo V. En esta misma época, desaparecen de pronto los depósitos votivos de las turberas danesas; los pocos que continúan revelan, en comparación, sólo un pobre goteo de objetos. El experto holandés Van Es ha dicho: «No nos sorprende. Los invasores anglosajones de Inglaterra tienen que haber llegado de alguna parte». Algunos de los pueblos del Mar del Norte se unieron a los desplazamientos francos y godos hacia Galia; un resultado de su actividad pudo ser la introducción en la costa del Mar del Norte de piezas de metal con decoraciones exuberantes, con motivos de origen clásico, porque hace poco se sugirió, y es verosímil, que era trabajo de artífices romanos que volvían con sus conquistadores a la zona del Elba y el Weser. Algunas de las tribus costeras se quedaron en las nuevas tierras, junto al confín de Galia. Otras, quizá la mayoría, pusieron su atención al otro lado del mar: en la provincia romana de Britania.

El fin de la Britania romana. Los piratas sajones no eran desconocidos en las costas de Britania y para rechazarlos se construyó, a fines del siglo III y durante el IV, una cadena de fuertes cuyos efectivos eran tropas que estaban al mando del «conde la costa sajona». Pero la amenaza mayor provenía del norte, donde la muralla de Adriano y sus puestos fronterizos formaron uno de los confines más fuertes del imperio. En el siglo IV el enemigo fue la confederación de los pictos, semejante a la de los francos o de los alamanes, que ocupó Escocia oriental y presionó a las tribus aliadas –o al menos más pacíficas– asentadas en el lado norte de las defensas romanas. Hacia esta época, la presencia de un peligro añadido se puede deducir de la construcción de fortificaciones costeras en el oeste, Cardiff y Lancaster, y de fuertes menores en el norte de Gales: su finalidad era impedir las incursiones piratas de los escotos de Irlanda.

A comienzos del siglo IV, esas incursiones estaba localizadas. En los años del decenio de 360, se multiplicaron los ataques y en 367 una ofensiva de los pictos, los escotos y los salvajes atacotos (quizá del oeste de Escocia) coincidió con una embestida de los sajones y los francos, a lo largo de la costa y contra la frontera renana. Se ha pensado que la operación se planeó en conjunto –el historiador contemporáneo Amiano Marcelino usó las palabras «conspiración bárbara»– y tuvo mucho éxito: uno de los generales del ejército de Britania murió e hicieron prisionero al otro. Con esfuerzo se reconstruyeron las defensas, pero los nuevos tratados no duraron más de un decenio: en 383 Magno Máximo, probablemente comandante del ejército britano, comenzó la que sería poco fructuosa usurpación del Imperio de Occidente; se llevó a Galia destacamentos importantes de su ejército, pero tal vez la provincia no quedó sin protección, porque en las casi legendarias genealogías de los jefes britanos de Gales, Máximo aparece como antepasado y, bajo el nombre de «Macsen Wledig», sobrevivió como héroe hasta la Edad Media; en el sur de Escocia, por esta misma época, se registra la presencia de jefes con nombres latinos. Ambos fenómenos son tal vez huellas de alianzas con los caudillos nativos; esta solución federativa (como vimos en los casos de los





Arriba: Cinturón hallado en la tumba de un guerrero descubierta en 1874 en Dorchester, Oxfordshire; sus adornos son típicos ejemplos del uniforme militar romano tardío; se usó para pasar correas y llevar elementos pequeños del equipo; es una banda ancha reforzada con láminas de metal. Aunque en general se encuentran en contextos romanos, a menudo estos cinturones parecen ser propiedad de aliados germánicos.

Centro: Cinturón militar romano tardío con puntos de sujeción para las correas, refuerzos y piezas de fijación. Reconstruido según un ejemplar procedente de una tumba de Rhenen, Países Bajos. Según J. Ypey.

francos y los visigodos) podía estar de acuerdo con las estrategias oficiales aplicadas a la defensa de las fronteras.

Después de la eliminación de Máximo, el gobierno imperial volcó su atención en los bárbaros del norte; el panegírico del poeta Claudiano, escrito en el 400 d. C., nombra a los pictos, escotos y sajones como al enemigo sometido entonces por Estilicón. Pero en las crisis ascendentes del decenio de 400, se perdió esa ventaja, porque era necesario defender Italia de los ataques de Alarico y sus visigodos. En 401 una legión que, en palabras de otro poema de Claudiano, había «puesto freno a los escotos y consultado los auspicios en las entrañas de los pictos», se llevó «desde los confines de Britania» para enfrentar a los godos. El ejército britano, poco a poco mermado por un gobierno cuya primera preocupación era la seguridad del norte de Italia, respondió instaurando por su cuenta una serie de emperadores. Los dos primeros, un soldado (tal vez un general) y un civil destacado, resultaron ser poco aptos y sus propios promotores los eliminaron. El tercero, el soldado Constantino, fue elegido en 407, inmedia-



El castillo medieval de Pevensey, en Sussex, se alza en medio de las gruesas murallas de la fortaleza romana de Anderida, en su momento sobre la costa, construida para defender las playas sajonas. En 491, según la *Anglo-Saxon Chronicle*, «Aelle y Cissa asediaron el *Andredesceaster* y mataron a sus habitantes; no quedó allí ni un solo britano».

tamente después de que los vándalos, suevos y alanos barrieran la frontera renana e invadieran Galia. Poco antes se habían producido disturbios en Britania: en 405, según fuentes irlandesas, el rey de Irlanda había muerto durante un combate en el Canal de la Mancha y la colonización irlandesa de Gales del sur y de Cornwall puede datar de esta época. Pero Constantino condujo sus tropas hacia Galia, como hemos visto, y estableció la capital de su efímero reino en la lejana Arles; no tenemos testimonio de que haya tomado medidas contra los escotos o los pictos.

En 410 los sajones atacaron Britania: la información, de un cronista casi contemporáneo, quizá sea fidedigna y el hecho puede haber desembocado en la última conexión oficial entre el gobierno del Imperio y la isla. El emperador Honorio (al parecer en respuesta a un pedido de ayuda) escribió a las ciudades britanas y les dijo que se ocuparan por sí mismas de su defensa. En su forma original, la carta pudo haber sido algo más solidaria que lo que sugiere esta mención escueta: ya en abril de 406 Honorio había escrito extensamente a las provincias, para recomendar una política de autodefensa y ofrecer la libertad a los esclavos que respondiesen a esta apelación. Ante la usurpación de Constantino, una ayuda algo mayor a los britanos leales habría sido oportuna. Si la carta se dirigió a «las ciudades», el gobierno legal de la provincia debía estar en rebeldía o disuelto y la reacción oficial ante las acciones militares que los civiles emprendiesen habría sido, necesariamente, la de salvaguardar a los habitantes provinciales de futuras acusaciones de traición y revuelta pública. No hay ningún motivo para creer que el gobierno imperial viera la ruptura con Britania como algo más que temporal. Por cierto, una lista del ejército, fechada en el siglo V, que aún registra las ya desaparecidas tropas y sus campamentos abandonados en la antigua provincia, implica que la burocracia imperial estaba preparada para el restablecimiento de la normalidad de gobierno. La erosión progresiva del control romano sobre Galia durante el siglo V hizo que ese deseo fuera cada vez menos realista.

Britania independiente. «Los romanos», según Procopio, el historiador bizantino del siglo VI, «nunca estuvieron en condiciones de recuperar Britania, que desde ese momento tuvo un gobierno de tiranos». Es bastante probable que los nuevos líderes fuesen propietarios de latifundios, hombres a los que elegían sus conciudadanos por su capacidad de patronazgo y por su actitud en tiempos del anterior sistema imperial. También es probable que los títulos que

adoptaron provinieran de la administración anterior y se basaran, al menos en la primera generación, en las magistraturas civiles más que en reinos hereditarios. Cada jefe habrá controlado sólo el territorio de su ciudad natal. Tal vez habrá destacado uno por encima de sus colegas de las capitales de otros cantones, idea que se funda en el predominio dado a cierto Vortigern en nuestros textos. Es posible que se hayan desarrollado las facciones: existen indicios de disputas religiosas y sociales. Pero nuestro cuadro de la política interna de la perturbada mitad de siglo, tras el 410, se funda sobre todo en presunciones, una circunstancia infortunada, porque en este período se produjeron varios cambios interesantes. Se debilitaba la amenaza de los pictos, que durante tanto tiempo oprimiera a la Britania romana; los escotos, convertidos para entonces al cristianismo por los esfuerzos de san Patricio, a quien en un primer momento tomaron como rehén, ponían su interés fuera de la provincia y empezaban la colonización de la costa oeste del territorio al que dieron nombre, Escocia. Parece posible una restauración del ejército britano y así lo sugieren las palabras escritas un siglo después por el monje britano Gildas: «La isla se hizo rica; la abundancia de bienes superaba el recuerdo de cualquier tiempo pasado. Pero, con la prosperidad, aumentó la lujuria [decadente]».

La brecha que hay en los testimonios escritos se cubre, en parte, gracias a la arqueología. A lo largo de la frontera romana desde Rumania hasta Yorkshire, se han reconocido hebillas de cinturón y guarniciones de diseño semejante como parte del equipamiento del ejército romano tardío. Muchas se encuentran en las tumbas de los hombres enterrados con sus armas, según la costumbre bárbara, y unas pocas, fuera de la zona fronteriza. Quizá fabricadas sobre todo en los talleres del Danubio y del Rin, datan de la segunda mitad del siglo IV. Algunas versiones más bastas y más estilizadas que se hallaron en Inglaterra se consideran tipos derivados, hechas para el uso de unidades locales. No está claro cuánto tiempo prosiguió su elaboración: una de esas hebillas, procedente de la tumba de una mujer y acompañada por broches de comienzos del siglo VI, puede haber tenido cien años cuando la enterraron. Los broches britanos producidos en la provincia sin duda datan de fines del siglo IV, al parecer aún tenían uso militar en el primer cuarto del siglo V y pueden haber seguido de moda hasta unos pocos años después. Los puntos en que se los ha encontrado son reveladores: dentro o cerca de ciudades del sur de Inglaterra, en unas pocas villas romanas, en especial del sur y el oeste, y asociados con caseríos germanos del sureste de Inglaterra. En realidad, parece que los usaron las tropas estacionadas para proteger el sur de Inglaterra ante los ataques bárbaros.

Es de suponer que los germanos estuvieran entre esas tropas, porque el ejército romano tuvo muchos soldados de origen bárbaro. En el este de Inglaterra, la cerámica romana que al parecer imita diseños de Germania septentrional quizá estuviera destinada a ese mercado bárbaro. Se encontraron tumbas de mujeres con adornos germanos asociadas con algunos enterramientos de guerreros, lo que da testimonio del establecimiento de comunidades germánicas. Pero la presencia de estos grupos al servicio de los romanos desdibuja la diferenciación arqueológica entre soldados imperiales e invasores bárbaros. Fuera cual fuese su origen, se podría suponer que esas tropas defendían sus tierras de una agresión exterior y el principal peligro lo constituían los pictos y no los sajones ni los anglos. San Germán de Auxerre, obispo galo llegado a Britania por asuntos eclesiásticos, que en épocas anteriores había sido soldado, en 429 obtuvo una victoria sobre un ejército aliado de pictos y piratas sajones. Los pictos seguían siendo la amenaza probable una generación más tarde, cuando se llevó a Kent, en el sureste de Inglaterra, un cuerpo de anglos, que allí se asentaron como federados.

Hengest y Horsa. Mucho después, los compiladores de la gran *Anglo-Saxon Chronicle* (Crónica anglosajona) fecharon la llegada de sus antepasados a Inglaterra en años posteriores al de 449. Según la tradición, tres naves llenas de mercenarios, invitados por el régulo britano Vortigern, arribaron a Kent, donde se les otorgaron tierras. Después de campañas victoriosas sobre los pictos, esos mercenarios, al mando de los hermanos Hengest y Horsa, se volvieron contra quien hasta entonces les había pagado y, con nuevos inmigrantes, asolaron el sureste inglés. Hengest no es un nombre común y puede ser más que una coincidencia que el jefe del grupo danés de Frisia, en el poema *Fight at Finn's Burg*, también se llame Hengest, porque en Canterbury, localidad de Kent, se encontró cerámica de origen frisio en las excavaciones, mientras la tradición, algunas piezas de cerámica y quizá diseños de objetos de metal establecen una conexión entre Kent y Jutlandia. Pero ese poblado de Kent, ya sea de mediados del siglo V o (como dicen implícitamente los cronistas galos) del decenio de 430, no tiene que haber sido la colonia más antigua de las tribus germanas en Inglaterra: en Sancton, de Yorkshire, y en Caistor-by-Norwich, de Norfolk, el descubrimiento de urnas cinerarias de tipos fechados a fines del siglo IV sugiere que allí, no después del siglo V, se asentaron grupos bárbaros lo bastante amplios como para conservar sus propias costumbres fúnebres.

En los poblados existe un esquema. Hacia el fin del siglo IV se encuentran tumbas militares con elementos germánicos; hay que pensar que sus ocupantes fueron los



Grupo de broches ingleses platiformes (de disco) del Museo Ashmoleiano de Oxford. Los más antiguos, con motivos geométricos se encuentran en la zona interna de las Midlands meridionales; los tardíos, zoomórficos (los de la extrema superior izquierda) proceden de la costa este. Fines del siglo V y siglo VI.

sostenedores del poder romano. Hacia la misma época, o algo después, más al este, sobre la costa inglesa del Mar del Norte, existen señales de bárbaros cuyas relaciones con el imperio eran débiles: en sus ritos funerarios, su cerámica y sus trabajos de metal, muestran estilos que recuerdan los de la Germania libre y Jutlandia. Como los federados continentales visigodos o francos, su papel fue defensivo al comienzo; se podría suponer que, como sus pares del continente, en el curso del siglo V fueron adquiriendo más independencia a medida que la supremacía romana se debilitaba, hasta el momento en que se sintieron capaces de rechazar ese dominio y afirmar su poder.

En Galia el cambio se produjo en los decenios de 450 y 460, cuando los visigodos y los francos, tras la muerte de Aecio, se apoderaron de partes de esa provincia. En Britania un intento semejante pudo producirse unos pocos años antes: las crónicas galas registran que, a principios del decenio de 440, Britania «pasó a manos de los sajones». Es un dato algo exagerado, pero pocos años más tarde –según cuenta el escritor britano Gildas, del siglo VI– los britanos pidieron ayuda a Galia: «Los bárbaros nos empujaron hacia el mar y el mar nos arrojó otra vez hacia los bárbaros. Entre esas dos formas de muerte, terminamos asesinados o ahogados». La fecha de la carta quizá era 446 o 447, y el destinatario de la súplica casi con certeza Aecio, que tuvo sus propios problemas con los bárbaros en Galia y pronto estaría enfrentado a Atila y los hunos. De Britania no recibió ninguna ayuda y en los años siguientes la *Anglo-Saxon Chronicle* registra una serie de derrotas britanas a manos de Hengest y Horsa. Las fuentes, galas, sajonas y britanas, se refieren a los mismos acontecimientos, al parecer: a la rebelión de los nuevos federados de Kent y a su conquista de partes del sureste de Inglaterra. El resultado se sentiría en Galia, porque en el decenio de 460 amplios cuerpos organizados de exiliados britanos se unieron a los galos contra los visigodos y los sajones y se establecieron en el este de Bretaña y Normandía, donde se les recuerda en el moderno topónimo de Bretteville. Hacia fines del siglo quedaron absorbidos en el reino en expansión de los francos.

La recuperación britana. Pero en contraste marcado con la rapidez de la caída de Galia, los progresos de los invasores bárbaros de Britania fueron lentos. Al cabo de casi medio siglo de conflictos (tiempo en el que los francos consiguieron apoderarse de Galia desde el Rin hasta los Pirineos), aún había combates en Sussex y Hampshire, a menos de 160 km de los poblados de Kent. Las razones de este fracaso comparativo son inciertas. Quizá los invasores anglosajones hayan sido muy pocos como para asentarse con facilidad en los territorios que dominaban; es probable que la resistencia de los britanos fuese obstinada.

A fines de este período de conquista limitada y de frecuentes incursiones en pequeña escala, los invasores sufrieron una derrota decisiva en una fecha cercana a 500, en el asedio de Mons Badonicus, una batalla que en la tradición posterior se asociaría con el nombre de Arturo. El sitio no se localizó con exactitud pero parece haber estado en la zona suroriental de Inglaterra, quizá cerca de Bath o en una de las colinas fortificadas de Dorset, llamada Badbury, bastante al oeste del anterior conflicto registrado. Una campaña tan lejos de la propia tierra tiene que haber implicado a gran número de hombres, cuya derrota habrá detenido las invasiones. Cuarenta y cuatro años más tarde, Gildas decía de esta batalla de Mount Badon que fue «casi la más reciente y no la menor de las matanzas» de anglosajones y explica que esa victoria llevó a los britanos una relativa paz, de la que aún disfrutaban cuando él escribe su relato.

La arqueología aporta algunas confirmaciones al respecto. Entre el Elba y el Weser, mientras se iniciaban las migraciones, había aumentado el gusto por la cerámica con resaltes protuberantes y decoración estampada. A medida que el estilo se desarrollaba, hacia fines del siglo V y durante el VI, en el diseño predominaba un aluvión de ornamentaciones estampadas y moldeadas. Estos tipos, que se pueden atribuir a la segunda mitad del siglo V, se encuentran en Inglaterra en cementerios situados desde

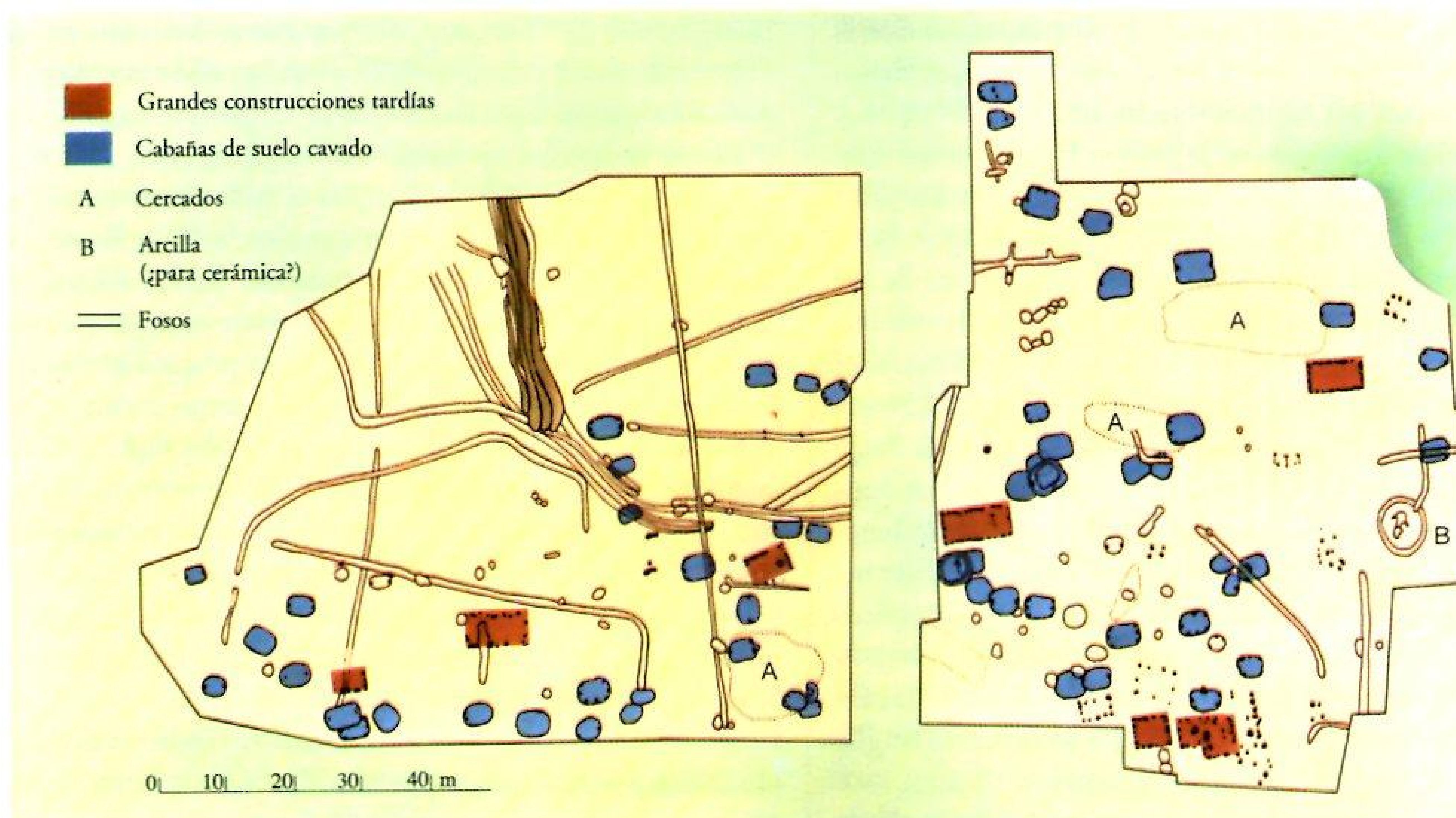
Yorkshire, al norte, hasta Surrey, en el sur, y se extienden hacia occidente por la cuenca del Támesis superior, hasta Oxfordshire y Berkshire. El tipo más moderno, que debe datar del medio siglo posterior a Mount Badon, se halla en el este de Inglaterra pero no en la zona del Támesis superior, donde es muy difícil encontrar cualquier objeto anglosajón fechado en la primera mitad del siglo VI. En realidad, parece que la ocupación de estas comarcas se interrumpió en esos años de paz descritos por Gildas. También hay indicios de que se estableció mediante un tratado una división del territorio, porque Gildas lamenta que en la siguiente generación algunos de los santuarios fueran ya inaccesibles a causa de la «división lamentable que se acordó con los bárbaros».

Parece ser que esa paz fue más lamentable para los bárbaros que para los britanos. En cementerios de la zona que va del oeste de Francia hasta Bélgica, se encontraron objetos de metal de la zona de Kent y de tipo anglo. Muchos topónimos del noreste de Francia parecen ser de origen inglés. El historiador bizantino Procopio, contemporáneo de Gildas, da una explicación: «tan grande era el número de habitantes britanos que todos los años emigraban



Derecha: Jarra de pico con adorno de garras, hallada junto a broches cruciformes tardíos, en una tumba de Mucking, localidad de Essex. Mediados del siglo VI.

Abajo: West Stow, poblado de Suffolk, una aldea fundada a principios del siglo V y que sobrevivió durante 250 años. Las cabañas de suelo cavado pertenecen a fases distintas y las grandes construcciones también pueden ser de diversos períodos. Según S. E. West.



muchos con sus familias a tierras de los francos, quienes les entregaban las regiones yermas de su territorio». Menos digno de confianza, el monje germano Rudolf de Fulda habla de un desembarco sajón en el estuario del Elba y de la conquista posterior; la fecha del incidente que apenas se recuerda es la de 531 d. C., en concordancia con el relato de Procopio. Estos asentamientos anglosajones del norte de Galia y la repoblación de las tierras sajonas originarias en el Elba integran un mismo movimiento: después del fracaso aparente de la conquista de Britania, a comienzos del siglo VI, muchos de los inmigrantes abandonaron el intento y volvieron al continente.

La consolidación anglosajona. Esas evacuaciones eran prematuras, porque después de varias campañas (probablemente alargadas en exceso por los compiladores de la *Anglo-Saxon Chronicle*), a mediados del siglo VI, los ingleses se expandieron hacia Wiltshire, al sur de Inglaterra, y así comenzó la última y victoriosa etapa de la invasión. Cynric, el nombre del general vencedor, es celta y no germánico; puede haber sido un jefe britano, comandante de un grupo de guerreros local y la mención escueta de sus batallas en la *Chronicle* oculta sin duda una situación más confusa que el simple enfrentamiento de las fuerzas británicas y anglosajonas.

El relato histórico de esos años de invasiones se debe sobre todo a Beda, un monje de Northumberland que vivió en el siglo VIII y que fue el más grande historiador de la Edad Media. En un pasaje famoso dijo de los invasores que provenían «de tres de las naciones más fuertes de Germania: los sajones, los anglos y los jutos», cuyas tierras de origen localizó y cuyos descendientes identificó; de los sajones nacieron los sajones orientales, meridionales y occidentales; de los anglos se derivaron los anglos del este, los del centro, los mercios y los nortumbrios; de los jutos procedían el pueblo de Kent y el de la Isla de Wight. Beda consideró los orígenes de los ingleses en términos de los reinos establecidos en sus días. Sin embargo, los movimientos que se produjeron en el continente durante el siglo V habían introducido en las costas del Mar del Norte a pueblos oriundos de diversos lugares. La travesía hacia Britania fue gradual y los grupos migrantes llevaron consigo culturas materiales cuyos elementos eran muy heterogéneos; en los nuevos territorios, en los enterramientos de esos emigrados, se depositaron vasijas y broches típicos de la comarca sajona del Elba, junto a utensilios semejantes a los de Anglia y Fyn: los objetos «sajones» de las fases iniciales de la migración se pueden adjudicar a Anglia oriental, tanto como los enseres «anglios» a Wessex.

Quizá hayan cruzado el mar grupos colonizadores



Estructura de una casa de los últimos niveles de la ciudad romana de Wroxeter. Incluso con una carpintería más elaborada que la reconstruida aquí, la estructura parecería bastante primitiva junto a las ruinas de los edificios públicos romanos.

amplios y organizados, con una cultura uniforme, y lo que sabemos de los puntos de ocupación contemporáneos es poco aún como para extraer conclusiones firmes acerca de su naturaleza. Sin embargo, hasta hoy los descubrimientos sugieren que los primeros poblados eran pequeños y estaban fragmentados. El mayor de los conocidos, la aldea de Mucking, junto a la desembocadura del Támesis en Essex, no llegó a tener más de 200 cabañas de suelo cavado, no todas de la misma época, y una o más casas rectangulares. Pero aun así tal vez Mucking haya sido excepcional; en sus orígenes pudo ser un asentamiento militar para la vigilancia del Támesis, porque allí se hallaron varios objetos de metal militares de fines del período romano; es probable que se haya desarrollado, como lo sugirió hace poco su excavador, a modo de «campamento de paso» durante las migraciones. Tal vez el más típico entre los nuevos poblados haya sido el caserío de West Stow, en Suffolk, donde la excavación total del paraje descubrió unas seis casas rectangulares y grupos de cabañas de suelo cavado, conjunto identificado como propiedad de sólo seis unidades familiares. Asimismo, los cementerios sugieren que los inmigrantes se establecieron en grupos pequeños, porque pocos contienen más de 200 tumbas pertenecientes a un mismo siglo: aun si asignáramos cuarenta años a una generación, esos enterramientos, en contraste abierto con los grandes campos de urnas de Germania, tienen que haber sido los de poblaciones locales que se contarían por decenas y no por cientos de habitantes.

Fuera de las áreas más densas de los villorrios ingleses de la costa este, unos grupos tan reducidos habrán estado bajo el dominio de sus vecinos britanos. Algunos, como

en tiempos del imperio, fueron mercenarios, ya que hacia 540 Gildas repite la protesta, al parecer contemporánea, de que los britanos no tendrían que fiarse para su defensa de los *foederati*, de sus aliados bárbaros. Conocemos las actividades de Cynric en Wiltshire hacia el 550, porque los siguientes régulos sajones de Wessex lo consideraron fundador de su dinastía y conservaron sus tradiciones. En todas partes deben haberse olvidado movimientos locales como éstos y no hay documentación sobre los orígenes de los grandes reinos de la región de Midlands. A mediados del siglo VI, en el extremo norte, un señor guerrero llamado Ida fortificó el peñón de Bamburgh; de este personaje se dijo: «de él nació la raza real de los nortumbrios». El nuevo reino de Ida era exiguo, una pequeña franja de la llanura costera nororiental, y se mantuvo con dificultad ante las agresiones britanas. Los anglosajones de Yorkshire, que por entonces llevaban un siglo y medio en ese territorio, siguieron sometidos a los régulos britanos de York hasta el decenio de 580 y, al parecer, no desempeñaron ningún papel en la lucha hasta que sus jefes murieron a manos de los descendientes de Ida.

Desde esos orígenes insignificantes en los decenios centrales del siglo VI, los principados recién establecidos se expandieron con rapidez a expensas de sus vecinos britanos o ingleses. Los testimonios escritos son sajones occidentales y ponen énfasis en el papel importante de los jefes locales Cynric y su sucesor Ceawlin. Pero hay evidencias de que el impulso provenía de Anglia oriental, porque los tipos de cerámica oriundos de Norfolk y Suffolk se esparcieron durante los años finales del siglo VI a través del alto Támesis y Midlands hasta Gloucestershire y Warwickshire por el oeste. La sobrepoblación de las costas de Anglia oriental tiene que haber sido extrema. Mucho más tarde, Beda señalaba que, por las migraciones, del distrito anglio de Jutlandia «se dice que quedó deshabitado hasta el presente». No se han encontrado en esta zona grupos de tumbas ni ha habido hallazgos casuales y ya hemos visto que los depósitos rituales daneses de las turberas fueron desapareciendo a lo largo del siglo V: sólo uno, el de Kragehul en Fyn, es posterior a 500 d. C. y su última ofrenda ha de haber sido de una repoblación. Hacia 550, Procopio afirma que la región que mediaba entre los baltoeslavos y los varnos del norte de Jutlandia era un desierto. Sus habitantes emigraron a Inglaterra y entre los que se marcharon estaba la propia familia real anglia: los reyes de Anglia se contaban entre los antepasados de la monarquía de Mercia.

Cynric obtuvo sus victorias sobre los britanos. En el 568, su sucesor Ceawlin derrotó a las fuerzas inglesas comandadas por cierto Aethelbert, quizá el régulo de Kent conocido por ese nombre. En el decenio de 570, en compañía de Cutha (del que se dice que era su hermano), Ceawlin incorporó a su reino las regiones sajona y britana de Midlands meridional y del Alto Támesis. En 577, un ejército aliado en el que también estaba Ceawlin derrotó y mató a los «tres régulos britanos», en la lejana zona oeste, y tomó las ciudades de Gloucester, Cirencester y Bath.

El colapso britano. Mientras los testimonios arqueológicos de la expansión anglosajona de estos años crecen sin pausa, los de la supervivencia britana en la zona más oriental son escasos; las excavaciones hechas en las ciudades tomadas en 577 no consiguieron localizar vestigios de ocupación después del siglo V. Es verdad que se trata de un problema general, porque los enseres por los que los arqueólogos del período romano acostumbran a identificar las culturas romanobritanas desaparecen a principios del siglo V. Después del 400, apenas si entró en Britania un simple puñado de monedas; hacia el 425, la industria cerámica romana había desaparecido, quizá por motivos económicos derivados de la ruptura del anterior sistema sociopolítico. Las piezas hechas a mano, que reemplazaron a las de fabricación industrial, son difíciles de datar e incluso de diferenciar de los tipos sencillos prerromanos o sajones. Hasta el presente, sólo en unas pocas ciudades romanas se obtuvieron pruebas de continuidad de alguna clase de ocupación a lo largo del siglo V: en St. Albans, al norte de Londres, grandes edificios que datan de mediados del siglo V; en Wroxeter, sobre el límite con Gales, las huellas apenas visibles que dejaron construcciones de madera por encima de los últimos niveles romanos; en Canterbury, Kent, las cabañas de suelo cavado junto a calles romanas y en otros sitios, menos que esto. Un poeta sajón anónimo anotó más tarde sus impresiones sobre una ciudad romana, tal vez Bath:

Vigas rotas, torreones derruidos,
los yunques, obra de Gigantes,
oxidados. La helada erosiona las torres de las puertas,
la helada sobre el mortero.
Destrozados los blasones, caídos los tejados,
el tiempo los está minando...

La decadencia avanzaba a principios del siglo VI. Gildas se lamentaba: «Nuestras ciudades aún no están ocupadas como lo estuvieron; incluso hoy son míseras y desiertas ruinas». Aunque quizá haya exagerado, es evidente que casi toda la cerámica llevada a Britania en esos primeros siglos posromanos no se encuentra en las ciudades sino en

los monasterios y en las pequeñas fortalezas de montaña del occidente celta. Los centros de influencia estaban cambiando.

En poco más de una generación, de 550 a 580, cayó el poder britano y no se conserva ningún texto de la época que explique esa caída. Gildas murió antes de la conquista final, tal vez en 572, y su único tratado existente hoy se refiere a una etapa anterior, al tiempo de la paz inquieta de los decenios de 530 y 540. Pero sus palabras anunciaban el desastre: gobernaban a los britanos reyezuelos «hundidos en el asesinato y el adulterio» que, dando la espalda a Dios, se habían vuelto hacia «el Enemigo de toda la humanidad». En su homilía habla de feudos, de rivalidades dinásticas que suscitan el asesinato, de la fragmentación de los *Cymry* («los ciudadanos compañeros», como aún ahora se autodenominan los galeses) en míseras monarquías, impotentes para resistir los ataques enérgicos de los invasores ingleses, que comenzaron en los años siguientes al de 560.

A comienzos del siglo VII, se establecieron los límites de los nuevos reinos ingleses, los reinos de Beda. Las antiguas comarcas orientales de colonización, Anglia oriental, en Kent, y las tierras de los sajones del este (Essex) y de los sajones del sur (Sussex) conservaban su importancia, aunque de poco alcance. Los territorios nuevos, los reinos de los nortumbrios, el reino de las tierras centrales de Mercia y el reino meridional de los sajones occidentales, en Wessex, eran extensos en comparación y la masa de su población debe de haber sido de britanos sujetos al dominio inglés. Incluso en Kent la ley se ocupaba de las clases de siervos; en Wessex las clases pobres tenían propietarios de parcelas importantes: el nombre inglés que se les aplicó era el de «extranjeros», *Wealh* o *Wylisc*, «galés».

Los britanos que permanecieron fuera del control anglosajón quedaron confinados en las tierras altas del suroeste, Gales y el noroeste; durante el siglo siguiente, sus horizontes se estrecharon y la cooperación entre ellos contra los ingleses se convirtió en un hecho excepcional; en su momento, hasta sus idiomas evolucionaron por separado. Se sabe que hubo refugiados de las tierras bajas, que tal vez llevaron hacia Escocia suroccidental, y de allí a Gales, la tradición del conflicto britano del norte, datado hacia el 600 d. C., con el surgimiento del reino de Northumbria, el poema épico *The Gododdin*, en el que «trescientos hombres cabalgaron y hubo una matanza. Aunque fueron acuchillados, también ellos acuchillaron y habrá que honrarlos por siempre, hasta la consumación de los tiempos». *The Gododdin* debe poco al mundo romano: su sociedad es una aristocracia guerrera cuyas normas de excelencia difieren poco de las de los anglosajones a quienes se oponían. En la Europa continental, el asentamiento bárbaro fue rápido y los conquistadores, muchos de ellos ya cristianos, heredaron y conservaron la administración, la ley y la lengua romanas. Pero durante la prolongada invasión de Britania, esa continuidad quedó rota y la fuente de la civilización romana se perdió. La aparición de una Inglaterra que era a la vez bárbara y pagana fue una consecuencia no prevista de la larga resistencia victoriosa ante los invasores.

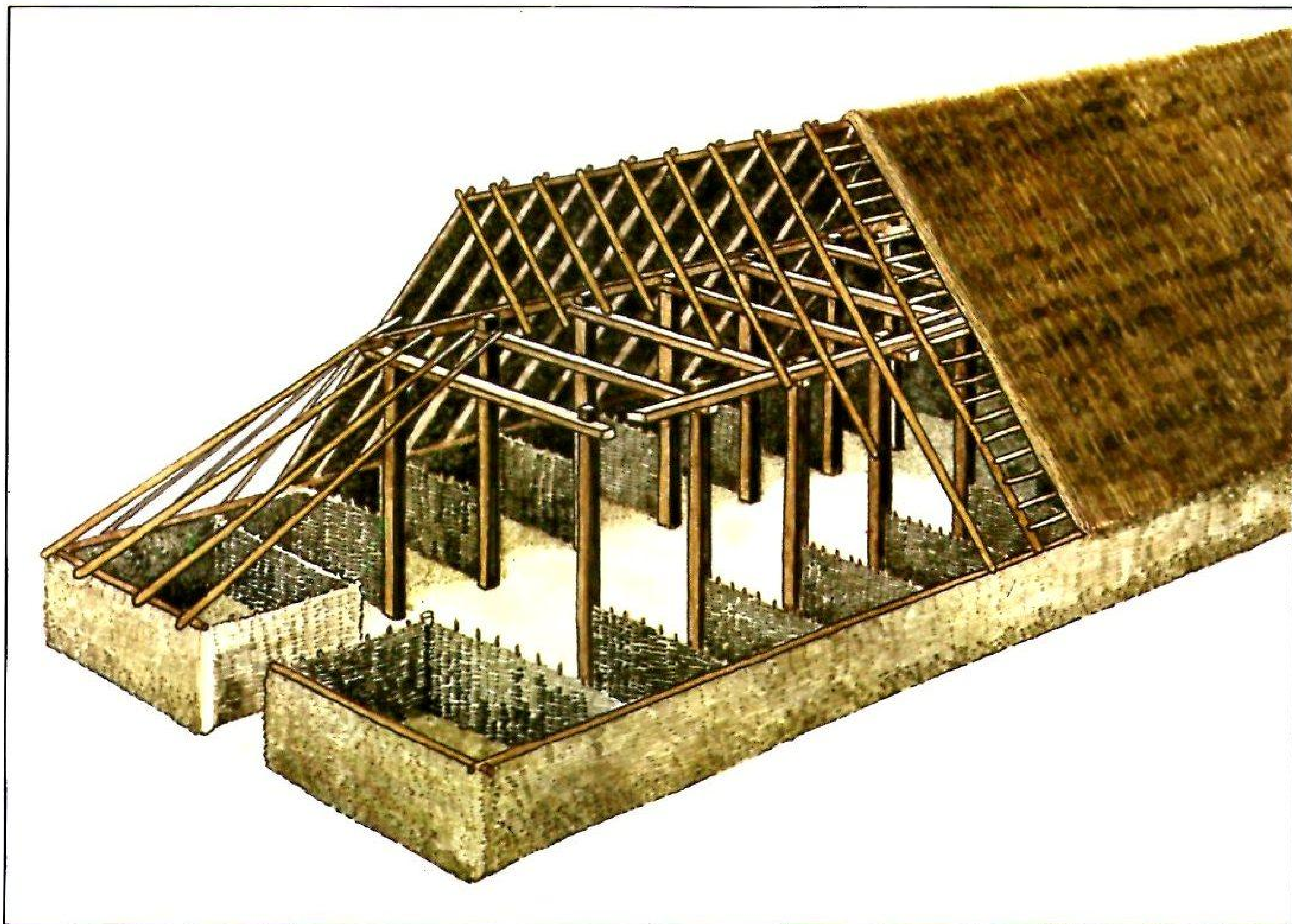
Poblados y casas

Las casas de la Europa bárbara se construyeron sobre todo de madera y sus restos son, por tanto, muy escasos. Los arqueólogos se encuentran, por lo común, con hileras y grupos de pozos para postes, zanjas para las bases de vallas o muros y manchas que señalan los puntos en que las maderas se pudrieron. En pocos yacimientos la estratificación es tan precisa como para que los niveles del suelo permitan separar estructuras de distintas fechas y determinar el momento en que se cavó cada pozo, lo que autorizaría al excavador a establecer un calendario del yacimiento: esta situación es de desear pero poco probable.

Aun cuando los planos del suelo y el calendario se hayan establecido, el estudio queda incompleto sin una determinación de cuál era la función del lugar. Tal interpretación exige la reconstrucción imaginaria de las partes superiores de los edificios, hace tiempo desaparecidas, partiendo de los pozos destinados a los postes, un proceso cuya metodología no se ha formulado, y tal vez nunca se formule, con precisión y sin controversias. Algunas claves provienen de las partes inferiores de las paredes de unas pocas estructuras salvadas de la pudrición en terrenos inundados. Otros testimonios, más discutibles, provienen de edificios conservados en una región (normalmente del siglo XII o posterior) porque se puede afirmar que son la culminación de un desarrollo de los estilos tradicionales, de los que hay evidencias (sólo pozos para postes) de ejemplos anteriores.

Entre las primeras casas bárbaras identificables está la cabaña de suelo cavado o *Grubenhaus*: un foso de 3 o 3,5 m por 2,5 m y de 60 o 90 cm de profundidad y, por encima, una estructura dispuesta sobre postes que se alzan en los bordes del foso. La reconstrucción tradicional (*abajo*, de West Stow, Suffolk) tiene aspecto primitivo, poco espacio interior, poca altura y menos comodidades.







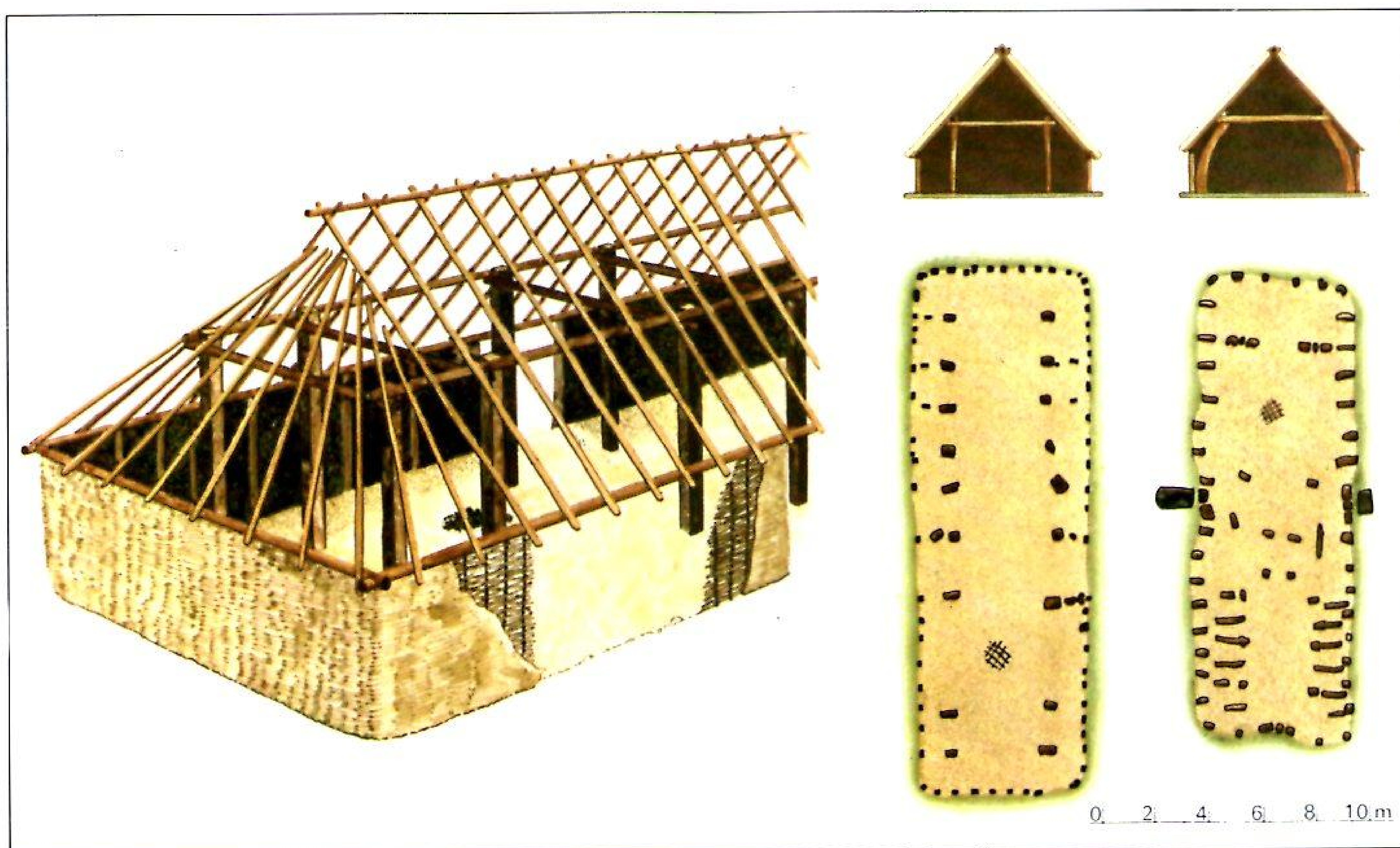
Ejemplos de cabañas de suelo cavado se encontraron en parajes de la Germania de la Edad del Hierro romana, y son comunes durante el período de migración en buena parte del norte de Europa, pero se encuentran fuera de la corriente principal de las construcciones tradicionales. Desde el cuarto milenio a. C., a través de la prehistoria (y en regiones germanas hasta el siglo actual), la planta corriente de una casa en Europa central y septentrional ha sido un amplio espacio rectangular, en ocasiones de más de 30 m de largo, cuyo techo se apoyaba en dos o más hileras de postes. Una reconstrucción de un ejemplo este tipo, hallado en Feddersen Wierde, cerca de la localidad alemana de Bremerhaven (*arriba*, según el plano de W. Haarnegel), muestra la parte inferior de una larga casa con divisiones para animales. Como en el caso de muchas de las casas de Feddersen, las paredes y los establos se conservaron hasta la altura del alero.

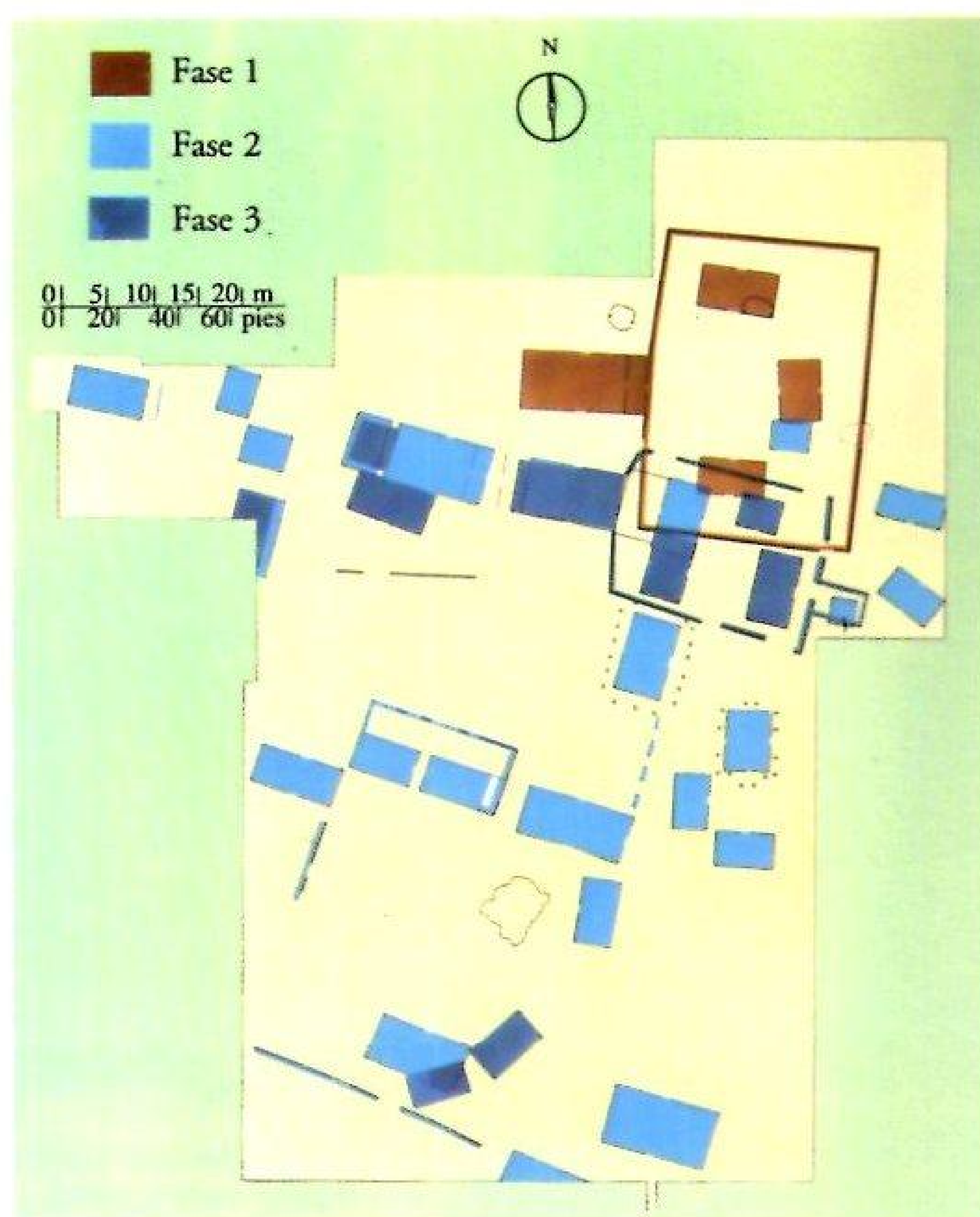
Izquierda: En West Stow, localidad de Suffolk, el perímetro de algunas cabañas de «suelo cavado» resultó ser mayor que el del foso. En esos casos, se supone que el pozo era un sótano o cavidad cubierta por un suelo de madera. La «cabaña» reconstruida es, pues, una edificación mucho mayor que la tradicional choza de suelo cavado.

Derecha: Cabaña de West Stow, que ya no es de «suelo cavado» sino de aspecto semejante a ese modelo, durante el proceso de reconstrucción. No es seguro cuántas otras *Grubenhäuser* de otros sitios pueden interpretarse de esta forma y algunas fueron sin duda cobertizos, tal vez usados sólo como talleres.



Abajo: La aldea holandesa de Wijster (ocupada entre los siglos II y V d. C.) muestra algunas variantes de la planta de alas corriente. Los «extremos para animales» de las construcciones son de diseño normal; en el «extremo vivienda», la disposición de los pozos para postes muestra que se incorporaron algunas modificaciones en la estructura del techo. Las más sencillas *(izquierda y centro)* carecen de un par de apoyos junto al hogar. Una versión distinta *(derecha)* omite casi todos los soportes interiores en el extremo vivienda y los reemplaza con postes dobles junto a las paredes. Van Es sugiere que se trata de *crucks* (maderos curvos que se unen en el caballete), pero esto dificulta la reconstrucción del techo y el dibujo muestra que las vigas están apoyadas en brazos curvos, los *crucks* básicos de los edificios medievales. Según planos de W. Van Es.



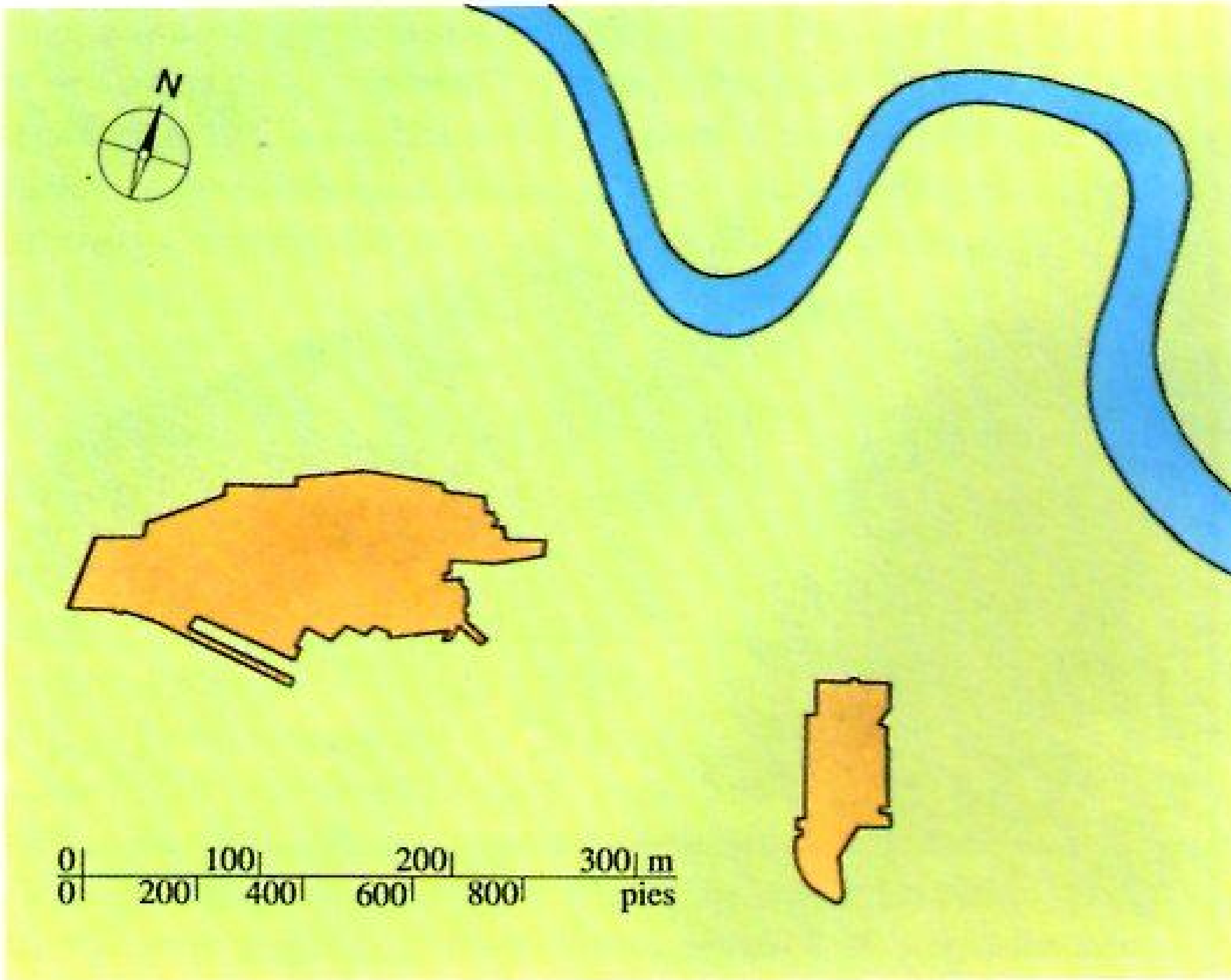




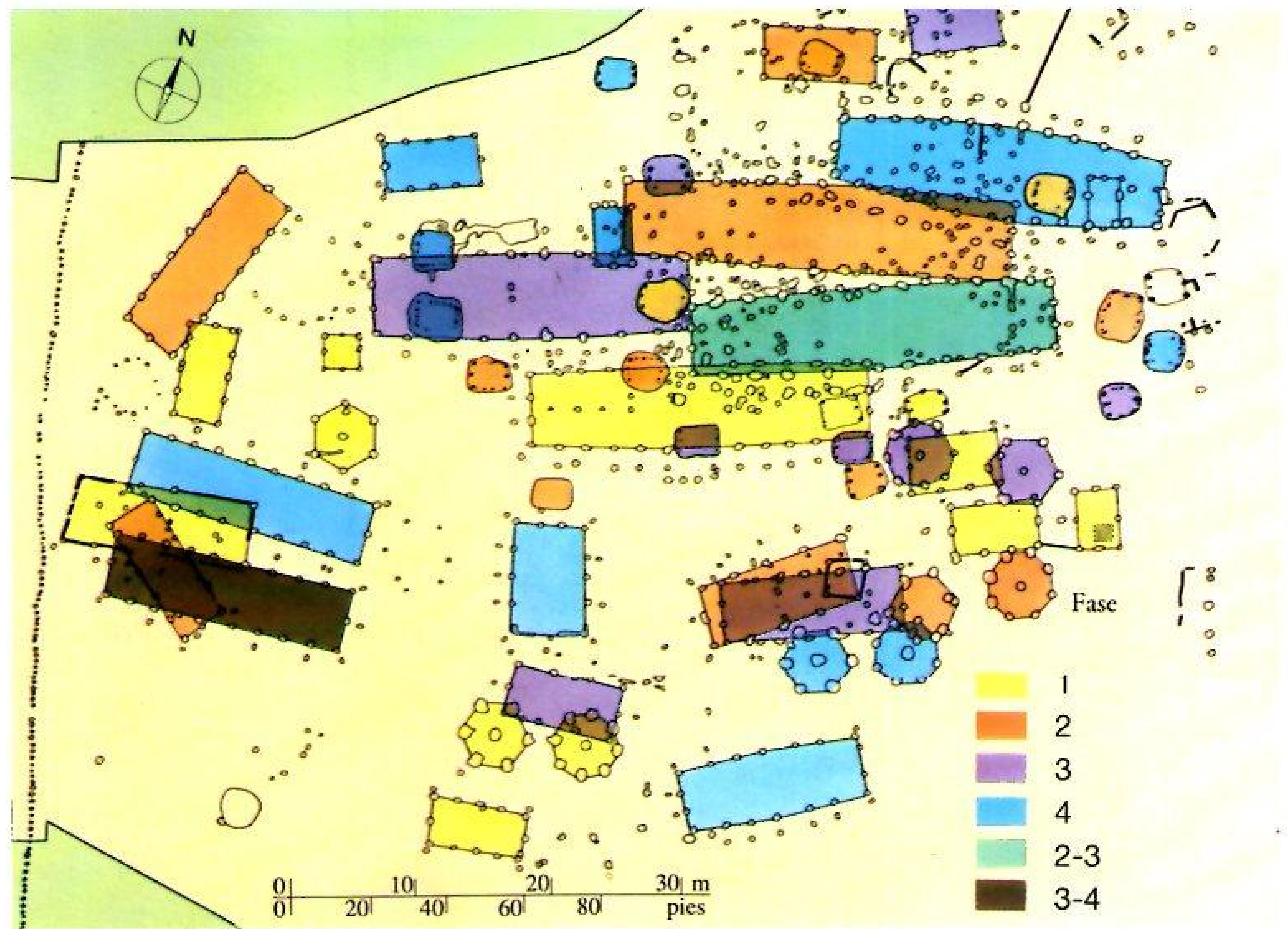
Durante muchos años, en Inglaterra sólo se descubrieron *Grubenhäuser*, pero excavaciones recientes desenterraron construcciones rectangulares y aldeas de trazado complejo, comparables con las del continente. En Chalton, localidad de Hampshire, parte de una aldea de varios períodos no incluye más que dos *Grubenhäuser* entre sus construcciones de postes. Algunos de los edificios integran grupos encerrados dentro de vallas *(arriba)*. Las distintas fases del paraje determinadas por el excavador, que se muestran en el plano (*izquierda*, según P. Addyman y T. Champion), son hipotéticas.



Derecha: Las edificaciones asentadas en postes de Chalton (aquí reconstruidas), en West Stow, y de la aldea de Catholme, Staffordshire, que en la actualidad se está excavando, tienen marcadas diferencias respecto de las construcciones continentales. Hasta hoy no se han encontrado casas divididas en alas en Inglaterra, porque los edificios ingleses tienen sus postes contra los muros y carecen de soportes internos. El ejemplo de Wijster sugiere que en el siglo IV se intentó liberar el interior de algunas casas de los postes de las alas, y en el continente se conocen algunos edificios pequeños sin divisiones. Pero la ruptura abrupta con la tradición en las construcciones inglesas, y la regularidad de sus plantas, señalan la posibilidad de que no representen la tradición germánica sino la romanobritana. Según R. Warmington.

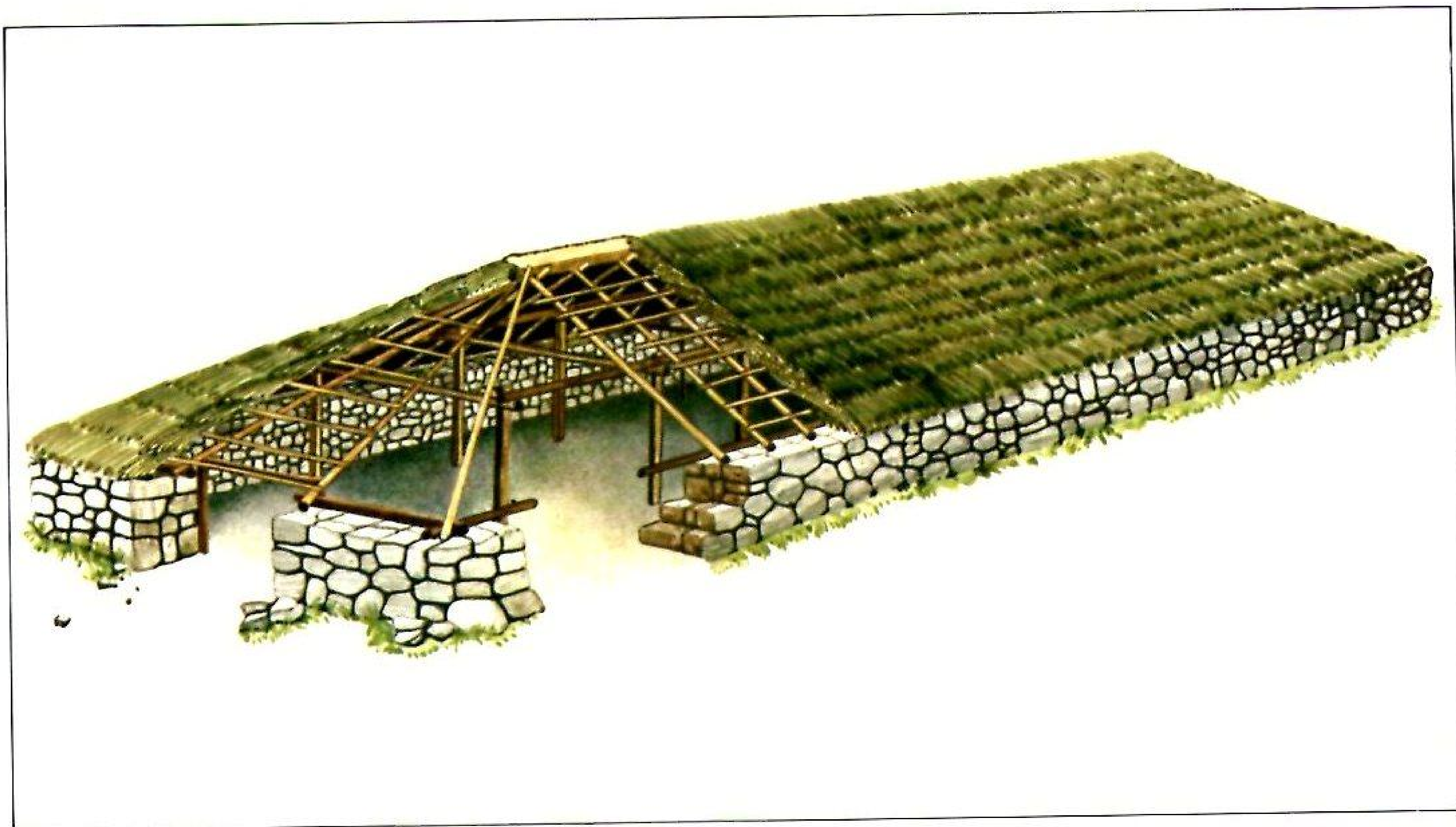


La escala y complejidad de los poblados germanos se demostraron con certeza gracias a las excavaciones del caserío de Warendorf, situado a orillas del río Ems, en Westfalia, y fechado entre los siglos VII y VIII. El plano general *(izquierda)* muestra el antiguo curso del Ems y las zonas excavadas en la aldea. Todas las áreas revelaron una densidad de ocupación semejante, lo que implica que el asentamiento habrá sido una franja edificada continua de este a oeste en una extensión de, al menos, 400 m. Una parte de la excavación (A), que se ve en el plano ampliado *(abajo)*, demuestra la dificultad de diferenciar las fases de un lugar como éste: en cada fase, hubo aquí un edificio mayor y varios más pequeños, rodeados de cobertizos, talleres y estructuras poligonales de postes, quizá bases para pajares. Según W. Winkelmann.



Abajo: Las casas de Warendorf diferían mucho de las antiguas edificaciones divididas en alas. Sus muros (y aleros) eran curvos, quizá para disminuir la resistencia al viento, y su interior estaba libre de postes de sostén. Para evitar que el peso del techo produjera derrumbamientos, las paredes se apuntalaban con contrafuertes. Los dibujos muestran dos interpretaciones alternativas; en una, el techo de paja se continúa hasta el suelo y en la otra, más probable, los tirantes de los contrafuertes quedan a la vista. Según W. Winkelmann.







Página opuesta, arriba: Casa del poblado de Vallhagar, en la isla sueca de Gotland (siglos II al VI). Un rasgo típico de las casas rústicas escandinavas fue la modificación del diseño en alas mediante fuertes muros de piedra asentada sin mortero. El techo es de paja, lo que determinaba una pendiente escasa. Según M. Stenberger.

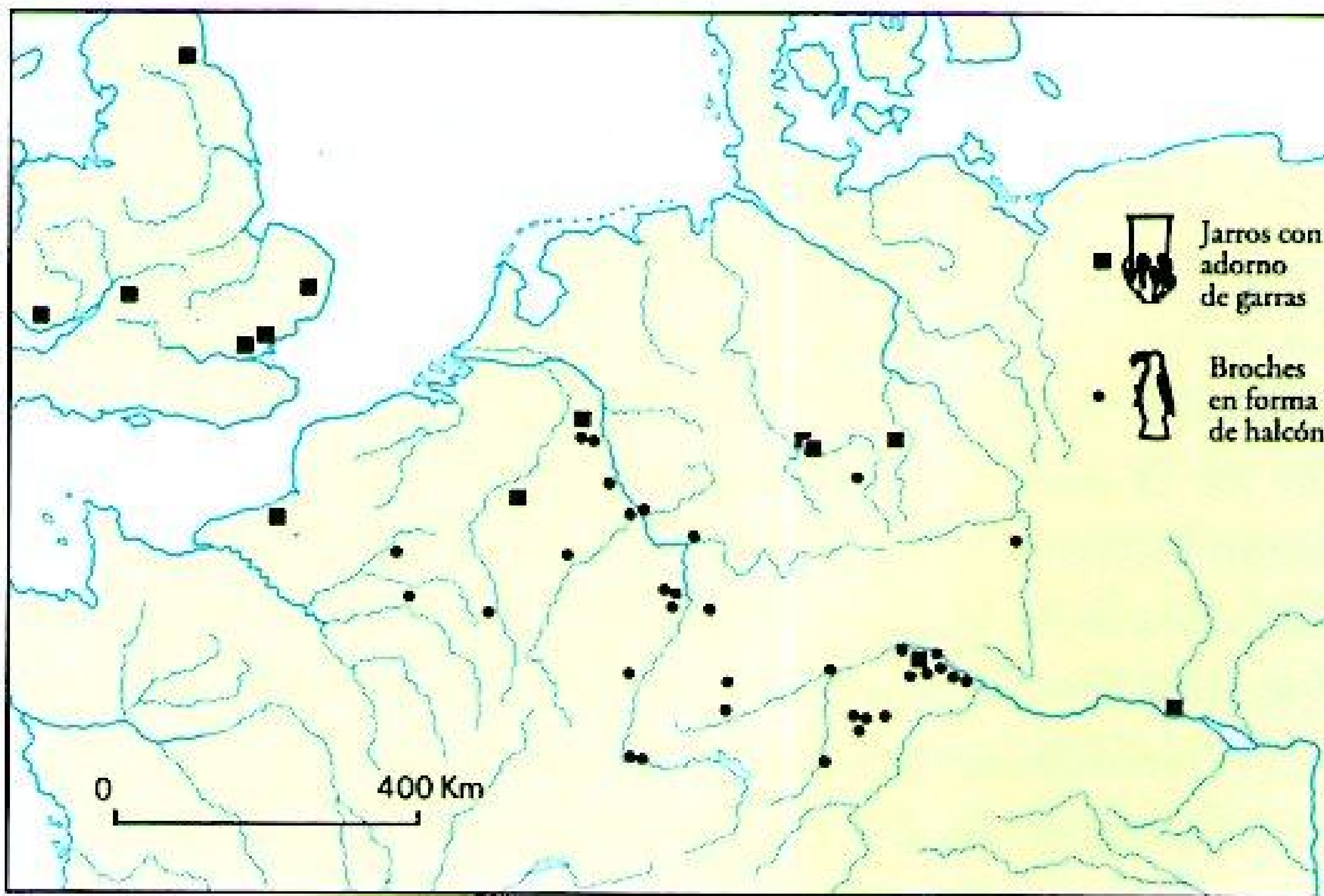
Página opuesta, abajo: El gran tamaño de los edificios de madera se advierte en esta reconstrucción de una de las 31 barracas excavadas en el campamento militar danés de Trelleborg, Sjaelland (hacia 1000 d. C.). La reconstrucción del campamento ilustra una de las dificultades de este tipo de arqueología experimental, porque aunque el diseño es estructuralmente aceptable –después de todo, aún está en pie–, algunos trabajos más recientes demostraron que los postes exteriores eran tirantes angulados, como los de Warendorf, y que los edificios eran tal vez más bajos y sin galería.

Abajo: Una aldea bárbara en una representación ficticia del asentamiento franco de Gladbach, cerca de Colonia, en Alemania. Las *Grubenhäuser* se apiñan en torno a pequeños edificios sin división en alas, en una comunidad de media docena de unidades familiares, que se alzaron en sus tierras de cultivo, en medio de bosques densos.



Capítulo cuarto: Los reinos posteriores





Distribución de los jarros con adorno de garras y broches en forma de halcón en los siglos V y VI. Según U. Koch.

Mientras la provincia de Britania se alejaba más y más del mundo mediterráneo, las tradiciones y la política de ese mundo también cambiaban. Cuatro reinos principales sucedieron en el poder al Imperio de Occidente: los reinos godos de Hispania e Italia, el reino lombardo que reemplazó a los godos en Italia y los reinos francos de Galia y Germania. La historia de los siglos V y VI es la de los conflictos que todos ellos mantuvieron entre sí y con el aún temible Imperio Bizantino de Constantinopla.

Los francos. Aunque los francos vivían cerca de la frontera romana del Rin, y después de los desastres del siglo III incluso ocuparon territorios imperiales, es increíblemente poco lo que se sabe de lo que hicieron antes de la segunda mitad del siglo V. Algunos francos, como federados de Roma, trataron de defender la zona renana en 406 y, con el abandono de la frontera, ellos y otros crearon sus estados propios y casi autónomos en el norte. Contra estos grupos luchó Aecio en 428 y quizá en 432, sin mucho éxito; en el decenio de 440, el sacerdote Salviano, exiliado cerca de Marsella, describe la ruina de las que en tiempos fueran prósperas ciudades renanas: Maguncia, Colonia y su Trier natal.

En su apogeo, la confederación de los francos no era sino una unión poco compacta. Durante el siglo IV se conoció a una de sus ramas –la que ocupó Bélgica, al parecer– como la de los «salios», «salados» o «de la costa». Otros grupos, asentados en el valle del Rin, recibieron de los escritores modernos la denominación de francos «ripuarios» (o «ribereños»), nombre que no se basa en testimonios antiguos. Poco después de 450 se registran con mayor claridad algunos detalles: los francos capturaron la ciudad de Cambray, en el norte de la actual Francia, y la constituyeron en el centro de un reino secundario; otro principado se estableció en la ciudad romana de Colonia y un tercer grupo, al mando del jefe guerrero Childerico, hijo del semilegendario Meroveo (por quien tomó el nombre de «merovingia» la familia real), luchaba para mantener lo que quedaba de la administración romana, ya que Egidio, gobernador de los restos de la provincia, y su sucesor el conde Pablo hicieron que Childerico y sus fuerzas se enfrentaran a los visigodos a orillas del Loira.

Página enfrentada: La industria romana del vidrio en la comarca del Rin se mantuvo en la época de los reyes francos. El más notable de sus productos, como esta pieza procedente de Castle Eden, en el condado de Durham, son los jarros moldeados con adornos de garras, que datan del siglo VI.

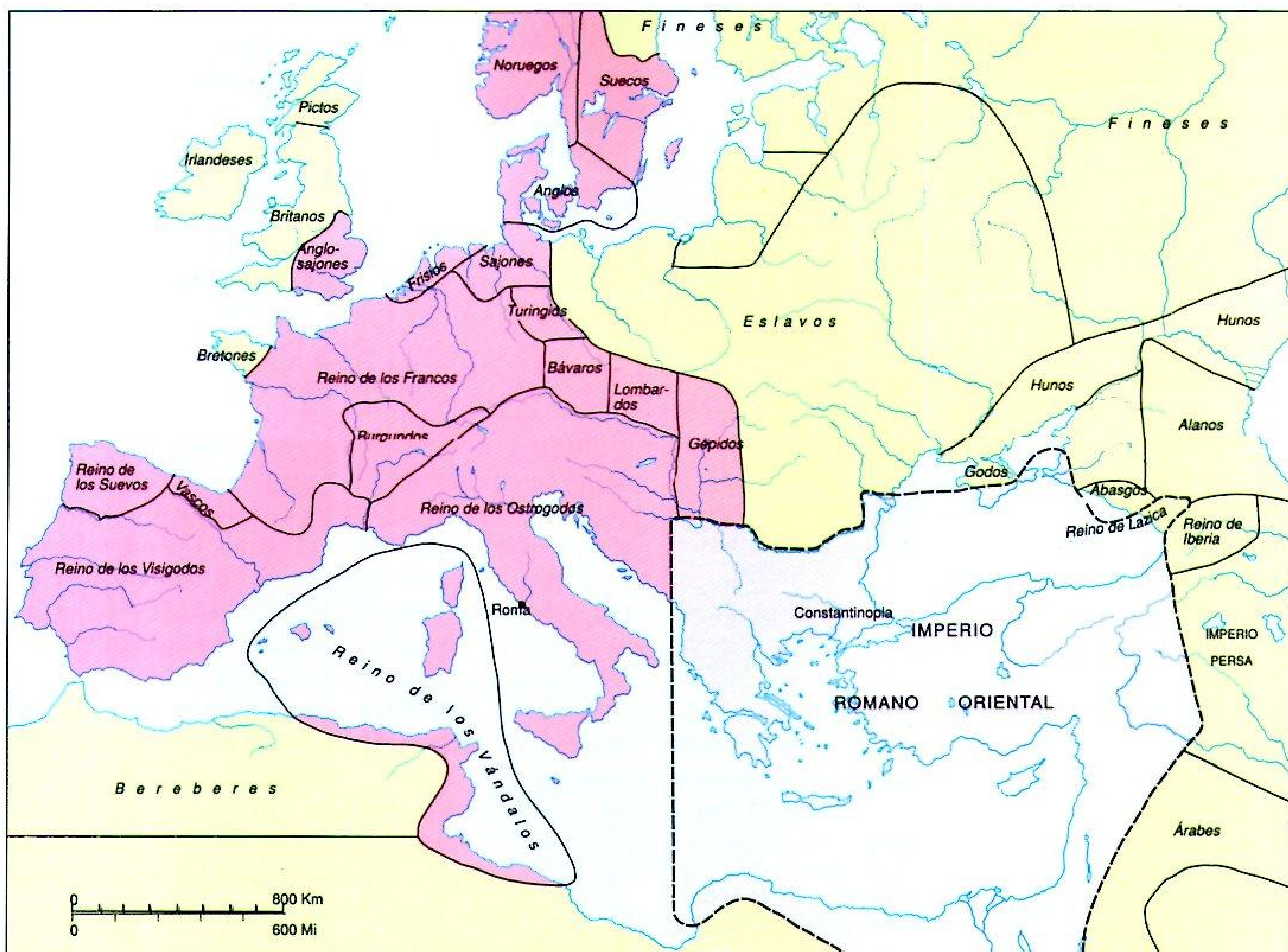
Childerico murió hacia 481, en la ciudad belga de Tournay, situada a menos de 50 km al norte de Cambray, que era quizá el centro de su propio reino menor; en ella, en 1653, se descubrió por accidente su tumba en medio de un cementerio romano. El anillo de sello de Childerico, que lleva la inscripción *Childerici Regis*: «[sello] del rey Childerico», demuestra que se consideraba rey y el contenido de su tumba revela parte de la riqueza que podía reunir un jefe vencedor, aunque no tuviera más que una importancia local: sus joyas y los adornos de su espada, de oro, tenían en la superficie celdillas que encerraban granates de talla muy elaborada. Esta decoración policroma tiene su paralelo más antiguo en el este, en las costas del Mar Negro y en el Imperio de Oriente y, después de la época de Childerico, se hizo muy popular entre los francos y sus vecinos. Pero lo más notable de los objetos de Tournay es que son los ejemplares más antiguos y fechados con certeza de su estilo y que muestran técnicas de orfebrería totalmente desarrolladas tal como seguirían aplicándose, sin cambios, durante dos siglos. Es posible que se hubieran importado de zonas más evolucionadas, quizá del imperio; pero dos piezas, dadas a conocer en 1655 y hoy perdidas, eran remates de correas hechos con la misma técnica que las otras joyas, aunque su forma imitaba la contemporánea ornamentación germana zoomórfica. Al menos estas piezas tal vez eran de origen local, y los otros objetos de la tumba parecen serlo.

El hijo de Childerico, Clovis (más probablemente Clodoveo, es decir, Ludwig o Louis), sucedió a su padre en Tournay y con su acceso al trono emergen los francos de la oscuridad, porque un aristócrata galorromano, Georgius Florentius, conocido por su nombre eclesiástico de Gregorio, obispo de Tours, registró la historia de ese pueblo.

Gregorio de Tours. Gregorio nació hacia el año 540 en la ciudad de Clermont-Ferrand, en el centro de Francia. Su familia se había distinguido en el servicio público, con

miembros que habían sido senadores imperiales y también prelados; entre sus antepasados hubo cuatro santos (Gregorio mismo sería canonizado) y, en 573, a la muerte de su primo carnal san Eufronio de Tours, le sucedió en el obispado, en la que, no sin justicia, se ha llamado su «sede familiar». Como lo señala el propio Gregorio, de los 18 obispos de Tours que le precedieron sólo cinco no eran de su familia. Las responsabilidades de esos obispos eran muchas: administraban las extensas propiedades eclesiásticas; se ocupaban del bienestar espiritual, y a menudo del físico, de sus feligreses y se cuidaban de la estructura de sus iglesias y de promover fundaciones nuevas. Durante las primeras fases de las migraciones, cuando declinaba el poder secular, los obispos (muchos de los cuales habían dejado sus carreras de oficiales o soldados) dieron una estabilidad muy necesaria a sus comunidades.

Tras la caída de la frontera del Alto Danubio, los sacerdotes san Severino y san Constancio, obispo de Lauriacum, con ayuda de los ciudadanos provinciales y de un grupo heterogéneo de aliados bárbaros, crearon en el mediodía de Austria una teocracia militar casi autónoma. La influencia de los obispos continuó después del establecimiento de los reinos bárbaros, porque eran ellos los jefes de la población católica; el mismo Gregorio actuó como intermediario entre los régulos francos, confirmó los derechos de la Iglesia y defendió su comunidad contra los funcionarios del reino. Escribió sus diez libros de historia, la *Historia Francorum*, mientras desarrollaba esa ajetreada carrera oficial. Su fin era el de registrar los acontecimientos contemporáneos antes de que se olvidaran, porque había oído decir que «no hay quien pueda escribir un libro acerca de lo que está ocurriendo»; su relación, por supuesto, está llena de detalles referidos a los años de su madurez, el lapso que va del 575 al 591, y la información sobre los orígenes de los francos es escasa y tal vez poco verídica. Pero la llegada al trono de Clovis, hijo de Childerico, es un momento crucial de su narración: Clovis



Reinos godos en el momento de su apogeo, bajo el mando de Teodorico de Italia; los francos aún estaban expandiéndose en Galia meridional y el Imperio de Oriente no había iniciado sus conquistas.

impresionó a Gregorio con su decisión, por sangrienta que fuese, y con su victoria como primer rey católico de los francos, «porque marchaba ante Él con el corazón altivo e hizo lo que placía a la vista del Señor».

La expansión de los francos. Nuestro conocimiento del agitado reino de Clovis procede casi por completo del relato de Gregorio que, infortunadamente, contiene al menos una inexactitud importante (una batalla de 507 fechada por error en 495-496); además, al compilar sus datos, Gregorio dio como un solo hecho campañas que se desarrollaron a lo largo de varios años o cambió el orden de los acontecimientos hacia el fin del reinado de Clovis, de modo que logra presentar las guerras de agresión de los francos como cruzadas católicas contra los herejes. Aún se discute cuál es el punto de vista aceptable, lo que afecta a la interpretación de esta importante fase de la conquista de los francos. Sin embargo, algunos detalles no suscitan dudas.

Clovis tenía unos dieciséis años en 481, cuando sucedió a su padre en el trono de Tournay. Unos cinco años después, junto a Ragnachar, familiar suyo y régulo de la cercana Cambray, atacó al hijo del anterior general romano Egidio, Siagrio, quien por entonces regentaba el «reino» de Soissons, último reducto romano de Galia. Siagrio huyó al reino visigodo de Toulouse de donde lo devolvieron a Clovis, que le hizo matar secretamente en el que sería el primero de una serie de asesinatos. Así fue como los francos absorbieron el reino de Soissons. Después –la fecha es imprecisa en el relato de Gregorio–, tras sobornar a los nobles de Cambray, derrotó al soberano, lo asesinó a la vez que a sus hermanos y se apoderó del reino. Gregorio refiere que «de este modo logró matar a muchos otros régulos y a sus familias, cuando le eran sospechosos de conspiración... y así expandió su dominio sobre toda la Galia».

La eliminación de Siagrio dejó en manos de Clovis el control del norte y las restantes comarcas del oeste de Francia quizá se sometieron a él, en ese momento, sin más luchas: hacia el año 496, la frontera de su reino se extendía hasta el Loira, al menos. En el 491, Clovis iba contra los turingios, cuyas tierras estaban entre las fuentes del Elba y del Weser, y «los subordinaba a su poder», aunque no de forma permanente, ya que los turingios iban a ser un problema para los francos a lo largo de casi dos siglos. Después de someter a los alamanes, en 495, siguió una campaña hacia el sur contra los burgundos del valle del Ródano. A pesar de la poca objetividad del relato de Gregorio, parece que esta guerra con los burgundos terminó con una derrota de los francos, aunque



Guerrero bárbaro: una tumba de Dollendorf, cerca de Bonn, muestra al difunto mientras peina su cabello (símbolo de vitalidad) y sujeta su espada. El peine, la espada y la cantimplora que está a sus pies sugieren los enseres de una tumba pagana; sin embargo, la lápida es cristiana: en su reverso tiene una figura de un Cristo glorioso que blande la espada. Siglos VI o VII.

los ejércitos de Clovis llegaron hasta el extremo oriental del reino visigodo.

La caída de Toulouse. Durante casi cien años después de la firma del tratado de 418, los visigodos mantuvieron sin interrupciones el control del suroeste de Galia. Bajo el mando de Teodorico I (que murió en 451, luchando contra Atila) y de sus hijos, Teodorico II y Eurico, los nobles godos se convirtieron en una aristocracia terrateniente. Estos monarcas apreciaban los valores romanos. De Teodorico II se decía que podía leer las obras de Virgilio; su hermano promulgó una serie de leyes y edictos moderados y patrocinó a la burocracia romana; ambos consiguieron expandir sus fronteras, con pocas interferencias, anexando las comarcas adyacentes de la Galia romana y de Hispania. Las clases altas galorromanas (cuyos testimonios son los únicos que tenemos) estaban consternadas. San

Sidonio Apolinar, por entonces obispo de Clermont-Ferrand, describió el resultado de la supremacía de los visigodos arrianos: iglesias abandonadas cuyos techos se desplomaban, invadidas por espinos y zarzas, mientras el ganado pacía en los santuarios. A fin de cuentas, el resultado fue menos malo de lo que se esperaba y los hacendados galorromanos se adaptaron con rapidez a sus nuevos señores.

Un siglo más tarde, Gregorio pintó en su obra el conflicto entre francos y visigodos como una cruzada de los católicos contra los arrianos y, por cierto, se advierten signos de intranquilidad entre algunos obispos católicos. Sin embargo, la reacción de los habitantes de Rodez es elocuente, pues se narra que dijeron a su obispo: «Si te hubieses salido con la tuya, los francos se habrían apropiado de nuestro territorio» y expulsaron al obispo de la ciudad. Cuando por fin se entabló la guerra abierta, el ejército visigodo se vio reforzado por una importante tropa galorromana, a las órdenes de Apolinar, que era nada menos que el hijo de Sidonio. La habilidad de la clase senatorial para sobrevivir a la conquista fue tanta que las mismas familias cuya influencia rigió a los ciudadanos bajo la administración romana, primero, y después, visigoda pronto llegaron al poder en la siguiente etapa de los francos: el propio Apolinar recibió el nombramiento de obispo de Clermont de manos del rey franco, que desplazó a san Quintiano, el expulsado de Rodez por sus simpatías hacia los francos.

En esta época Clovis ya era católico. Gregorio fecha la conversión en el 495-496 y la relaciona con una campaña contra los alamanes. Pero hay motivos para sospechar que Clovis no aceptó el bautismo hasta el 505 o 506; si fue así, tuvo que tratarse de un intento calculado de ganarse a los católicos acérrimos del reino visigodo, y quizá de obtener el apoyo del imperio, porque los francos fueron el primer pueblo bárbaro que abrazó la fe romana, es decir, fueron los únicos que podían recurrir a la alianza y al apoyo económico de Constantinopla. En el año 507, según cuenta Gregorio, el emperador Anastasio envió «tablillas [credenciales] consulares» a Clovis, quien vistió una túnica púrpura y una corona y recorrió la ciudad de Tours distribuyendo oro y plata, mientras lo aclamaban como «cónsul o Augusto». Sea cual sea el significado exacto del hecho, está claro que Clovis y su política recibían por entonces la aprobación imperial: una conversión reciente a la verdadera fe parece una causa adecuada de ese reconocimiento.

Entre tanto, con o sin la ayuda divina, Clovis había iniciado su ataque contra los visigodos. En 507, junto a su primo, el hijo del régulo de Colonia, avanzó desde Tours hasta Poitiers y cerca de Vouillé se enfrentó con Alarico II y su ejército de visigodos y galorromanos. Alarico murió, su ejército fue dispersado y los francos tomaron Burdeos y Toulouse. La tercera ciudad del reino visigodo, Narbona, cayó en manos de los burgundos; el sucesor de Alarico, su hijo natural Gesaleico, se vio obligado a refugiarse en Hispania, con el resto de su gente. Una sola batalla había decidido el destino del próspero reino visigodo de Toulouse, pero los francos aún no estaban en condiciones de disfrutar de su victoria, porque con ella amenazaban la seguridad del reino ostrogodo de Italia.

Teodorico el Grande. Los visigodos y sus paisanos y vecinos de fuera del imperio, los ostrogodos, habían seguido distintas sendas en la centuria transcurrida desde la llegada de los hunos a Rusia meridional. Mientras Alarico I conducía a su pueblo hasta Italia, los ostrogodos desaparecieron entre las diversas tribus que se unieron a los nómadas hunos. Después de la muerte de Atila y de la caída de su reino, los ostrogodos de Panonia (Hungría occidental) firmaron un tratado con el Imperio de Oriente: a cambio de un tributo, se quedarían tranquilos. Por una cláusula del tratado, en el año 461 el rey ostrogodo envió a su sobrino Teodorico a Constantinopla como rehén. Durante nueve años este joven se educó en el corazón del imperio. Cuando llegó al trono, tenía unos 19 años, su pueblo había cruzado las fronteras y vagaba de un sitio a otro de los Balcanes.

Los ostrogodos constituían así una amenaza considerable para las comunicaciones del este con el oeste y Teodorico consiguió que el emperador le otorgara muy favorables derechos: el pago de un tributo, las tierras de Macedonia para establecerse y un rango militar para él. A lo largo de los quince años siguientes, Teodorico demostró que era un aliado útil aunque conflictivo, capaz de contener las acometidas de los bárbaros pero también de volverse contra Zenón si le convenía hacerlo: en 488 tuvo la osadía de organizar el asedio de Constantinopla. Zenón firmó otro tratado; Italia llevaba doce años sometida por Odoacro, el mercenario jefe escirio, nominalmente con el apoyo imperial pero, en la práctica, como soberano independiente; Zenón propuso que Teodorico depusiera a Odoacro: sin duda estaba ansioso por liberarse de Teodorico y su ejército. Por su parte, los ostrogodos estaban en pie de guerra con los súbditos de Odoacro, que habían matado, durante refriegas fronterizas, a su soberano, el tío de Teodorico. A modo de venganza, en el año 469 el padre de Teodorico había matado a Edica, padre de Odoacro y en tiempos general de Atila. Los ostrogodos invadieron Italia en 489 y derrotaron al ejército de

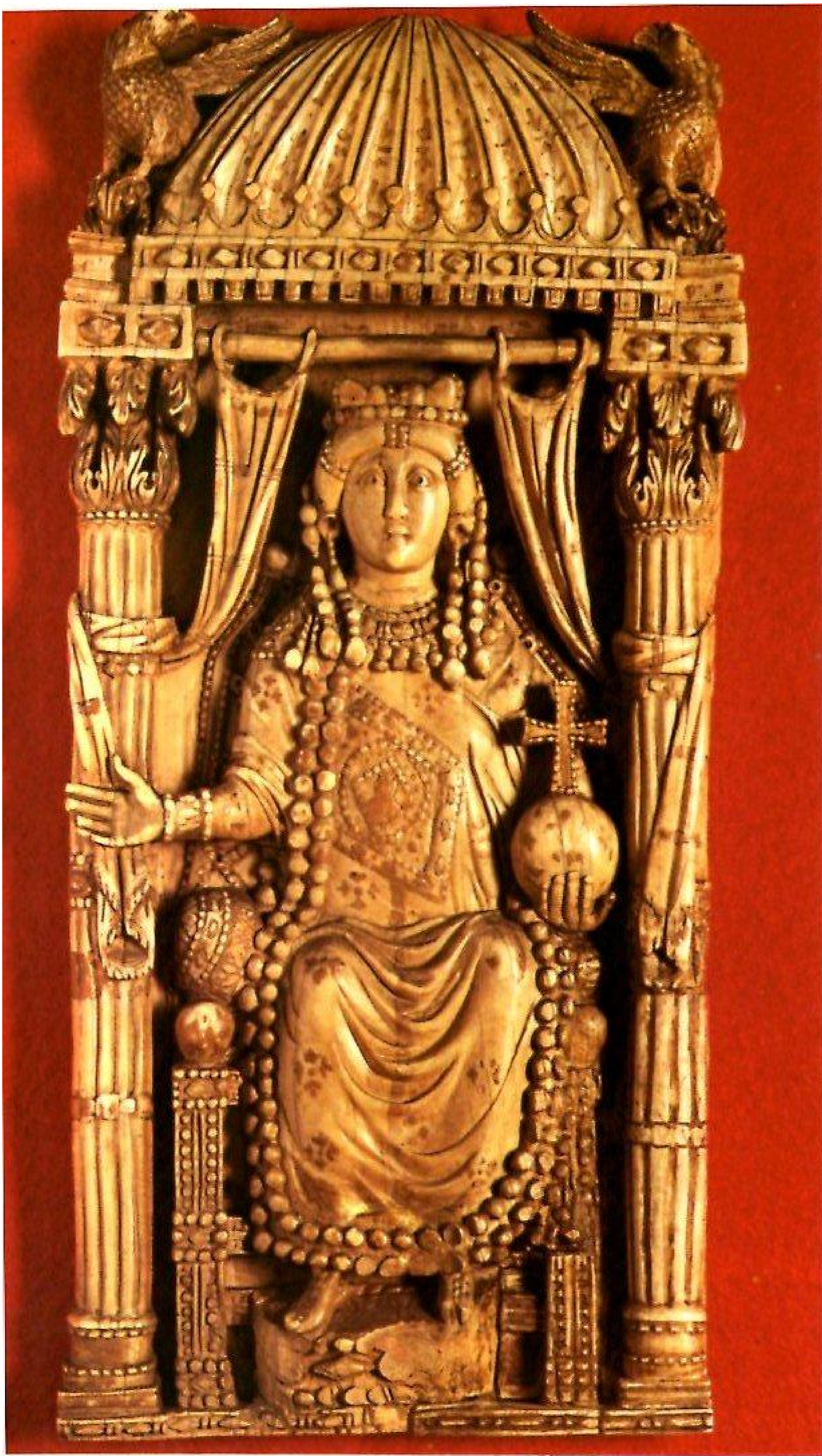


Mausoleo de Teodorico, construido en vida del rey, en las afueras de Rávena, su capital. Ha perdido la columnata que adornaba su segunda planta. La bóveda, un único bloque de caliza, curiosamente se hizo a semejanza de un túmulo funerario o de una tienda goda en forma de cúpula; la idea de que se diseñara así para reflejar una permanencia de la grandiosidad es menos aceptable.

Odoacro, cuyas fuerzas restantes, como muchos otros defensores del norte itálico, se encerraron en sus ciudades fortificadas, y la campaña se desarrolló en una serie de asedios. Después de un prolongado bloqueo por mar de su capital, Rávena, Odoacro se rindió en 493 y, a pesar de los términos de la capitulación, él, su familia y sus lugartenientes no tardaron en ser asesinados.

Teodorico estacionó sus tropas en el valle del Po y en Toscana (cuyas tierras aún se identifican con unos pocos topónimos godos, por ejemplo, Gotholengo u Offanengo). No se produjo una gran perturbación de la situación ya existente, porque la mayor parte de las zonas ocupadas estuvieron previamente en manos de los bárbaros de Odoacro y los ostrogodos se encontraron con una buena acogida, en gran medida gracias a que tenían un mandato del emperador. Hubo una distribución de tierras –se otorgaba a los godos un tercio de las propiedades–, dirigida por un funcionario romano, el prefecto Liberio, y el senado dio apoyo pleno al nuevo rey. Con este apoyo, Teodorico estableció un estado en el que intervenían godos y romanos; ambos grupos estaban gobernados por una jerarquía separada: los godos, por sus propios *comites* (condes) y los romanos, por las clases gobernantes tradicionales. Se buscaba con ahínco la continuidad, una estabilidad que debía deleitar a los influyentes hacendados de la clase senatorial, entre los que estaba el último emperador occidental, Rómulo Augústulo, que vivió con una pensión en su confortable retiro del sur de Italia hasta su muerte (510).

Nos ha llegado cierta propaganda de la época, en escritos del consejero principal de Teodorico, el senador romano Casiodoro, quien publicó una genealogía (inventada) de Teodorico, para consumo romano, en la que remontaba sus orígenes hasta Hermanarico, el gran jefe ostrogo-



Amalsunta, hija y sucesora de Teodorico el Grande, representada en un díptico de marfil, de hacia 530. El marco quizá represente parte del palacio.

do del siglo IV cuyo reino cayera ante los hunos. A la vez que así se subrayaba la respetabilidad del rey, también se acentuaba su conexión con Roma: Teodorico llamaba a los emperadores «nuestros antepasados» y decía de sí mismo que había «nacido para el bien del Estado», porque «nos alegramos de vivir bajo la ley romana, a la que esperamos defender con nuestras armas». Quizá inconscientemente, esas palabras resultaban irónicas: a los romanos les estaba prohibido llevar armas.

En sus edictos, Teodorico mostró el cuidado de proteger el bienestar de sus súbditos romanos y dio gran importancia a la *civilitas*, «la observancia de las leyes y el respeto por el derecho y los privilegios establecidos». Pero había cierta dosis de falta de respeto a la ley, frente a la que este soberano responsable incluso consideraba necesario advertir a sus tropas godas, cuando acudían a Rávena para recibir el habitual donativo o iguala, que no saquearan los campos a su paso; bien se puede poner en duda que sus hombres aceptasen uno de sus notables decretos, sin paralelo en los reinos bárbaros: «Obtener oro a través de la guerra es un crimen». Tuvo que ser difícil aplicar en la práctica muchos de los edictos de Teodorico, pero el juicio de Procopio, el historiador bizantino contemporáneo de este rey, es acertado: «fue muy cuidadoso en la observancia de la justicia, preservó las leyes con firmeza, protegió la tierra y la mantuvo a salvo de los bárbaros que habitaban en torno». Muchos de estos bárbaros se pusieron bajo su protección, y su ministro Casiodoro tuvo que escribir cartas floridas para dar ánimos a los principillos germanos presionados por los francos. El oro que empleó en subsidios y en el pago a los reclutas ha dejado un rastro arqueológico a través de Europa, desde los Alpes hasta Escandinavia.

Pero, en tanto que Teodorico consolidaba así su poder, en el norte se desarrollaba –como hemos visto– una nueva amenaza: a fines del decenio de 490, los francos iniciaron sus campañas contra los alamanes y los burgundos y avanzaron hasta los Alpes suizos. Para debilitar esa presión, Teodorico recurrió a los matrimonios dinásticos. Su mujer era una hermana de Clovis; sus hijas se casaron con el rey burgundo Segismundo y con Alarico II, rey de los visigodos, y su hermana se casó con el rey vándalo Trasamundo. Cuando Clovis –a quien no perturbaban estas alianzas– invadió el reino visigodo y mató a Alarico, Teodorico se vio obligado a intervenir. Su general Ibbas recuperó Narbona en el año 508 y un par de años más tarde liberó del asedio a la ciudad de Arles. Teodorico no hizo nada para expulsar a los francos del reino visigodo; al parecer, su objetivo se limitaba a restringir el avance de los francos y a mantenerlos lejos del Mediterráneo. En 511, después de tres años de luchas esporádicas, Clovis murió cuando aún era joven (45 años) y su reino se dividió entre sus cuatro hijos: el peligro inmediato de los godos se diluyó.

Gesaleico, hijo primogénito de Alarico II, a quien tal vez desagradase el poder creciente de los ostrogodos en Hispania, no tardó en enfrentarse a Ibbas. En el mismo año de 511, se vio obligado a huir de Hispania hacia África, después pasó a Galia y, tras otra derrota en suelo hispánico, fue capturado y asesinado en Borgoña. Su herma-

no y sucesor, Amalarico, era aún un niño y Teodorico, su abuelo, que fue su regente en Hispania, consiguió así el dominio de la mayor parte del territorio de Europa occidental. Hispania tuvo una administración independiente de la itálica, bajo la vigilancia de dos funcionarios, uno romano y otro ostrogodo, pero la economía de los dos reinos estaba en muy estrecha relación: el tributo hispánico iba a las manos de Teodorico, quien asumía la responsabilidad regia de pagar a los visigodos un donativo anual.

En los prósperos años que siguieron a las muertes de Clovis y Gesaleico, aparecieron en Italia señales de tensión: la causa evidente era religiosa, ya que los godos seguían siendo arrianos. Teodorico prohibió a su propio pueblo que se convirtiera y otorgó la libertad de culto a los católicos, pero él y su pueblo –fueran cuales fuesen sus aspiraciones personales– estaban separados por una enorme brecha de las clases itálicas altas, cuya lealtad era para la Iglesia católica y, en segundo término, para el emperador de Constantinopla. La posibilidad de que Teodorico perdiera el favor imperial –tal como le había ocurrido a Odoacro– teñía de incertidumbre el futuro del reino ostrogodo de Italia y aunque, por comparación con la elegante corte de Teodorico eran unos simples bárbaros, los católicos francos se veían como sus rivales obvios.

La sucesión era un problema añadido porque, hasta un punto inédito en otros reinos bárbaros, el de Teodorico estaba identificado con la persona del soberano, el único que unía las administraciones separadas de godos y romanos. Pero a principios del decenio de 520, Teodorico tenía más de 65 años y ningún hijo que le sucediera: su nieto era un niño. La Iglesia de Occidente, que ganaba fuerza día a día bajo el mando de sus aristocráticos obispos, empezó a mostrarse hostil y trató de imponer su punto de vista no sólo a sus propios seguidores sino también a los súbditos del Imperio de Oriente. En respuesta al pedido occidental de que actuara contra los herejes –lo que tenía que significar contra los arrianos–, en 517 el emperador Anastasio escribía al papa: «Santidad, no podéis pasar por encima de mí; podéis ser insultante, pero no podéis darme órdenes». Su sucesor, Justino, menos cortés, terminó la política de tolerancia y en 532 promulgó una ley que apartaba del servicio público a todos los paganos, judíos y herejes. La ley se aplicó en oriente y en occidente y de inmediato llegó el peligro a los estados godos, donde se empezó a perseguir a los católicos. El filósofo Boecio, influyente administrador real, fue detenido y ejecutado por conspirar con el emperador; por su hostilidad hacia los arrianos, el papa Juan I cayó en la cárcel y allí murió como mártir. Las clases senatoriales, cuyo bien Boecio aseguraba tener presente, se identificaron con la Iglesia católica y, cuando Teodorico murió (526), se estaba despedazando ese reino de Italia que él había construido con tanta habilidad.

La reconquista de Italia e Hispania. Amalsunta, hija de Teodorico, asumió el poder en Italia como regente de su hijo Atalarico. Hispania volvió a ser independiente, pero con una actitud amistosa; el nuevo gobierno itálico aceptó que dejara de pagarse el tributo hispano y que se devolviera el tesoro real visigodo; se fijó la frontera en el Ródano y ostrogodos y visigodos volvieron a ser pueblos separados. Pero estaba naciendo una nueva crisis, provocada por Constantinopla. En el año 532, Justiniano, el nuevo emperador, estuvo a punto de caer a causa de una revolución popular. Para aminorar, en parte, las presiones internas, el emperador emprendió una cruzada contra los herejes. Al mando de Belisario, general del Imperio, una fuerza expedicionaria zarpó hacia África para atacar a los vándalos, con el pretexto de vengar a Hilderico, un anciano rey vándalo al que sus súbditos habían depuesto en 530. El resultado fue sorprendente, al menos para los militares de Constantinopla, porque pasado un mes desde la llegada de los bizantinos, el ejército vándalo estaba vencido y tomada Cartago. A principios de 534, se produjo la rendición de Gelimer, el último rey vándalo, que fue prisionero a Constantinopla y allí desfiló en el triunfo del general vencedor. Los vándalos fueron esclavizados o incorporados al ejército y así desapareció este pueblo sin dejar rastros.

El desorden imperaba en los reinos godos cuando se produjo la conquista del África vándala. Los visigodos, a pesar de las llamadas que se hicieron, no podían intervenir, porque se habían enfrentado, una vez más, a los francos. La causa de la guerra era personal: el matrimonio del rey Amalarico con Clotilde, hija de Clovis, fue desafortunado. Clotilde se negó a convertirse al arrianismo y pidió ayuda a sus hermanos, los cuatro reyes de los francos. En 531 el rey de París, Childeberto, avanzó hacia Galia meridional, derrotó a Amalarico en Narbona, rescató a su hermana, que murió poco después y (quizá fuera ésta la verdadera meta de la guerra) anexó Aquitania al antiguo reino visigodo. Cuando intentaba refugiarse en Barcelona, Amalarico fue asesinado, tal vez por orden un antiguo general ostrogodo de Teodorico llamado Teudis, quien de inmediato subió al trono, pero tuvo que rechazar otro ataque de los francos antes de instaurar su control en sus provincias galas. En tanto, en 534, el joven rey de Italia, Atalarico, murió sin dejar heredero; su madre, Amalsunta, que aún era regente, llamó a su lado a su primo Teodato, para que compartiera el poder y la ayudase a regu-



Broche visigodo en forma de águila, de bronce dorado y granates, datado en el siglo VI; se cree que procede de Calatayud, cerca de Zaragoza, España. En Italia se hallaron broches semejantes, de origen ostrogodo tal vez.

larizar su situación; al cabo de un año los regentes estaban enfrentados: Teodato encarceló y mandó asesinar a Amalsunta.

La debilidad consiguiente de ambos reinos godos era una buena oportunidad para Justiniano. Amalsunta se representó en las fuentes orientales como una mediadora entre los romanos y los godos, como una súbdita leal del emperador e incluso como una posible conversa al catolicismo. Puede que esto sea verdad; en 534 el gobierno ostrogodo de Sicilia había prestado ayuda a la campaña africana de Belisario, pero esto huele a propaganda imperial porque, de ese modo, Justiniano estaba en condiciones, tal como lo había estado en África, de alzarse como el vengador de un soberano injustamente separado del poder. En 536 ordenó a Belisario que invadiera Italia con el ejército africano. Teodato fue depuesto y asesinado por sus propios nobles, quienes eligieron como soberano a Vitiges, un general muy capaz; no obstante, el sur de la península y la ciudad de Roma cayeron prontamente en poder de los invasores.

En el norte de Italia, donde Teodorico había estacionado su ejército, las cosas fueron muy distintas, porque los generales de Justiniano subestimaron en exceso la fuerza de los godos y la guerra se arrastró año tras año. La frágil simbiosis entre godos y romanos estaba quebrantada: los godos tomaron rehenes para asegurar la lealtad de la clase senatorial. Pero para los romanos seguía siendo difícil identificarse con los ejércitos imperiales tan llenos de bárbaros como las tropas ostrogodas y capaces de saquear el territorio itálico con mayor intensidad que las últimas. En los territorios reconquistados, fieles funcionarios bizantinos reemplazaron a los administradores romanos. En el reino godo los romanos se apartaron de la vida pública, incluso se retiró Casiodoro, que durante cuarenta años vivió en un monasterio fundado por él mismo en su propiedad de Vivarium, al sur de Italia.

Vitiges se rindió en 540, ofreciendo su apoyo a Belisario –al parecer con la autorización de los ostrogodos– a condición de que éste ocupara el trono godo. Belisario aceptó y se apoderó de la principal fortaleza goda, la ciudad de Rávena; a pesar de esto, se mantuvo leal a Justiniano, para sorpresa de los godos, y terminada en apariencia la guerra, regresó a Constantinopla. Los godos, que se habían rendido al general del Imperio y no a Justiniano, eligieron nuevos jefes, todos ellos significativamente situados en el entorno de Teudis, el rey ostrogodo de los visigodos, pero ni siquiera en esta situación hubo ayuda desde Hispania.

En el Oriente lejano, en esos momentos, el sha persa Kusro I rompió su tratado con Constantinopla, por el que se había firmado una «paz eterna» en 532, avanzó sobre Siria, tomó y saqueó Antioquía, la segunda ciudad imperial. Justiniano, que durante las guerras de occidente había reducido las defensas de la frontera oriental, convocó las tropas itálicas, rechazó otras ayudas y dedicó todos sus recursos a resistir ante la invasión persa. Bajo el mando de su nuevo rey Totila, los ostrogodos iniciaron de inmediato la ofensiva y empezaron tomando varias ciudades de Italia meridional. Poco se logró incluso en 544, cuando



Reinos francos h. 562 d. C. A fines del reinado de Justiniano, el Imperio de Oriente había conquistado el reino vándalo africano, el ostrogodo itálico y las islas, además de una parte de la España visigoda, y los francos se habían expandido hacia el sur. Los ávaros, una tribu asiática nómada, ocupaban el centro de Europa.

Belisario, que había dirigido la campaña contra Persia, volvió a Rávena con un ejército nuevo. Las tropas itálicas no recibían paga alguna desde hacía varios años y se habían rebelado; el propio Belisario evitó a duras penas que lo capturasen en el 546, cuando los godos se apoderaron de Roma. Sólo cuando las tropas de Totila invadieron Sicilia (550), se decidió Justiniano a actuar. Persia estaba por entonces más tranquila y ese respiro permitió a Constantinopla organizar un enorme ejército. Se hicieron levas en todas partes y las tropas que en 552 lograron, por fin, quebrar la resistencia de los godos al pie del Vesubio incluían prisioneros persas y también un contingente del reino de los bárbaros lombardos.

A pesar de su costo, esta victoria, sumada a cierta calma en la guerra contra Persia, permitió que Justiniano volcara su atención en Hispania. En 548 se produjo el asesinato de Teudis y al año siguiente ocurrió lo mismo con su sucesor, Teudigisel. Gregorio de Tours, que no era partidario de los godos, se mostró despectivo: «Los godos han adoptado la costumbre reprensible y descontrolada de matar a cualquier rey que les desagrade». Muchos otros estaban disgustados también: el nuevo rey Agila se encontró con una rebelión entre los ciudadanos romanos de Córdoba. De una manera un tanto inesperada, los cordobeses despedazaron al ejército real y Agila prontamente tuvo que enfrentar una segunda rebelión, dirigida por el noble visigodo Atanagildo, que al parecer tenía una opinión demasiado optimista acerca de su popularidad o bien una idea exagerada sobre las pérdidas que Agila había sufrido en Córdoba. Atanagildo, acosado y temeroso de una derrota, cometió el error de pedir ayuda a Constantinopla. Ninguna de estas insurrecciones parece haber sido alentada por Justiniano, porque sus recursos en esta época estaban volcados en Italia y en Persia, y la expedición final a la península itálica estaba lista para zarpar. Pero,



Arriba: Broche en forma de arco, con pie ovalado y cabeza radial, un ejemplo del grupo procedente de Germania meridional y de Italia. Hallado en Cividale, en la frontera septentrional italiana; fines del siglo VI, quizá lombardo.

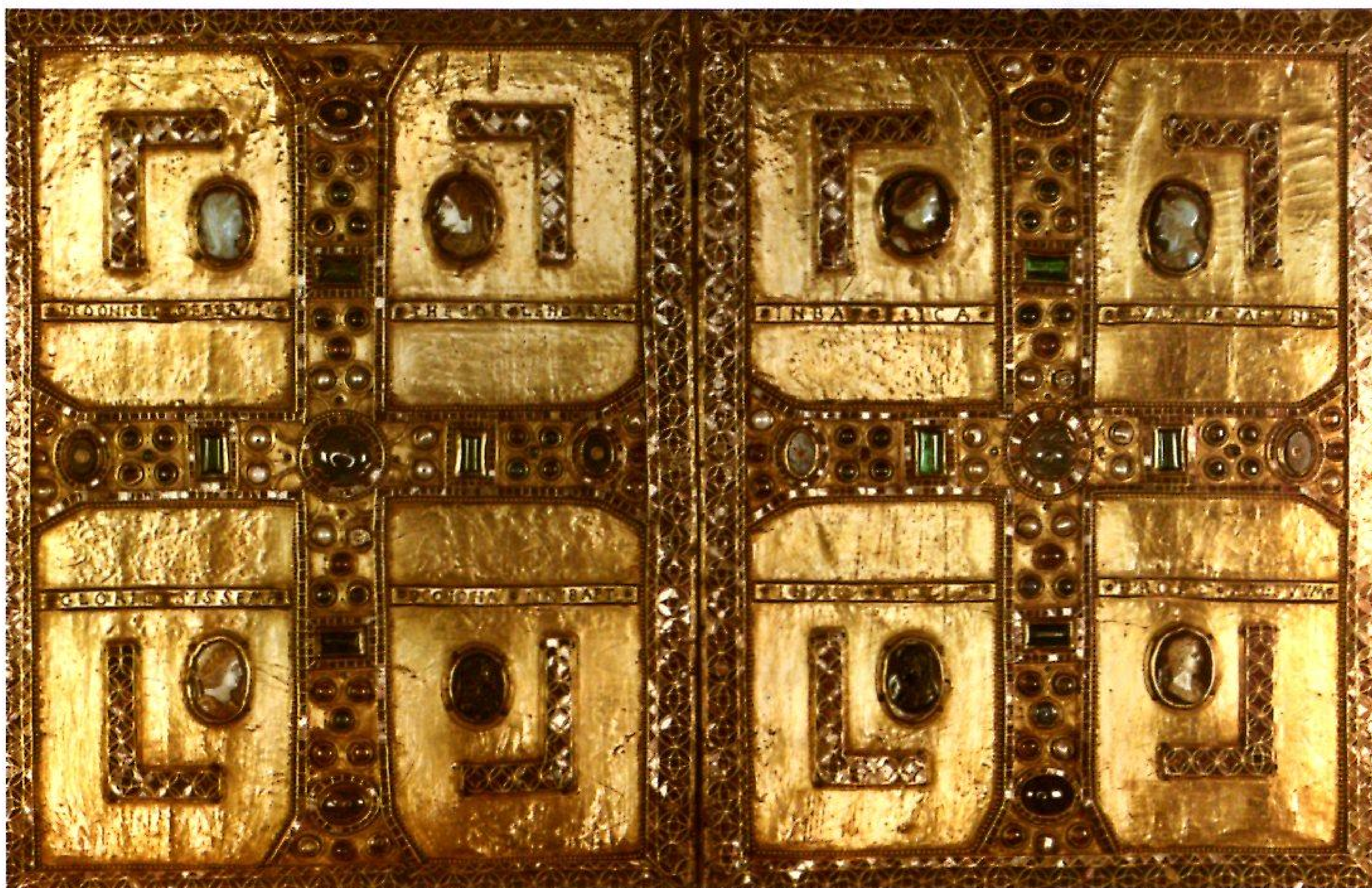
Abajo: Una placa del yelmo de Agilulfo, rey de los lombardos (590-615). A pesar de su rusticidad, las victorias aladas, que portan estandartes y aparecen flanqueando al rey y a sus guardias, no están demasiado lejos de sus originales romanos. Norte de Italia, principios del siglo VII.

aun cuando no las planeara, Justiniano estaba preparado para aprovecharse de las disensiones entre los bárbaros y en el año 552 envió a Hispania un ejército pequeño, que se unió a Atanagildo justo a tiempo para salvarlo de Agila.

Al cabo de tres años de guerra civil destructiva, los visigodos ya habían tenido bastante. Es probable que Constantinopla hubiera mostrado, en ese momento, sus verdaderas intenciones y hay algunos indicios de que entonces se envió una segunda y mayor fuerza militar para conquistar Hispania. En 555 los seguidores de Agila pusieron un fin abrupto a la guerra civil, asesinando a su rey y eligiendo en su lugar a su enemigo Atanagildo. De inmediato ambas partes se aliaron para atacar a las tropas de Justiniano, pero Atanagildo pensó que acogerse a la protección imperial era más conveniente que rechazarla, porque los invasores se habían apoderado de la costa mediterránea hispana. Allí establecieron una provincia bizantina que sobrevivió a las campañas de sucesivos reyes visigodos, hasta que se desintegró en el decenio de 620, en una época en que los años de presión persa en las fronteras orientales produjeron un proceso de debilitamiento en todos los territorios bizantinos occidentales.

Tras el desastre ostrogodo, el último comandante imperial, el cortesano Narses, permaneció en la península itálica y empezó la reconstrucción. Italia había sufrido más que nunca: la ciudad de Milán (que con poca sensatez se había declarado partidaria de la causa imperial) quedó arrasada por los godos, que trataron de demoler todas las murallas de las ciudades que cayeron en las campañas finales, para evitar que esas murallas les cerraran el paso.





Uno de los presentes que hizo Teudelinda a la catedral que ella misma construyó en Monza: cubierta de oro de un ejemplar de los Evangelios; lleva incisa una inscripción con una dedicatoria de la reina a la iglesia y está decorada con esmaltes, camafeos antiguos, perlas, zafiros y esmeraldas. Principios del siglo VII.

Después de tres asedios, Roma estaba casi abandonada. Hacia 547 se decía que su población –superior en tiempos al millón de habitantes– sólo llegaba a 500 almas. Las hambrunas derivadas de los pillajes de ambos ejércitos desembocaron en pestes; la bubónica, que en 543 había asolado a Constantinopla, se extendió entre las tropas y en las zonas rurales, antes de pasar a occidente, donde llegó hasta el norte de Gales (allí puso fin a la carrera insustancial de Maelgwn de Gwynedd, el «dragón de la isla», uno de esos régulos atropellados por Gildas); en Italia siguió reproduciéndose nada menos que hasta 571 y las campiñas estaban exhaustas. En 566 el papa Pelagio escribía que «sólo de las islas y de ultramar recibe la Iglesia romana algún pequeño recurso...». También estaba rota la aristocracia senatorial, que había sobrevivido y asegurado una continuidad cultural y administrativa a través de numerosos cambios de soberanos. Pero quizá fuera posible la restauración de Italia y durante los quince años del reinado de Narses hay señales de algunas mejoras. Sin embargo, todos los planes se frustrarían por una nueva invasión de bárbaros del norte.

La invasión lombarda. Los nuevos emigrantes, lombardos o longobardos, habían viajado desde fines del siglo V de la costa sur del Báltico hacia Austria. Durante el siglo VI, junto a otros grupos bárbaros, formaron un reino en Hungría, desde donde lanzaron su conquista imperial, lucharon contra sus vecinos de Panonia, los gépidos, y sellaron alianzas incómodas con el Imperio y con los ávaros, nómadas recién llegados de las estepas asiáticas. En el curso de las guerras itálicas, aunque Vitiges el ostrogodo les había pedido ayuda, se mantuvieron neutrales hasta que Justiniano aceptó pagarles subsidios. Durante la campaña itálica final de 552, unos miles de soldados lombardos, dirigidos por sus propios duques, se unieron a Narses contra los godos y vieron por sí mismos la debilidad de la península y, tal vez, algunas de sus posibilidades. Hacia 567, la presencia cercana de sus aliados ávaros en las llanuras húngaras resultaba inconveniente y el rey lombardo Albuino se decidió a intervenir. Dejó Panonia para los ávaros y, con una tropa heterogénea que incluía búlgaros, gépidos y hasta sajones, invadió Italia en 568.

El norte cayó con rapidez: la resistencia de la ciudad

oriental de Aquilea se extinguía en sólo un mes y Albuino se apoderaba del valle del Po; a fines de la siguiente estación, se adueñaba de Milán. En cambio, Pavía, fuerte aún, le llevó mucho más tiempo –de 569 a 572– y durante el sitio algunos grupos guerreros lombardos atravesaron los Apeninos, se dispersaron por Toscana (al norte de Roma) y avanzaron hacia el sur, quizá en 571, para fundar los ducados lombardos de Spoleto y Benevento en la zona meridional. Albuino no llegó a disfrutar de su nuevo reino, porque en 572 murió asesinado, al parecer por instigación de su esposa, hija del soberano gépido en cuyo cráneo bebía vino el rey lombardo. Su sucesor estuvo en el poder 18 meses y, tras su asesinato, los principales nobles lombardos (36 *duces*, es decir, duques) se dividieron el poder entre sí. En cuanto a la guerra, esto no representaba grandes diferencias: un ejército bizantino enviado en 575 para reconquistar la península fue rechazado prontamente. En cambio, la falta de una autoridad única influyó en el esquema de colonización. En 584, cuando al fin se eligió otro rey, los longobardos ya no formaron un solo reino sino una confederación de ducados poco compacta; cada jefe guerrero se atrincheraba en su ciudad fortificada, muchos de ellos en abierta hostilidad con sus vecinos, y de cuando en cuando incluso se mostraban propensos a un acercamiento a Constantinopla.

Aparte de esas alianzas inestables y a pesar de la sangre y las riquezas malgastadas, el Imperio ya no tenía más que los territorios que circundaban Roma, Rávena, Nápoles, Génova y un puñado de ciudades menos importantes, todas controladas por gobernadores militares y guarniciones costosas. La zona septentrional de Italia se configuró poco a poco como un reino lombardo cuyo centro era Pavía, incorporándose los ducados de las ciudades del norte; en cambio, los ducados del sur se mantuvieron mucho más independientes y hasta el siglo XI continuaron esparciendo por su entorno lo que el historiador francés L. Musset describió como un «desorden increíble». Se inició un éxodo, porque en número cada vez mayor los restos de la aristocracia terrateniente abandonaban sus tierras y se retiraban a los enclaves protegidos de los centros costeros bizantinos, lo que transformó las aldeas de pescadores en ciudades y dejó el campo itálico desierto. Allí se establecieron los ejércitos lombardos, agrupados por lazos familiares, apoyados por los romanos que aún trabajaban la tierra, aunque apartados de ellos. A la vez, a medida que se debilitaba el poder civil, crecía el de la Iglesia.

El papado. Durante largo tiempo, el servicio eclesiástico había sido la culminación reconocida de una carrera oficial; las sedes episcopales en general estaban ocupadas por aristócratas que no habían adquirido la experiencia en la administración y en el mando a través del sacerdocio sino merced a la burocracia imperial. En una época de ascetismo creciente, el deseo de eficacia bien pudo estar reñido con la necesidad de actitudes humildes y piadosas. El papa Gregorio reflexionaba sobre este conflicto al escribir, con tristeza, que «el hombre que se quita las ropas de seglar para dar sus pasos en la carrera eclesiástica lo que quiere es cambiar este mundo, no abandonarlo». Pero, como hemos visto, esos hombres eran los herederos naturales del mando en sus comunidades y, hasta un punto notable, la estabilidad de la vida urbana durante los siglos de migraciones se debió a su influencia y a la de sus subordinados.

La vida monástica, que no se entregaba a la administración sino a la mortificación, la contemplación y la adoración, nacida entre los ermitaños de los desiertos orientales antes de la etapa de las migraciones, durante los desastres de los siglos V y VI, tenía cada vez más seguidores, incluso entre los aristócratas. A pesar de su deseo de soledad, y gracias a su reputación de santos, los ascetas atrajeron a muchos adictos, deseosos de imitarlos y de contribuir a la causa. Los votos y las donaciones a la Iglesia romana se multiplicaron tanto como los monasterios durante las guerras godas y lombardas y, bajo la protección bizantina, la sede papal sobrevivió aun cuando los lombardos dispersaron a los monjes itálicos. Los papas fueron mucho más que líderes espirituales. Controlaban el «patrimonio de san Pedro», vastas propiedades, acumulación de muchos años de donativos piadosos, cuya extensión, según se decía, hacia fines del siglo VI superaba las 400.000 Ha. Los beneficios se empleaban para alimentar a las multitudes que la guerra había dejado en la miseria y para financiar la defensa de Roma contra los lombardos y el trabajo de los misioneros entre los bárbaros.

En esos siglos sombríos, Gregorio el Grande es el papa que destaca entre todos, en gran parte por el valor de sus escritos y una amplia correspondencia de más de 800 cartas. Como muchos otros antes que él, Gregorio había sido una figura seglar importante, al parecer Prefecto de Roma (presidente del senado y administrador de los abastecimientos alimenticios de la ciudad) hasta que, en el apogeo de las invasiones lombardas (575), entró como simple monje en uno de los siete monasterios que él mismo había fundado. Aunque no quería asumir ningún cargo, aceptó ser nuncio papal en Constantinopla y por fin, en 590, a la muerte del papa Pelagio, según las palabras de su contemporáneo Gregorio de Tours «fue arrastrado a la basílica de San Pedro y, tras la consagración, presentado a la ciudad como papa». Sobre las cargas que su posición

Broche en forma de arco con pie rómbico, del que sobresale el característico par de discos adornados con piedra. Museo Arqueológico de Madrid; fines del siglo VI, probablemente visigodo.



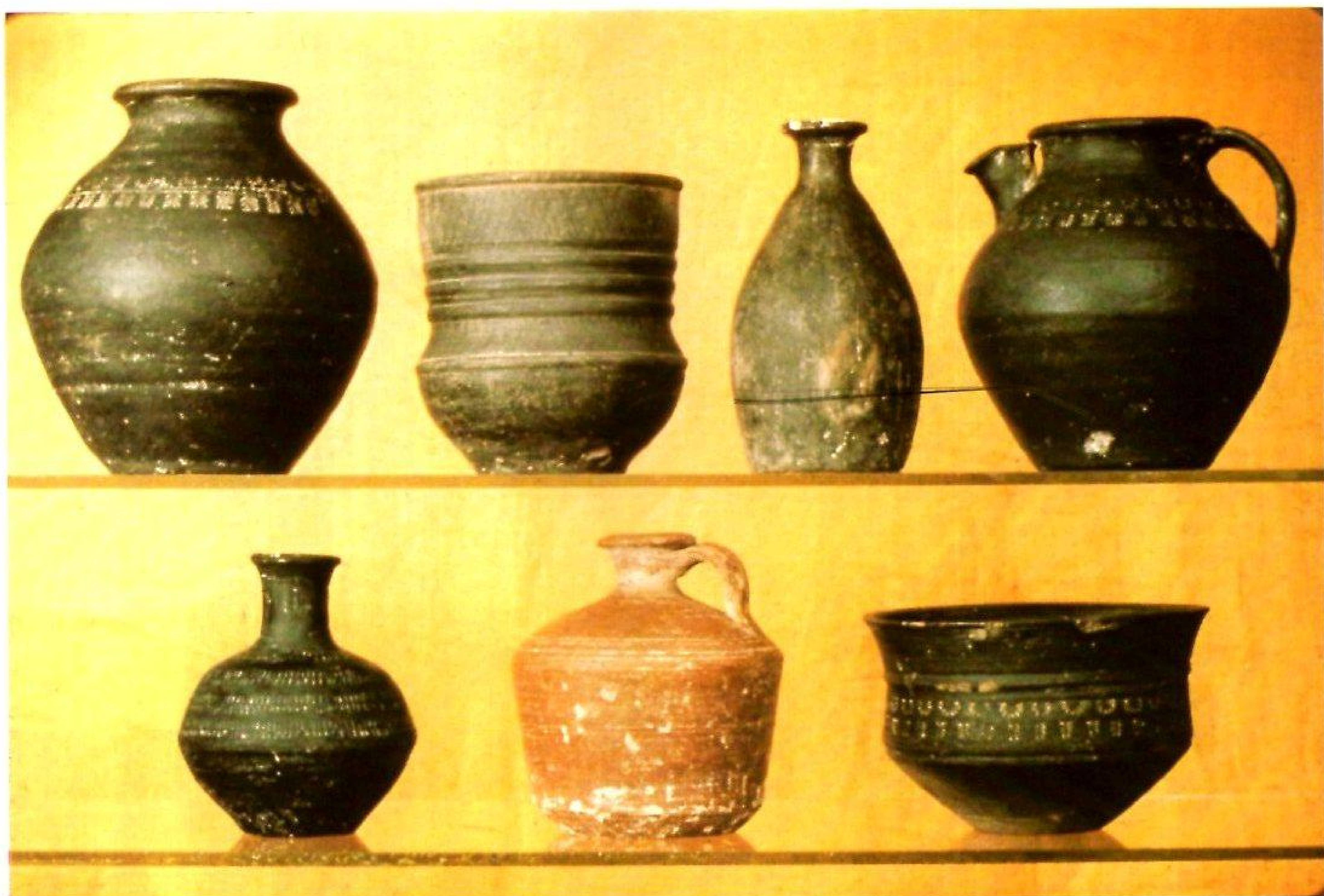
implicaba, Gregorio escribió tiempo después: «Con el cargo de "obispo" he vuelto a la vida secular... en ningún momento de mi carrera mundana puedo recordar una esclavitud igual».

Su correspondencia confirma estas palabras. Muchas cartas se refieren a los detalles de la administración de tierras. Por ejemplo, escribía a uno de sus funcionarios: «Hay que disponer de estas tropas de caballos y sólo se dejarán para la cría 400 yeguas jóvenes... que se enviarán una a cada administrador de las granjas...». Al mismo tiempo, organizaba las iglesias africana y siciliana, daba consejo a los obispos de Galia e Hispania, preparaba la conversión de la Inglaterra anglosajona y, pragmáticamente, trataba de reconciliar a los generales lombardos y bizantinos. El manto del gobierno imperial estaba pasando a los hombros del obispo de Roma.

Quizá los lombardos eran paganos en su mayoría y sus jefes, al menos de modo nominal, arrianos, pero en el decenio de 590, los visigodos arrianos de España empezaban a seguir a su rey Recaredo en la fe católica y era posible, con cuidado, persuadir a los lombardos para que marcharan por el mismo camino. La aliada de Gregorio en esta tarea era Teudelinda, una princesa bávara católica, que fue reina de los lombardos con Autari y también con su sucesor, Agilulfo. Ambos soberanos eran enérgicos y, en general, vencieron en las campañas que emprendían contra sus vecinos bárbaros, contra sus propios duques y contra los generales bizantinos; así, en su tiempo, los reinos lombardos del norte de Italia tuvieron estabilidad y prosperidad. Teudelinda fue siempre una católica piadosa que fundó varias casas religiosas y apoyó la construcción del monasterio irlandés de San Columbano, en Bobbio, todo ello dentro del territorio lombardo. Gregorio le envió presentes, algunos de los cuales se conservan en el tesoro de la catedral de Monza, como las 16 aceiteras de plata cuyo contenido se usaba para alimentar las lámparas de las tumbas de los mártires y al que se adjudicaba propiedades curativas. En la cripta de la iglesia de San Columbano, se encontraron recipientes similares, probablemente regalados por Teudelinda al nuevo monasterio. En 603, poco antes de la muerte de Gregorio, la reina hizo bautizar a su hijo. Agilulfo tal vez no abandonó el arrianismo, pero sin duda fue tolerante: una carta de San Columbano le reconoce el deseo de proteger a la Iglesia católica.

Era esencial poner fin al estado de guerra endémico y, a pesar de la muy reacia actitud del emperador, que expresó su inquietud ante la independencia ascendente del papado, Gregorio consiguió reunir a Agilulfo y al comandante bizantino. En 599, cuando los ávaros amenazaban la frontera del Danubio y distraían la atención del Imperio, se firmó un tratado en el que (aunque en primera instancia sólo por dos años) el Imperio reconocía, tardíamente, que en Italia se había establecido un reino lombardo.

Los reinos francos. Mientras la Hispania y la Italia arrianas soportaban la atención del Imperio de Oriente, el



Cerámica datada en los siglos VI y VII; proviene de Herpes-en-Charente (1, 4, 6, 7), de Auvernia (2) y de St. Loup del Marne (3, 5); tienen decoraciones hechas con rodillo, estrías horizontales de la rueda de alfarero y una gran calidad en el acabado exterior. Como ocurrió con el vidrio, las vasijas de los francos conservaron las tradiciones romanas.

reino instaurado por Clovis evolucionaba hacia el esquema que durante siglos determinó las fronteras políticas de Europa occidental. A la muerte de Clovis, el reino se dividió entre sus cuatro hijos. Por desagradable que fuera la idea para galorromanos como Gregorio de Tours, esa división respondía a un comportamiento normal y (como en el caso de muchas sociedades que aplican la división del patrimonio) todas las propiedades del padre se repartieron entre sus herederos, cada uno de los cuales recibió su parte de las tierras del norte de Galia y de los territorios recién conquistados en el sur y en el oeste. La división entre reyes tuvo pocos efectos en la administración, que siguió siendo local, basada por separado en las ciudades; no obstante, ocasionó algo semejante a una guerra civil entre hermanos que en esos momentos tenían los recursos para hacer de los feudos familiares tierras totalmente devastadas.

La división no fue permanente y el hijo menor de Clovis, Clotario o Lotario I, rey de Soissons durante casi cincuenta años, sobrevivió a sus hermanos mayores y a los herederos de ellos para convertirse durante breve tiempo (558-561) en único rey de los francos; pero a su muerte el reino volvió a repartirse entre los cuatro hijos que dejó. La guerra civil, el asesinato, la intriga y las complicadas divisiones son los detalles de la historia de los francos durante los siglos VI y VII, a través de lo que, en palabras del historiador de Italia Thomas Hodgkin, fue «una sucesión tediosa de Chilpericos, Childebertos y Teodoricos, [quienes] apenas si manifestaban algún vicio que nos permita distinguir a uno de otro». A lo largo de esos años turbulentos, las comarcas del reino de Clovis, tierras a las que hacia fines del siglo VI comenzó a aplicarse el nombre de «Francia», empezaron a diferenciarse del resto. Los antiguos territorios francos del Rin y de Galia septentrional, a los que una serie de guerras añadió parte de Baviera, Alamania, Turingia y Sajonia, formaron el reino germano de Austrasia («Tierras Orientales»); las regiones occidentales conquistadas, comparativamente romanizadas aún y con un elemento germánico menor en la pobla-

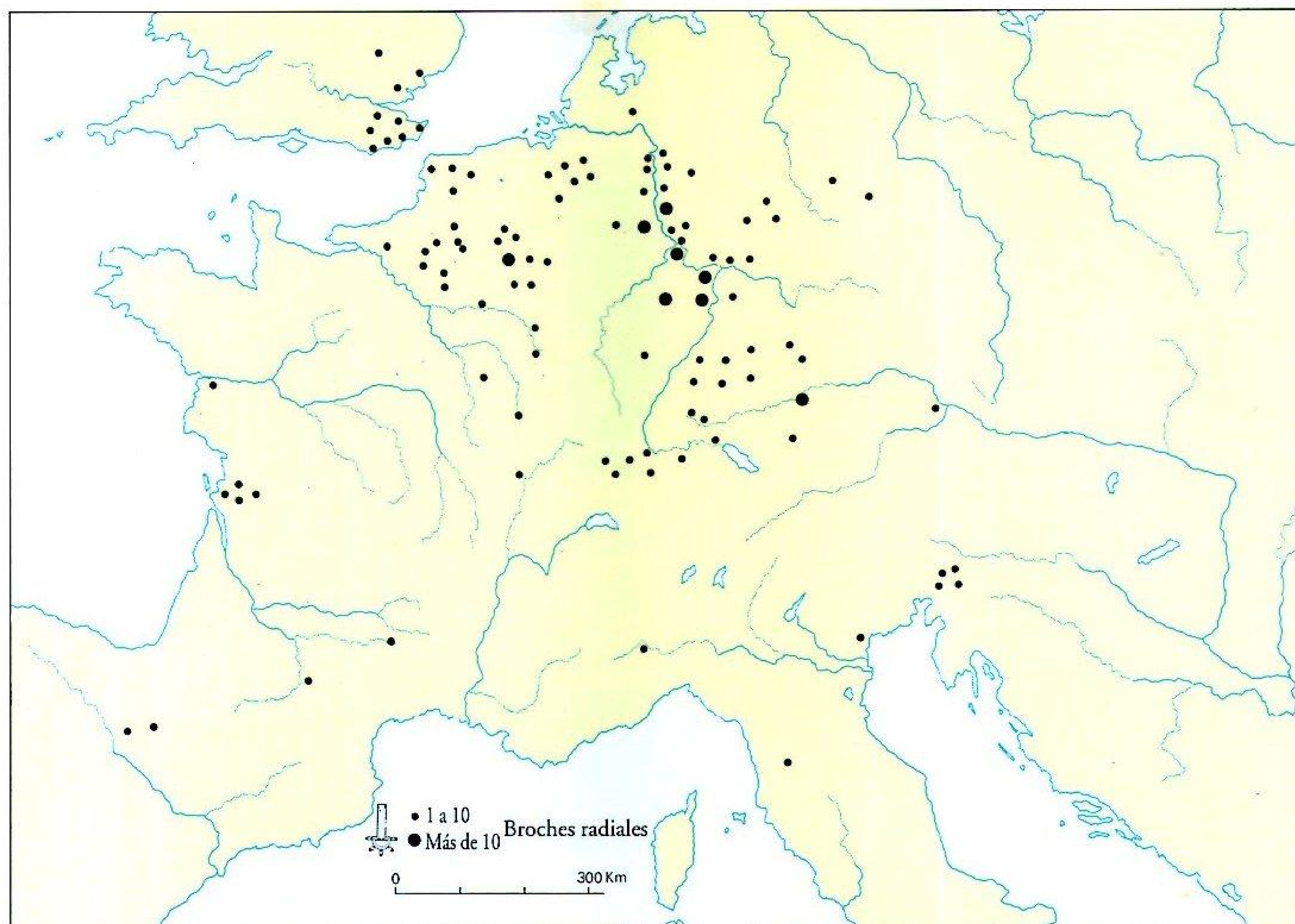
ción, recibieron el nombre de Neustria («Tierras Nuevas»); el reino de los burgundos, absorbido por los francos en 534 al comienzo de las guerras góticas, formó una unidad separada, como de tiempo en tiempo ocurría con Aquitania, parte sustancial del antiguo reino visigodo del suroeste galo, que se convertía en zona limítrofe entre Francia y España.

Los hijos de Clovis continuaron su política agresiva para con sus vecinos. En el año 531, Childeberto de París invadió el reino visigodo y aplastó al rey Amalarico; Clodomiro de Orleans murió en 524, durante un ataque contra los burgundos; de inmediato, los hermanos del difunto rey asesinaron a los herederos legítimos, sus sobrinos, e iniciaron una prolongada disputa sobre la división de la herencia; Teuderico I de Austrasia y Clotario I de Soissons organizaron incursiones victoriosas contra los sajones y los turingios. A pesar de la alianza de los francos con el Imperio, en 539 Teudeberto, hermano de Teuderico, permitió que un ejército de sus recién incorporados súbditos burgundos se uniera a los ostrogodos contra Belisario y, poco después, él mismo invadió Italia para ejercer el pillaje entre godos y romanos por igual.

Era frecuente que, en el prolongado lapso de las invasiones, llegaran a Italia tropas de los francos en busca de botín. Casi sin duda el objetivo era económico: mientras se mantuvo el crecimiento de los reinos francos, los reyes podían compensar a sus seguidores y premiar a sus nobles con los provechos de las conquistas. Cuando la expansión se detuvo, los reyes tuvieron que mantener su posición recurriendo a los recursos que hubiesen acumulado. Los merovingios se habían apoderado de las antiguas propiedades imperiales de Galia y las habían agrandado mediante confiscaciones, pero tuvieron que entregar tierras sin

Broches con adornos radiales; proceden del cementerio de Herpes en Charente, al suroeste de Francia. El broche con pie rómbico *(izquierda)* fue común en España e Italia; el de pie recto *(derecha)*, en Francia oriental y en Alemania. A menudo se distinguen como tipos «visigodo» y «franco», respectivamente. Museo Británico. Siglo VI.





Distribución de los broches con cabezas de ornamentación radial y pie recto; vemos que este tipo es más abundante en la comarca del Rin, de donde provienen los francos. Estos broches, de plata o bronce, tienen decoraciones de estilo variado y distinto número de botones; en su mayoría datan del siglo VI. Según N. Åberg y H. Kühn.

cesar y el patrimonio real no podía permitirse un dispendio constante en regalos y concesiones. La tasa sobre las tierras romanas y el impuesto de capitación sobre los no francos continuaron aportando ingresos, pero los propios francos libres estaban exentos de impuestos personales y las concesiones (en pago de favores, de servicios o bien para asegurar la lealtad) de inmunidad a personas, instituciones religiosas o incluso a ciudades (como Tours) afectaban a las muy comprometidas finanzas de la corona.

Una resistencia decidida respondió a los intentos de introducir nuevos criterios o reformas en el abuso de las tasas antiguas. Cuando Teudeberto murió (548), su ministro Partenio, que era galorromano, murió lapidado por la turba, en parte por sus éxitos en materia impositiva. En el año 584, el conde franco Audo se libró de un destino semejante porque se refugió en terreno sacro, en la catedral de París. La Iglesia, cuyas inmensas propiedades situaban a los obispos entre los mayores terratenientes del reino, se opuso a los cobradores de tasas con una firmeza no menor que la de los francos y Gregorio de Tours relata varias anécdotas edificantes sobre la cancelación de impuestos y la destrucción de listas de tasas, sin advertir que la incapacidad de los merovingios para premiar las lealtades pronto perturbaría la estabilidad de sus reinos. Sin embargo, como jefe guerrero victorioso, el rey podía obtener reputación y recursos organizando campañas anuales contra sus vecinos; a fines del siglo VI, los ataques contra Italia también representaron una ayuda para los ejércitos imperiales acosados por los lombardos. Así fue cómo, en 584, un importante subsidio bizantino hizo que los regentes del joven Childeberto II de Austrasia se decidieran a ocupar el valle del Po. Poco después, un sustancioso soborno pagado por los lombardos los convenció de que debían regresar a su tierra: furibundo, en vano y durante largo tiempo, el emperador exigió la devolución del oro que les había dado.

No obstante, los objetivos económicos no eran las

únicas motivaciones de la agresión de los francos. Las victorias daban prestigio personal y un sentimiento de superioridad respecto de otros bárbaros. Teudeberto, nieto de aquel Clovis que en el año 507 fuera saludado como «Augusto» y destinado a convertirse en figura de la épica germana, empezó a acuñar monedas según el modelo de las de Constantinopla, pero con su propia imagen, en lugar de la del emperador. Hacia 539, en una orgullosa carta dirigida a Justiniano, describía su reino: «Por la gracia de Dios hemos sometido a los turingios, ocupado sus tierras y eliminado a su familia real. Los suabos [alamanes] son hoy súbditos de nuestra majestad. Eucios y sajones se han puesto voluntariamente en nuestras manos y nuestro territorio se extiende hasta el Danubio, los límites de Panonia y el Océano».

Las culturas bárbaras. Cuando son tantas las noticias que nos dan los relatos detallados y contemporáneos, la arqueología desempeña un papel exiguo en nuestro conocimiento de los hechos políticos, legales o militares específicos acontecidos en estos reinos. Los testimonios arqueológicos en sí tienen una calidad limitada: con pocas excepciones, no se encontraron poblados rurales comparables a los muchos asentados en las costas holandesas y alemanas del norte y, fuera de Europa septentrional, la excavación de ciudades posromanas está aún en pañales. El grueso de nuestro material procede de los cementerios; el número total de tumbas es enorme, tal vez más de 50.000, pero el alcance de la investigación es desigual: el trabajo concentrado en Francia oriental y Alamania descubrió centenares de cementerios independientes; en el centro de España, el corazón del reino visigodo, los trabajos desenterraron cierto número de cementerios de tamaño mediano y uno, cerca de Segovia, con no menos de 8.000 enterramientos. En otros puntos resulta difícil hallar yacimientos importantes: en Italia septentrional, unos pocos cementerios lombardos; en Francia occidental, sepulcros de origen godo o godo-franco. En la mayoría de los casos, los trabajos son antiguos y las técnicas de excavación y de registro, poco adecuadas.

Casi en todos los casos, las costumbres funerarias están ya, como mínimo, influenciadas por el cristianismo y, por tanto, la inhumación es preponderante en los cementerios. Esto afecta la índole del material que se puede hallar y estudiar, porque en estos casos han desaparecido las urnas cinerarias que, como hemos visto, revelan muchos elementos regionales de los reinos anglosajones; además, los estudios de las vasijas más o menos semejantes descubiertas no han añadido gran cosa aún a nuestros conocimientos. Entre los bienes funerarios, en lugar de cerámica encontramos adornos –hebillas de cinturones, fíbulas y otras joyas–, como los que se habrán destruido o deformado en las piras fúnebres paganas, y los «bienes del guerrero» –armas, escudo y yelmo–, cuya inclusión en la tumba (aunque reprobada por la Iglesia) tenía tanto arraigo en el sentimiento bárbaro que no desapareció hasta el siglo VIII.

Es posible establecer amplias distinciones regionales entre el suroeste de Europa y el norte franco. La forma más difundida del broche con forma de arco tenía una cabeza semicircular, de la que sobresalían botones en posición radial, y un pie ovalado o con forma de rombo. Los ejemplares más sencillos y antiguos de este tipo, con superficies lisas o apenas decoradas, se encuentran en el sur de Rusia y Hungría, tienen su paralelo en unas pocas piezas esparcidas por Francia e Italia y se presentan en mayor número en el centro de España; por esta causa, se suele llamar «visigodo» a esta clase de broches y la decoración favorita se hace con el método del repujado, combinando resaltes y huecos, lo que produce luces y sombras en la superficie así trabajada. En todas las áreas se encuentran piezas que imitan formas de seres vivos, por lo común, aves o peces. Sin embargo, en España e Italia casi siempre se trata de broches con forma de águila; en Francia y las tierras vecinas, encontramos algunos más pequeños y con forma de halcón; en el Alto Rin un grupo más localizado de un modelo con forma de S (broches de serpiente) diferencia a una subcultura. Los broches circulares, repujados o policromados, son raros en España pero comunes en otros lugares, sobre todo en Galia septentrional y en Sajonia.

El uso de piedras semipreciosas en la joyería del período de migraciones está generalizado, pero también en este caso se pueden establecer diferencias. En el trabajo de policromía más antiguo de este tipo, procedente de Hungría y comarcas más orientales, las piedras son redondas, están muy separadas y sobresalen de la superficie metálica. Los nexos occidentales de esta técnica están en España. En Francia es habitual un tratamiento más elaborado: las piedras están cortadas en láminas planas y sus bordes tienen formas escalonadas y curvas diminutas y a su alrededor se sueldan laminillas de oro; las piezas presentan una superficie plana y colorida de oro y, casi siempre, granates rojos. Esta técnica llegó a España en el siglo VI, pero el uso «bárbaro» de las piedras redondas nunca se abandonó por completo.

Estas modas locales en la orfebrería se corresponden sólo en términos muy amplios con las unidades políticas de los reinos históricos. Mucho más revelador es, sin duda, el modo en que los estilos ignoraron las fronteras:

los broches con cabezas semicirculares, adornos radiales y gran pie rectangular tienen su centro de distribución en el Rin, con algunas piezas aisladas que se localizan en Soissons y, por tanto, son claramente «francas». Pero los mismos broches se encuentran en los cementerios de Alamania, de Baviera y también de Turingia; en estas mismas comarcas, no son desconocidos los tipos «godos». Otros diseños, como los de forma de S del Alto Rin o las hebillas suizas de hierro con trabajo de ataujía en plata, por su distribución se diría que son de manufactura local, con influencia artística de los francos. Mientras se presentan unos pocos ejemplos de estos estilos «francos» o «alamanes» en Italia septentrional, e incluso en Panonia a orillas del Danubio, dentro de la propia Francia el tipo está limitado casi por entero a la región oriental de Austrasia.

En los pocos cementerios excavados en occidente, las joyas, broches radiales cuyo pie tiene forma de óvalo o de rombo, muestran la influencia goda, pero los estilos pueden estar muy mezclados. Por ejemplo, en el cementerio de Herpes-en-Charente, cerca de Angulema, durante el siglo pasado los vestigios culturales se identificaron como «visigodos». Los estudios más recientes demostraron que muchos de esos objetos datan del siglo VI, es decir, son posteriores a la conquista de los francos y resultan obvios los contactos francos, sobre todo en los estilos de la cerámica y en las hebillas incisas; pero otras hebillas tienen sus mejores ejemplares paralelos en España y, entre los broches, hay dos ejemplos claramente visigodos. Mucho más notables son dos grupos de broches decorados, de cabeza cuadrada y en forma de plato, cuyos pares más cercanos están entre los anglosajones del sur de Inglaterra. La calidad de la excavación en este yacimiento importantísimo fue mala, infortunadamente, y no ha sido posible comprobar si esta compleja mezcla de culturas fue el resultado de contactos comerciales entre zonas muy apartadas o de colonias de población mixta. No obstante, es suficiente para pensar que no está muy justificada la afirmación de que los grupos bárbaros fueron uniformes.

Quizá lo más estimulante del estudio del trabajo de orfebrería de los bárbaros sea la dificultad para encontrar, en las comarcas originarias de los distintos grupos migrantes, los orígenes de los estilos hallados en los reinos del oeste de Europa. Por ejemplo, la procedencia del estilo de joyas policromas se ha encontrado en los broches con piedras redondas datados en el siglo IV y procedentes de las culturas grecopontinas del Mar Negro; las piezas con ese tipo de piedras y semejantes a estos antiguos modelos se encuentran en Hungría y en toda la Galia septentrional; en España continuaron fabricándose hasta el siglo VI. Sin embargo, la hábil técnica de la policromía, que usó granates planos entrelazados, surge de pronto en Tournay, en 481, y en forma idéntica, aunque quizá algo más tardía, en el pomo de una espada procedente de Lavoye, cerca de Metz. Para ninguno de estos casos se encontraron antecedentes concisos y la técnica, desarrollada de una forma tan súbita, se sigue aplicando sin ningún cambio en el siglo VII.

También es difícil identificar, dentro del imperio, las culturas «francas» de Germania, antes de los poblados del siglo V, o descubrir los orígenes de la ornamentación zoomorfa del norte germano antes de su florecimiento en el curso de ese mismo siglo. En la región del Rin, los francos continuaron explotando las industrias tardías romanas de cerámica y cristal; por tanto, podemos preguntarnos hasta qué punto estos ejemplos de orfebrería bárbara son bárbaros de verdad, porque las técnicas empleadas –el repujado, el tallado preciso de las piedras y la fundición hábil del bronce– eran las de los artesanos de las factorías romanas de los últimos tiempos, hombres que, al parecer, proporcionaban a sus nuevos amos una joyería exuberante, de estilos que nunca antes pudieron disfrutar. La supervivencia y eventual modificación de las instituciones, tradiciones y lengua romanas durante las migraciones es un tema reiterado de las fuentes documentales: sin duda, coincide con esto el hecho de que el estudio de los ricos estilos de la orfebrería «bárbara» nos lleve a la misma conclusión.